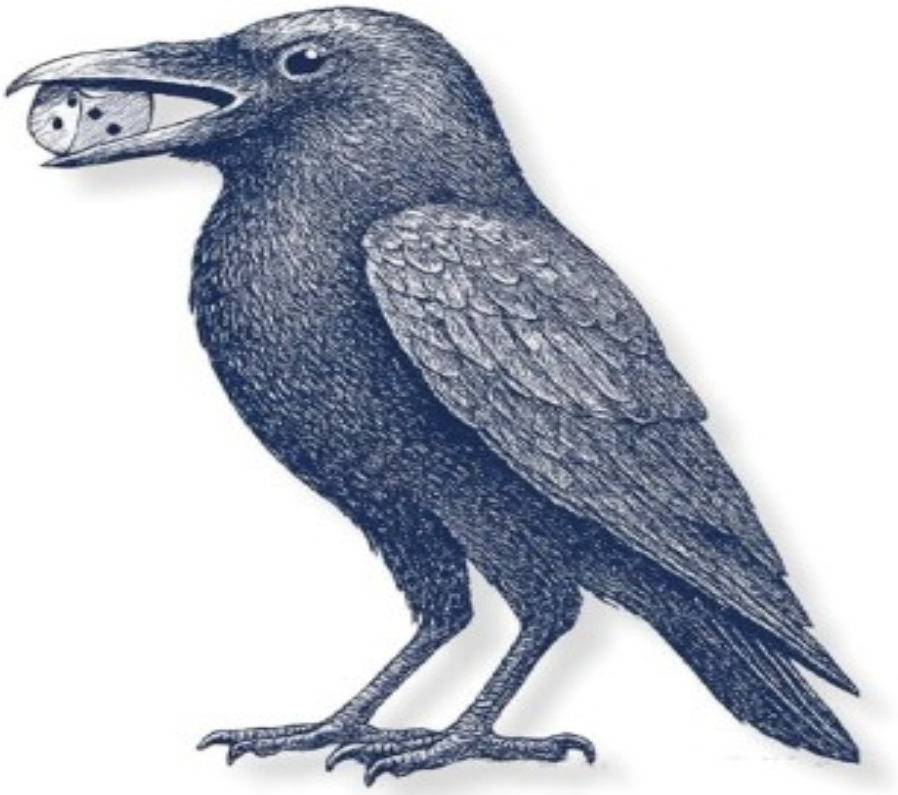
Memento

Begoña Quesada



novela edhasa

MEMENTO

BEGOÑA QUESADA



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Pepe Far

Imagen cubierta: Begoña Quesada

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición impresa: febrero de 2026
Primera edición en e-book: febrero de 2026

© Begoña Quesada, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-5044-9

Producido en España

A Maribel y Toño,
y a la ferretería en la que se sembró todo.

«I do what I like and I like what I do.
Today I am a screever and as you can see, a screever is an artist of the highest degree.
And it is all my own work, from my own memory»,
Chim chim cheree,

Bert el Deshollinador en *Mary Poppins*

MEMENTO

CAPÍTULO UNO

¡Cuántas veces lo pensé!

Antes temía fallar.

Antes temía.

Antes.

El sol del amanecer es ecuánime, justo. Se levanta sobre las manchas de sangre, los rincones donde orinan, las alcantarillas, los basureros, desinfectando la oscuridad. El universo otorga otro día, otra oportunidad para corregir.

Siempre que nadie le haya arrancado los ojos a tu hermano o abierto la cabeza a tu padre mientras tú te escondías entre pieles a medio curtir. Entonces el primer sol no importa. Importa el olvido: la memoria correcta como supervivencia.

Me gusta salir a correr cuando llega este sol por estrenar, solvente y decolorante. Me viene bien. Las montañas del vertedero de La Austriaca, el más viejo de Madrid, parecen a esta hora laderas compactas. Los restos de las personas, las cosas que dejan atrás, desaparecen, se transforman y resurgen.

Después de una intervención como la de anoche, necesito correr, llevar mi cuerpo al límite, vaciar mi mente y chocar contra el muro de mi agotamiento. Siento los dados en el bolsillo. Yo soy la llave del olvido y el puente hacia la supervivencia.

Laila no recordará los ojos de su hermano como gelatinas, tampoco los gritos de su madre al ver como despiezan a su hijo, la voz ahogada al paso del cuchillo. Ni siquiera recordará su casa, la curtiembre de su padre en el patio, las cabras o la ciudad de Homs. Sólo sabrá que viene de Siria, que tiene nueve años y que ahora está en un país donde se

habla otro idioma, que aprenderá y a través del cual construirá sus nuevos recuerdos, sin el trauma de una memoria tan lacerante como innecesaria. Y podrá volver a aceptar el tacto de otra piel.

Desde el punto más alto del vertedero se ve la ciudad, el esqueleto de las torres, el cráneo de la Almudena y las vértebras del Palacio Real. Madrid es una gran ciudad. Flexible. Asimila, digiere y construye. Madrid persiste. Pese a todo lo que pasa por este basurero.

Incluido Juan Calvino. No se puede negar que tenía un cerebro creativo, capaz de dar las vueltas necesarias para que la tuerca ajustase sus planes a la realidad. Nunca resultó convencional, pero la primera vez fue la más extravagante. «Se trataba de llamar tu atención, de hacerte entrar en este mundo paralelo», me dijo meses más tarde, casi sonriendo. Un mundo alterno, diría yo ahora. Entras y sales de un universo a otro, pero es imposible mantener una vida en los dos al mismo tiempo.

Calvino apareció un día sentado en una gran butaca blanca y dorada entre la basura de La Austriaca, como una alucinación al final de mi carrera cuando, jadeante, alcanzaba lo alto de la colina. Su impoluto asiento con orejeras en pan de oro brillaba sobre el fondo ceniciento. Sorbía té de una taza de porcelana con flores esmaltadas. El gancho de su nariz rasgaba la cortina de vapor. Bebe como un pájaro y luego devuelve su anguloso traje contra el respaldo, observándome en la distancia con sus ojos negros como botones. Era imposible no fijarse en él.

Al principio, disimulé haciendo estiramientos y mirando las pulsaciones en el reloj, pero sentía su mirada sobre mí: sopla, sorbe y mira, sopla, sorbe y mira. Reanudé la carrera, alejándome, aunque en su dirección. No podía evitarlo, me atraía.

Los montones de basura me hicieron acercarme desde atrás. Podía ver sus codos a ambos lados del respaldo de la butaca, como las alas de un cuervo, y una ligera nube de vapor sobre su cabeza. Cuando llegué hasta él, resoplé para recuperar el aliento. Más fuerte de lo normal, para hacerme oír. Tardó un minuto en admitir mi presencia.

Mi querido Calvino, tan bueno en la escenografía, tan perfeccionista en lo ficticio y tan chapuzas en la vida real. Tenía mujer e hija y adoraba a las dos, pero adoraba más su trabajo. Cuando Juan Calvino estira la chaqueta de su traje para sentarse en la butaca de La Austriaca comienza sin darse cuenta su última gran representación y, a lo largo de los meses siguientes, siente las fisuras en la escafandra hasta que no aguanta más la presión.

–Buenos días, Lauro... Excelentes vistas, ¿verdad? Quién me lo iba a decir, pensaba que había visto Madrid desde todos sus agujeros.

Me pareció capaz de mirarte con un solo ojo.

–¿Lo conozco?

–Ahora sí. Juan Calvino. Quizá debiera haberme dirigido a usted como doctor, doctor López Lobo. No, mejor de tú.

Dejó la taza sobre una caja de Estrella de Galicia y se levantó.

–Si vamos a trabajar juntos, mejor de tú, Lauro.

El traje negro pareció desplegarse, y Calvino tomó forma humana. Alto y estrecho. Ligeramente encorvado.

–No hace falta que frotes la taza ni ninguna lámpara de las que hay por ahí, pero soy tu genio. Vengo a cumplir tu sueño.

Sus labios formaron una sonrisa monosilábica. Una excavadora avanzó a lo lejos entre jirones y el clamor de las gaviotas resonó sobre nosotros.

–¿Y qué tal si empezamos porque me expliques cómo sabes mi nombre?

–Si de verdad yo fuese un genio, ¿realmente me preguntarías eso?

La intriga me hizo escuchar, al menos un minuto más.

–Lo que has hecho con Laila está muy bien, y antes con los otros, con Abdur, Amir, Joseph... Samuel, incluso.

–No sé de qué me estás hablando.

–Lauro, Lauro.., que soy el genio de la lámpara.

–Me estoy quedando frío. Tengo que volver a correr. Nos vemos, genio.

Ajustando las pulsaciones en el reloj, retomé la carrera colina abajo.

–Lauro, no te cabrees, hombre. Y, sobre todo, no te asustes.

Alzó la voz:

–Escúchame, Lauro. Si no por ti, por Samuel. O por Pilar y Mario, o por Matilda, tu hija.

Me detuve y me giré hacia él.

El sol se había levantado sobre la espalda de Calvino, de quien veía sólo sus ojos voluminosos, apuntándome. Lo cierto es que aún hoy, incluso después de haberlos visto muertos, los recuerdo intimidatorios.

–Trabajo para gente muy poderosa. Siguen tus investigaciones desde hace años. Les interesas, quieren ayudarte. Queremos que trabajes para nosotros.

Calvino intentó otra sonrisa y dio unos pasos hacia mí.

–Más bien, queremos trabajar contigo. Eres el mejor en tu campo.

Se acercó más.

–Una misión, única, con mínimo riesgo siempre que cumplas las reglas, y muy bien remunerada. Y lo que sé que para ti es más importante...

Sentí su peso sobre el suelo. Apoyó el índice en mi pecho. Retrocedí, percibí los dados en el bolsillo, me distraje y casi pierdo el equilibrio.

–Sin restricciones legales, sin explicaciones éticas, sin testigos.

Con cada frase, imprimía sus ojos sobre mí.

–Sin justificaciones. Volar en tu universo.

Batió sus manos como dos alas.

–¿Qué, Lauro? ¿Qué me dices?

–No sé de qué me hablas.

Ahora él dio un paso atrás.

–Los ratones no dan para más, Lauro. Sabemos que este último año has pasado de localizar en su cerebro los recuerdos formados en los cinco minutos antes de su muerte a ubicar impresiones cada vez más remotas, de toda su vida. Y a discernirlas. Ya no sólo de comportamiento reproductivo o defensivo, sino recuerdos más específicos. Lo sabemos. Y también sabemos que eres capaz de borrarlos, aunque esto aún no lo has publicado. Y que ya sabes hacerlo sin cargarte al ratón, modificando la actividad neuronal en cerebros vivos. Pero ¿cuánta vida tiene un ratón, Lauro?

El bip de mi reloj anunció que me tocaba reanudar la carrera o detener el control del entrenamiento. Calvino miró hacia Madrid.

–Primero de tu promoción, la Fulbright, doctor *cum laude*, Harvard, tentado por las farmacéuticas más poderosas del mundo, por compañeros del MIT, por el propio gobierno de China y luego por el de tu país. Qué gran futuro, Lauro, detrás de ti...

Se acercó y bajó la voz.

–¿Cuántos años tienen que pasar hasta que puedas materializar lo que ya sabes? ¿Cuántos, hasta que puedas aplicar tu procedimiento en humanos sin esconderte? ¿Cuántas Lailas a medio tratar en esa residencia de Alcalá antes de estar seguro, cuando te encuentras con el cerebro de alguien como plastilina entre tus manos, de que lo que estás haciendo funcionará? ¿A cuánta gente quieres dejar a mitad del túnel?

Recuerdo ahora esa voz de Calvino como un incienso profundo.

–Y lo que es más importante: ¿cuánto tiempo quieres dejar pasar hasta que demuestres que tienes razón? ¿Un año? ¿Diez? ¿Veinticinco? ¿Correr el riesgo de que Daniel te robe el descubrimiento, o que lo haga el próximo aprendiz que resbale por los intestinos de la investigación americana hasta las alcantarillas de tu laboratorio...? Por favor, evita cualquier mención a la inteligencia artificial. ¡Estoy hasta las pelotas de la inteligencia artificial!

Ya no notaba la camiseta fría, sólo tenía ojos para la mirada de Calvino.

–¿Cómo sabes tú lo de Alcalá?

–Llevas seis meses tratando a niños salidos de la guerra de Siria que te proporciona el comisario en los bajos de la residencia de los jesuitas. Un total de trece personas. Hombre, Lauro... Te pediría un poquito de confianza.

–Has hablado con Gerardo.

–Te acabo de proponer una misión secreta. Ni el comisario ni el cura saben nada.

Miré el reloj como un reflejo. Deseaba no estar allí.

–Cuéntame más. Un minuto.

CAPÍTULO DOS

–Te llevamos en un avión a una base militar en el sur de Italia. Allí tratas a tu paciente. Abres, borras lo que tienes que borrar y cierras. Nadie se entrometerá. Te pagamos y te devolvemos a tu casa. Veinticuatro horas.

–¿Quién es el paciente?

Calvino se miró los zapatos. Me di cuenta de que eran casi triangulares.

–Antes de decírtelo, me gustaría...

–Si crees que voy a aceptar sin saber quién y por qué, no te mereces «un poquito de confianza».

–Stefano, veintiún años. Hijo de un hombre poderoso, con muchos tentáculos. Lo hemos extraído de un campamento islámico en el desierto libio.

–¿Estás de broma?

–¿Tiene pinta esto de ser una broma?

Miró a su alrededor y se detuvo frente a la butaca, ahora torcida sobre la basura.

–Extravagante, quizá. Pero ésta es la parte más divertida de mi trabajo, es donde puedo ser más... creativo.

Pese a lo afilado de su nariz y unos dedos como uñas de gallina, sus ojos eran la característica más penetrante.

–Guarda esta tarjeta. Son coordenadas. Antes de mañana a las ocho, sitúate en este punto con tu móvil encendido. Entenderé que dices que sí.

Los números sobre la tarjeta verde y rayada estaban escritos con bolígrafo.

–Un millón de euros y una máquina del tiempo, saltarte veinticinco años. Si crees que puedes renunciar a eso, no vayas.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, como esperando una respuesta.

–Pero entonces tendremos que buscar otra forma. Y no dudes de que lo haremos. Llevamos siglos haciéndolo. Los problemas son inmutables, son las soluciones las que varían.

Se acercó a la caja, sorbió un par de sorbos de té y se atusó el traje. Pareció meditar observando los picados de las gaviotas sobre la basura.

–Pobres criaturas, me pregunto si se acuerdan del mar... La próxima vez pediré *earl grey*, no me gustan estos tés afrutados.

Lo vi desaparecer entre los montones de neumáticos y me dio la sensación de que un coro de gaviotas lo seguía. Sentí frío, la camiseta sudada volvía a estar pegada a la espalda. Me quité los pesos de los tobillos, y mis piernas volaron ladera abajo. Noté los dados repicando bajo la tela del pantalón.

Me dije entonces que tenía que impedir que Daniel descubriese ese recorrido para su entrenamiento. Correr es un deporte solitario.

Pensé en Pilar y en que hoy tampoco pasaría por el taller para regatear el precio del Mini rojo al que ella aspiraba. Diecisiete años juntos, cinco en la universidad, los dos que yo pasé en Boston y diez desde que regresé. Cuántas aspiraciones incumplidas. En la facultad, en el laboratorio y en mi casa.

Me acordé entonces de que tenía que ir a Correos a recoger una carta certificada. Llevaba meses intentando publicar un artículo en un par de revistas científicas, pero no daban mis resultados con ratones como válidos: nadie conseguía reproducirlos. Y de que al día siguiente tenía cita con el decano para recordarle su promesa de concederme dos investigadores más. ¡Si se diera cuenta de las regalías que podría llegar a cobrar la universidad por esta investigación!

Había reconocido en el registro del ordenador las llamadas de mi investigador principal, Daniel Hernández, con laboratorios en Estocolmo, y su LinkedIn no paraba de enviarme alertas sobre sus nuevos contactos con dos universidades suecas. En cualquier momento

dejaría su dimisión encima de la mesa. Era un impertinente cabezón y un poco lameculos, pero sus ideas iban en la dirección correcta. Hasta Daniel me resultaba luminoso en aquella época, cuando cada día tenía que entrar en el aula inmensa y roída de la Facultad de Medicina para formatear a los médicos de mañana con ideas de antes de ayer. Los ojos de Calvino reaparecieron en mi memoria.

Cuanto más pensaba, más corría, y de reojo veía subir las cifras del pulsómetro. Me paré en el semáforo del paseo de la Esperanza; sentía palpitar mis venas, me costaba respirar. Al cambiar a verde, un mendigo me cerró el paso con *La Farola*. Aparté el periódico sucio y crucé aumentando el ritmo para mejorar mi tiempo. «Un millón de euros y una máquina del tiempo». «Buscaremos a alguien más». «¿Cuántos tienes que dejar a mitad del túnel?». Las palabras de Calvino regresaban a borbotones. «¡Qué gran futuro detrás de ti!». Aceleré. Ya podía ver mi portal al final de la calle.

Sólo otro semáforo más. Estaba en rojo. Empecé a cruzar, y una furgoneta de Amazon me esquivó por un metro. Saqué el móvil del bolsillo para disimular el susto y abrí el *e-mail*. Bajé la lista hasta el final, los mensajes antiguos que nunca borraba: los del MIT y su oferta de hace dos años; los del Ministerio y la Comunidad de Madrid, prometiéndome otra vez inversiones; uno de Pilar, diciéndome que me esperaba en el aeropuerto; varios de Mario. Volví al principio, donde seguía sin aparecer la respuesta del decano confirmando la reunión. El comisario Gerardo me proponía volver a quedar en Alcalá a finales de mes para jugar al mus, lo que quería decir que esperaba otro caso urgente. Decidí parar el pulsómetro y llamar a Pilar.

–¿Te has ido a correr? No te he oído.

–Me alegro de no haberte molestado.

–Tengo que salir para la clínica en cinco minutos. Matilda también se ha levantado tarde, acaba de entrar en la ducha. Nos vemos por la noche.

–Estoy a dos minutos de casa. Quería darte un beso antes de que te fueras.

–Te iba a dejar una nota para ver si podías pasar por el súper antes de ir a la facultad y comprar el cordero para la cena del sábado.

–¿Qué cena?

–¿No te acuerdas? Con Mario. Quedamos en que le prepararía cordero con cuscús al estilo marroquí. Tengo prisa. Tengo que terminar de arreglarme.

El semáforo se puso verde. Mi hermano Mario cada vez pasaba más tiempo con nosotros. Con sus horarios, aceptando los casos más absurdos de la comisaría, no hacía vida propia. Empezaba a estar harto de verlo por casa. Cuando tenía un pie en el portal, sonó el teléfono.

–¡Hombre, Mario! Estaba pensando en ti. En lo de la cena del sábado.

–Te llamaba por eso. ¿Qué tal si nos vamos a escalar a Patones el sábado Pilar, Matilda, tú y yo?

–¡Puf! Hace años, Mario. No sé ni dónde tengo las cuerdas, ni los anclajes, ni nada. Y Matilda prácticamente no ha escalado nunca. Además, yo estaré volviendo de Bilbao.

–Hay que meterle el gusanillo ahora que es joven. Yo puedo ir con ella y luego cenamos juntos. Pilar me dijo que me iba a preparar cordero a lo moro.

–Marroquí, Mario, es una receta marroquí. El sábado no podemos. Matilda tiene deberes o un entrenamiento, o algo así. Y a mí me viene fatal... Cuando llegue de Bilbao, tengo que volver a escribir a la Comunidad de Madrid y al Ministerio.

–Piénsatelo, Bacterio. Le preguntaré a Pilar, a ver si ella te anima. Podríamos, además...

–Se va a cortar, Mario, que entro en el ascensor.

Recuerdo que subí las escaleras de dos en dos y que, una vez más, como en otro millón de ocasiones, me pregunté si aquella noche en El Espinar yo había hecho bien las cosas. Hacía ya once años. O si había dejado a Mario en mitad del túnel.

CAPÍTULO TRES

Esa tarde bajé las escaleras hacia el garaje de la facultad contento. No sé si porque el galanteo de Calvino seguía rondándome la cabeza, porque por fin era jueves o porque había logrado evitar a Teresa, nuestra secretaria. Casi.

–¿Profesor?

La guardiana de las esencias frenó en seco. Su pequeña cabeza colgando de las gafas asomó por la ventanilla del Clio blanco.

–Hombre, Teresa. ¿Ya te vas? Hasta mañana, que tengas buena tarde.

–Yo sí, profesor. Son las cinco. Pero usted, no. Es jueves. Tiene tutoría hasta las siete.

Sus ojos asomaban sobre las gafas negras como dos pequeños hocicos.

–Pero no hay nadie, mujer. Los acabo de ver a todos en clase, además.

–Pero las tutorías hay que respetarlas, doctor López. Para eso se le paga.

No acababa de acostumbrarme a eso de «doctor López». En su boca, era un nombre con estratos, una capa de corrección bajo otra de disolvente.

–Se me paga, se me paga... Depende. Además, voy hacia el laboratorio para...

Ella subió el tono a medida que ascendía el cristal a golpe de manivela, o ése es el efecto en mi memoria.

–Usted verá, doctor López. Que ya lleva aquí unos añitos. Luego salimos como salimos en las encuestas. ¡La universidad pública no es el coño de la Bernarda!

El coño de la Bernarda rebotó contras las paredes del garaje hasta darme en la cabeza, dejándome sin posibilidad de contestar.

Me puse el cinturón y pronto me incorporé a la avenida de la Complutense, que estaba casi vacía. Creí que llegaría sin problemas a Correos, pero, al entrar en la M-30, mi Fiat Uno se fundió con una serpiente de metal que apenas reptaba hacia el norte. Llovía de forma indecisa, ahora lluevo ahora no, y los coches ronroneaban. En Madrid llueve poco y como para molestar, porque los madrileños no saben mojarse. Se refugian en sus coches, temerosos de acartonarse. A mí me gusta la lluvia; el agua altera el ritmo de las cosas y abre grietas.

Decidí aparcar en la calle de la gasolinera. Cuando llegué por fin a Correos, pasaban diez minutos de la hora. Llamé al cristal. Un señor con bigote de morsa tocó el reloj y negó con la cabeza. La señora de los pechos grandes que me había atendido la última vez se asomó desde detrás de una columna y descorrió el cerrojo.

–Doctor Lobo, ¿cómo está?

Había leído el remite de mis envíos.

–Encantado de verla. Es sobre este aviso que me dejaron la semana pasada.

Se tocó uno de sus pendientes naranjas mientras caminaba hacia el mostrador, donde inclinó todas las esferas de su cuerpo sobre una torre de cartas apiladas al otro lado.

–Lauro López Lobo, aquí está. No hace falta que me enseñe el carné, doctor.

Era lo que esperaba.

–De la revista *Science and Neurology* de Londres, nada menos, doctor.

–Gracias. Y que tenga una buena noche.

Guardé el sobre bajo el abrigo, me sequé la frente con la manga y decidí caminar hasta el quiosco de la calle paralela. Me gustaba llevarle piruletas de corazón a Matilda; se las comía a la salida de los entrenamientos. Compré cinco y, antes de abrir el sobre bajo el alero del edificio, me metí una en la boca. Apreté la mandíbula y la rompí a la mitad: rechazaban otra vez mi investigación sobre memoria por falta de avales.

«¿Cuánto tiempo tienes que esperar?», la voz de Calvino me asaltó. Tiré la carta contra una alcantarilla y regresé atravesando el paso bajo la

avenida de los Franceses.

En esta ciudad te pueden robar el móvil sobre la barra de un bar en lo que te bebes un cortado o abrirte el bolso en un recorrido de autobús de menos de cinco minutos. Los rateros se aprovechan de que el madrileño es gentil con el roce y la proximidad. Pero es una ciudad segura. Mis turnos hasta la medianoche en el Hospital de La Princesa cuando terminé la carrera eran mis favoritos porque volvía andando a casa. De lo mejor que se puede hacer en Madrid es caminar, sobre todo cuando se oyen los cambios de los semáforos y las luces verdes de los taxis descosen la noche.

En los subterráneos, entre las venas de esta ciudad, es donde yo me siento más dueño.

El tubo violáceo se reflejaba sobre los charcos.

–Esta vez, Samuel, me estás quedando impecable.

En ese callejón empecé a hacer grafitis. Pasé meses creando composiciones en las que aparecía el niño Samuel, al que cultivaba con amor en mi memoria. El mundo según Samuel. El buen grafiti hace de la realidad sobre la que se dibuja otra mejor.

Samuel tenía seis años, y se murió una semana después de pasar por Alcalá. Llegó a Tarifa en una patera con una herida infectada de esquirla en la pierna y un cerebro lleno de fantasmas. Fue mi primer paciente en la residencia de los jesuitas. La infección se extendió a la sangre, pero durmió tranquilo sus siete últimas noches.

Con un rotulador, maticé sus pies, elevándolos sobre un bosque de olivos. En ese momento, una chica entró en el túnel y cerró su paraguas. Pasó tras de mí marcando sus tacones. Me vio, pero, si le preguntasen a ella por aquel instante, sólo recordaría al niño azul gigante al que las ramas acarician los pies. Mi obra impregnando su memoria. Sonreí satisfecho, dándole vueltas al caramelo en la boca.

Llegué a casa justo al terminar la piruleta.

Olía a lasaña. Las casas huelen a la vida que ocurre dentro.

–La cena estará lista en veinte minutos.

–¿Y Matilda?

Pilar se dejó besar en la mejilla.

–En su habitación.

–¿Y esto qué es?

–Una obra de arte que he comprado esta mañana.

El cuerno de ciervo plateado medía medio metro. Me alegré de que estuviera sobre la encimera de granito y no sobre la estantería de Ikea.

–Pensé que tu prioridad era cambiar el sofá. ¿Dónde piensas ponerlo?

–Ya iré viendo.

Pilar pensaba la vida en gerundio en aquella época; para mí era una clara señal de que se deslizaba por ella, en vez de agarrarla. Pasaba «por» porque no quería estar «en» su vida.

–Martina, de Majadahonda, ¿te acuerdas? La clienta de la clínica que se operó los labios y las orejas a la vez. Ahora es escultora. Me ha hecho precio de amiga. Nosotros vamos necesitando cosas así, con estilo. Y tiene contactos en el colegio británico.

Coleccionaba recortes de revistas de muebles para nuestra futura casa, aunque era evidente que seguiríamos de alquiler muchos años. Guardaba fundas de cojines y sábanas en la parte alta del armario y peinaba con devoción diaria las webs de cinco inmobiliarias.

Como acabo de decir, el tiempo demostró que rehuía para no huir. El problema no era habitacional.

–Es más sana que la lasaña congelada y me sale por menos. ¿Vas poniendo la mesa? Ha llegado la factura de la luz.

Junto al recibo había un artículo de la sección de ciencia de *El Mundo*.

–Lo recorté del periódico de la clínica. Para todas las horas que le dedicaste, te cita una vez y cerca del final, algo sobre la compartimentación de la memoria. Al de la Autónoma le da más espacio. También nombra a Daniel.

Su frase era más larga. Hasta su cargo tenía más palabras. Un tren de palabras. Te subes o no. Calvino.

–El caso es que se hable de la neurobiología y que el ministro o el consejero de turno lo lea y se acuerde de mí. Y que el decano me confirme la cita de una vez.

Abrí la nevera buscando una cerveza.

–¿Y el del Mini?

–Nada, no ha querido bajarse de la burra.

–A Mario tampoco le estaba pareciendo tan buena compra.

Sólo quedaba sin alcohol. No sabía que mi hermano también se inmiscuía en eso.

–Voy a ver a Matilda y a darme una ducha.

–Diez minutos, o se pasa la lasaña.

Ésta es una de las formas como más recuerdo a Matilda, y lamento que sea de espaldas. El flexo crea un arco de luz entre su pelo y la libreta, y Matilda está sumergida dentro, navegando entre sus dibujos. Al pie del escritorio tiene la bolsa de la piscina. Veo palitos blancos de piruletas asomando. Huele al gel de baño S3. Se oye el rotulador sobre el papel. Me acerco despacio y le doy un beso en el pelo, donde empieza la luz. Matilda, mi anhelo, querida como amor propio.

–¿Los has copiado o son tuyos? Éste de la servilleta está genial.

–¡Papá! ¿Tú qué crees? ¿Cómo los voy a copiar?

–La trenza te ha salido muy bien. No es fácil dibujar el pelo... Te he traído piruletas.

–Mételas ahí. ¡Gracias!

Me guiñó un ojo y se volvió a colocar los cascos. Cerrar esa puerta es salir de un paréntesis luminoso.

Dejé el reloj, la tarjeta de Calvino y los dados, como rubíes sobre el cartón verde, en el cajón bajo el espejo, y tiré toda la ropa a lavar. Matilda estaba creciendo, se veía también en lo que convertía en objeto de sus dibujos. Corrí la cortina y templé el agua.

En aquella época, cuando reflexionaba sobre Matilda, pensaba siempre en aquella noche en El Espinar. Aún lo hago a veces.

CAPÍTULO CUATRO

Era mi última vez en España antes del regreso definitivo. En Boston me habían dado una semana para buscar casa en Madrid y organizar el trasvase de mi investigación. Cuando terminamos de visitar pisos, Pilar y yo decidimos pasar el fin de semana en una casa rural, y allí se nos sumó Mario. Mientras circulábamos por una carretera limpia camino de Segovia, con Pilar y Mario cada uno mirando por una ventana, yo estaba convencido de que me lo iban a decir. Sospechaba que estaban juntos desde hacía meses.

Cuando llegamos a El Espinar, a aquel chalé con gotelé y unos columpios en el fondo de una piscina vacía, tenía tanto miedo de que encontrasen el momento para darme la noticia que me dediqué a mantenernos ocupados. Enseguida elegí un bar pequeño con sillas de aluminio y televisión encendida para tomarnos un café. Sacaba temas sin cesar: recuerdo hablar de los daños del fútbol americano en la corteza cerebral y de la comunicación entre las plantas. Le pedí a Mario que buscase una panadería mientras Pilar hacía cola para las chuletas y yo compraba en el estanco las cerillas que ya tenía.

Los observé durante varios minutos a través del escaparate, eligiendo un queso y haciendo sonreír al carnicero. Se rozaron la mano al pasarse la bolsa con la hogaza, y sin darme cuenta estrujé la caja de cerillas que llevaba en el bolsillo.

En el coche, de regreso a la finca, puse a Van Morrison a todo volumen y hasta canté *You are my brown eyed girl*. Ventilar la casa, hacer las camas, probar el calentador de agua, traer leña, pedir copas y luego mantas a la dueña, encontrar el carbón, preparar la parrilla... No hubo ocasión para hablar de nada serio hasta la hora de la cena. Ahí no

pude evitar que nos sentáramos los tres frente a la chimenea encendida, en silencio ya.

–No has parado en toda la tarde, Lauro. Siéntate ahora tú un poco, anda.

Pilar comenzó a recoger. Mario se dispuso a fregar.

–¡Qué bien huele esta sierra...! El olfato es más importante de lo que pensamos para la memoria... Haremos esto más veces cuando yo por fin esté ya aquí. En unas semanas. Antes de que os deis cuenta. Trae otra botella, Mario. No freguéis aún, necesitamos las copas.

Se me ocurrió que se iban a animar el uno al otro en la cocina para soltarme la noticia.

–Vaya, traigo el vino y me dejo el sacacorchos.

–Voy yo, Mario. Así recojo yo con Pilar, conozco sus manías.

–¿Tienes otra música que no sea Van Morrison?

Le indiqué dónde estaba mi MP3.

–Lauro, Lauro, Lauro... Porque te vas mañana, si no te actualizaba esto. Los Heartbreakers, Bob Dylan, Springsteen... ¡Los Waterboys! ¡Madre mía!

Cerré la puerta de la cocina y dejé el cajón del sacacorchos abierto, a modo de traviesa. Pilar vaciaba los restos sobre el cubo negro. Me acerqué al fregadero y esperé el agua caliente para aclarar los platos. Sentí placer por la súbita cotidianeidad, el ensayo de ser una familia con Pilar. Hasta que la cabeza de Mario apareció tras el cristal biselado.

–Mira, Pilar. ¡También tiene a The Cure!

Ella se detuvo, inclinada sobre la basura, y sonrió.

–Mañana seguimos, Lauro. Vamos a sentarnos delante de la chimenea, tranquilamente, con un vinito. Disfrutemos de la última botella.

Vi a través de las volutas traslúcidas que mi hermano se separaba de la puerta y regresaba a salón. Mario, siempre tonto el último.

Agarré el sacacorchos. Yo no bebería más.

Era inevitable. Esa noche. Tenía que hacerlo.

Seguí a Pilar hacia el sofá que estaba frente a la chimenea. En ese momento, localicé un tablero de ajedrez entre unas revistas de *National*

Geographic, en una estantería sobrecargada de libros huérfanos, jarritas de barro, ceniceros y moscas de pescador.

–¿Por qué no jugamos a algo? Aquí hay cartas. Y dados.

Deslizándose desde el terciopelo del cubilete, cayeron rodando tres dados de coral con puntos blancos. Sobre la palma de mi mano sumaron seis, un uno, un uno y un cuatro.

Cuando recuerdo ese momento, a menudo pienso en el universo, en cómo existe una inestabilidad permanente que sostiene el orden conocido. Hasta que un día hay más gravedad que expansión, o más vacío que materia, o más fuerza que antifuerza, y una estrella se contrae, colapsa y estalla. Una molécula se mueve y comienza un nuevo orden.

–Id repartiendo. Vengo enseguida.

Saqué mis notas del equipaje, los parches de los electrodos y unas ampollas de sedación y proteínas del neceser. Los estudios más avanzados sobre sueños lúcidos en aquel momento, y que aún años después no han visto la luz en su totalidad, demostraban la posibilidad de acelerar la inducción de un sueño particular y su utilización para la paliación de traumas, incluso para una curación completa, a través de la eliminación selectiva de recuerdos. Los parámetros más importantes eran el nivel de sedación, que en cualquier caso tenía que ser profunda, y la geografía del sueño, donde tenía que quedar clara la línea de costa con la realidad para poder desembarcar y regresar a bordo una vez alterada la memoria. Imprescindible poder dibujar el mapa del tesoro hasta y desde la idea que se quería robar.

El principal peligro, una vez se inducía el sueño lúcido, era entonces el mismo que ahora: alcanzar el nivel de sedación óptimo, aquel en el que se mantiene un nivel mínimo de consciencia y al mismo tiempo se logra moldear la memoria y la percepción subjetiva de la realidad. Las herramientas son estímulos electrónicos transcraneales e inoculación de proteínas. Un nivel de sedación excesiva, y nunca hallaremos el tesoro, además de la posibilidad de perder al sujeto en una especie de limbo. Un nivel de sedación insuficiente, y podría despertarse con una percepción alterada de la realidad, desde irrelevantes fallos de memoria

y *déjà-vous* a graves esquizofrenias en las que se intercala sueño, recuerdo y realidad.

El doctor Hanno Zimmerman, de la Universidad de Núremberg, había realizado una exploración con estudiantes en la que medía la cota de sedación con dados. Después de inducir el sueño, utilizando impulsos eléctricos para inhibir la síntesis de determinadas proteínas en el cerebro, los estudiantes entraban en un estado de semiinconsciencia en el que eran capaces de seguir instrucciones mínimas, como tirar un dado; pero, una vez alcanzado el umbral, no podían dar sentido a los puntos sobre el mismo. Sumando determinados fármacos aceleradores (mi aportación), se abría una estrecha pasarela hacia el jardín más secreto del ser humano: la memoria a largo plazo.

Los estudiantes de Zimmerman recordaban detalles que ni siquiera habían memorizado conscientemente, como la matrícula del coche de un abuelo o el teléfono de casa de un amigo de la infancia. U olvidaban escenas completas de su vida. Sencillamente, se borraban. Al despertarse, el alumno no recordaba cómo había comprado su reloj o conocido a su novia.

Un año después de publicar el artículo sobre esos experimentos, en parte basado en las notas que yo en ese momento tenía delante, Zimmerman fue hallado culpable de asesinato por sedar a enfermos terminales en un hospital de Rotterdam. Siempre negó los cargos, y acabó retirándose en la Selva Negra, donde lo visité un par de veces a principios de los noventa. Apareció muerto en 1998, a trescientos metros de su casa, en una cuneta. Supuestamente, suicidio. Tuve que hacerme cargo de su perro.

–Lauro, ¿vienes? Vamos a jugar al póquer. Mario dice que no sabes mentir... Juguemos con dinero. O, mejor, a verdad o consecuencia.

Sus risas adolescentes subieron de puntillas hasta la habitación en la que yo estaba.

–Vamos, Lauro, baja... ¿Qué estará buscando?

–Un estudio sobre gérmenes en barajas públicas y sus efectos en el cerebro. Venga, Lauro. No te hagas de rogar.

CAPÍTULO CINCO

Recuerdo que luego sólo se oían los cuervos. Fuera hacía un frío denso y blanco. Mientras esperaba a que la sedación tocase fondo y el nivel de actividad cerebral remontase, recorrí con los dedos las costuras de la ventana de la habitación para sentir el viento. Varios cuervos avanzaron por el canalón metálico del tejado como aduaneros desconfiados.

Vacié la copa de Mario y la lavé en el baño para acortar la espera. Comprobé su temperatura y ritmo cardiaco. Él tardaría más. Agrupé los objetos sobre la mesita, el quinqué, otro cenicero y una estampa enmarcada de san Cristóbal, «patrón de los que están en tránsito». Ordené los tres dados de coral, el MP3, mi móvil y las inyecciones con estimulantes para ambos, por si tenía que interrumpir la sedación. Pensé que en cualquier momento uno de los pájaros golpearía la ventana con su pico negro. Encendí el quinqué y eché las cortinas sobre el cielo, resquebrajado por alguna estrella.

Pilar se dejó acariciar.

–¿Ves el dado?

–Sí.

–¿Qué número tiene?

Se tocó el pelo.

–¿Ves el número?

Parecía querer despertarse. Levantaba la cabeza de la almohada. Los indicadores cerebrales eran correctos.

–Pilar, ¿qué número tiene el dado?

–No lo sé, no... no lo leo.

–¿Estás bien?

–No lo sé. No lo sé. ¿Me das la mano?

Sus largos dedos se enredaron entre los míos.

–Están frías. ¿Tienes frío?

–No lo sé... Sí, un poco. Quizá me ha venido la regla por fin, voy con un par de días de retraso. Siempre tengo frío cuando tengo la regla.

Pilar ya estaba embarazada de Matilda, pero ninguno de los tres lo sabíamos. La arropé.

–¿Sientes esto?

–Claro, Lauro. Me haces daño.

Dejé de pellizcarle la muñeca y comencé a acotar la orografía.

–¿Sabes dónde estamos en esta foto?

Le enseñé mi móvil.

–Sí, claro. En Zaragoza.

–¿Te acuerdas? Hacía mucho frío. Nos metimos en una chocolatería y nos sentamos con unas señoras de Valladolid que venían a rezar a la Virgen del Pilar.

–Sí, me acuerdo. Una se llamaba Violeta; olía a talco y chasqueaba la lengua cuando nos besábamos. Tú empezaste a tocarme por debajo de la mesa.

–Luego nos fuimos a Huesca.

–Y el Peugot 106 verde que alquilamos se calentó subiendo el puerto. Tuvimos que conducir marcha atrás con una niebla tremenda hasta una cuneta ancha para poder apartarnos y llamar a la grúa. Casi me muero de miedo.

A medida que hablábamos, a través de los sensores, la cordillera de los recuerdos de Pilar tomaba forma en mi ordenador. Comencé a buscar el camino hasta su cruce con Mario.

–De este fin de semana, ¿te acuerdas?

Era la boda de unos amigos en Lugo. Alguien de la mesa me había grabado haciendo dibujos sobre el menú, pero al fondo aparecían Mario y Pilar bailando. Yo no me di cuenta hasta semanas después. Desde entonces, era lo único que veía cuando lo miraba.

El pulso de Pilar se aceleró, la frecuencia de las ondas aumentó. El valle se abría.

–Mario.

–De Londres, ¿te acuerdas? Cuando quedamos allí Mario, tú y yo.

–Londres, ¡qué bonito! Portobello, Holland Park, Covent Garden... Holland Park es uno de los sitios más románticos del mundo.

–¿Por qué?

La senda tomaba forma bajo las palabras de Pilar.

–Es como un parque privado, lleno de rincones donde parece que estás sola, sola en el centro de Londres. Es un sitio especial.

–¿Y qué es lo más especial?

Me soltó la mano y pareció recrearse. Ésta era la X en el mapa. A partir de aquí.

–Cerca de allí hay un pequeño restaurante con sólo seis mesas. Se llama algo de unas palomas, en francés... Tiene macetas con dalias amarillas en las ventanas y las paredes cubiertas de retratos. Parece que estás cenando entre todos ellos. Mario encontró el sitio cuando salimos de Holland Park. Nos sentamos muy juntos en una mesa pequeña, detrás de una columna en la que se colgaban los abrigos. El camarero tardó un montón en servirnos la comida... Ya llevábamos dos botellas. Sonaba un álbum de The Cure, *Disintegration*. Mario no dejaba de mirarme. Hacía frío fuera, y allí olía a lana caliente, a la cera de las velas. Y a creps. Cuando llegaron los nuestros, Mario dijo que tenía hambre, pero ya no de creps.

Se tocó la frente y se calló. Dudé si entrar. Temía hacerme daño, ¡pero estaba tan cerca! Me repetí que era algo ya material, proteínas e impulsos neuronales.

En el siglo XIX un neurólogo descubrió que el cerebro se inventa un tercer sonido al percibir uno distinto en cada oído. No existe realmente, aunque tú lo estés oyendo.

–¿Y qué pasó?

Las luciérnagas de su cerebro se despertaron todas de repente, los sensores activaron las mediciones, y la pantalla de mi ordenador se iluminó.

–Me puso el abrigo y su mano me rozó la cara. Me di la vuelta, y nos besamos. Cerré los ojos, sonaba *Lulluby*. Me dejé llevar. Al salir del restaurante, nos volvimos a besar. Sentía frío en la nuca y lloviznaba,

pero Mario me cubría con sus brazos. Paramos un taxi y fuimos hasta el hotel. En la recepción había un mensaje tuyo; aún seguías en Boston, aislado por la nieve. Mario tiró de mí y pidió la llave de su habitación. No encendimos las luces ni echamos la cortina. Recuerdo que, a lo lejos, se veía el Parlamento y la noria. Hicimos el amor. Pero...

–¿Pero?

–Por la mañana, no podía mirar al espejo sin llorar. Me fui a mi habitación. Enchufé el móvil. Tenía tres mensajes tuyos. Finalmente tu vuelo se cancelaba. Me vestí y volví a Holland Park buscando una puerta, una llave con la que darle la vuelta a todo. Mario y yo hablamos más tarde, durante el desayuno, antes de regresar a Madrid. Decidimos no decírtelo, dejar que el tiempo corriese. Los dos te queremos mucho, Lauro... Pero supongo que el tiempo no lo cura todo.

Comenzó a llorar. Hasta aquí.

–Lo sé, Pilar. Ahora quiero que te tranquilices y sigas durmiendo.

Aumenté levemente la dosis de calmante. Moví mi silla al lado de la cama de Mario y repetí el procedimiento.

Me dio la sensación de que Mario guardaba sus sentimientos por Pilar en una parte más profunda, más recóndita, a la que me costaba más acceder. Cuando le puse la canción de The Cure, los sensores se encendieron como si todas las luces de un aeropuerto dependieran de un único interruptor. Mario atesoraba cientos de recuerdos de mi mujer, y cada uno de ellos vibraba con esa música, con el sonido de su voz o con la visualización de su imagen.

De repente, el graznido de un cuervo dentro de la casa. Me levanté, y la silla causó un estruendo al desplomarse sobre las tablas. Tropecé con ella y me caí, arrastrando los cables y tirando una de las pantallas. El graznido era desesperado. El pájaro se lanzaba contra la ventana del pasillo frente a nuestra habitación. Pilar y Mario se agitaron, y su nivel de consciencia se avivó. El cuervo golpeó en ese instante la puerta cerrada y se cayó. Atraído por la luz, comenzó a intentar meter el pico por debajo de la puerta. Miré hacia Pilar, que por un momento pareció devolverme la mirada.

–Tranquila, cielo. Tranquila. Es sólo un cuervo.

Corrí hacia el lado izquierdo de su cama y aumenté la sedación. Luego, la de Mario.

Cogí la colcha roja que le tapaba los pies, abrí la puerta y la eché sobre el pájaro, que apenas se movió. Parecía un gran corazón duro y amorfo; lo sentía palpitar a través de la tela mientras bajaba la escalera.

Abrí la ventana del pasillo. El aire escarchado me rozó la cara. Agité la colcha, y el cuervo cayó sobre la hierba. Se puso en pie, cojeó y, renqueante, emprendió un vuelo bajo.

Volví al dormitorio y comprobé los niveles. Pilar y Mario seguían dormidos, pero no se había registrado un seguimiento completo del procedimiento. Al tirar el monitor, la grabación de ondas cerebrales se había interrumpido. Sé que en ese momento una púa invisible se me quedó trabada dentro. Si voy a alterar la parte medular de una persona, me gusta ser metódico.

Pronto amanecería. Decidí recoger el equipo e intentar dormir. Estaba agotado. Doblé los cables, guardé los ordenadores, y devolví las ampollas vacías y las agujas a su estuche. La moldura de san Cristóbal se había astillado al caer; la escondí en el fondo del cajón de la mesilla. Sólo encontré dos de los tres dados de coral, y me los guardé en el bolsillo. Me tumbé al lado de Pilar, me cubrí con la colcha y cerré los ojos.

Una hora más tarde hacía café. El cielo se arqueaba, empujando la noche hacia arriba. Descubrí a Pilar observándome desde la puerta. Se abrazaba por el frío.

–Creo que he soñado.

Nos besamos un poco más largo de lo normal.

Ésa fue la primera vez que rogué haber cosido bien detrás de mí.

CAPÍTULO SEIS

Desde el otro lado de la puerta del baño, Pilar me sacó de mi ensoñación frente al espejo.

–¡Se enfría la lasaña!

Limpié el vaho, me peiné, recogí mis cosas y salí.

–No tanto, mamá.

–¡Después te hartas de piruletas! Hapi, ya tienes edad para cuidarte.

Pilar aceptaba intermitentemente para Matilda el nombre de mi madre, y a menudo la llamaba Hapi cuando quería acercarse a ella. Durante nuestros años en la facultad, habíamos ido varias veces a bucear al mar Rojo, alguna vez con Mario. Nos quedábamos en un pequeño hotel que se llamaba Hapi, el dios egipcio del agua.

–Hija, a veces pienso que te mantienes a base de pan y de caramelos.

Matilda y yo nos miramos y sacamos dos lenguas rojas como cerezas.

–¡Sois tal para cual! Lauro, tú podrías ayudar, que al fin y al cabo eres médico.

Un mensaje entró en el móvil de Pilar. Contestó.

–Tu madre tiene razón. Eres lo que comes.

Matilda tragó un bocado y empezó a dibujar con un rotulador azul sobre una factura.

–Tú que eres tan lista, ¿sabes que estamos hechos de estrellas?

Cuando era más pequeña, mis historias sobre el universo la fascinaban.

–Nuestras vidas son posibles por cosas que pasaron hace miles de millones de años en partes remotas del universo.

Otro mensaje. Pilar sonrió y contestó, ajena a nuestra conversación.

–En el fondo, los humanos somos estrellas.

Matilda dejó el rotulador para comer otro trozo.

–El carbono, el calcio, el hierro...

–Perdonadme, tengo que llamar. Del trabajo.

Pilar se alejó hacia la habitación. Me pareció oír la puerta del baño.

–El carbono, el calcio, el hierro, el oxígeno... Las moléculas de nuestro cuerpo fueron creadas a través de reacciones nucleares en estrellas que explotaron, ¡bang!, y las inyectaron en el cosmos.

–Entonces, da igual lo que coma. Todo es estrella.

–Las sustancias acaban en tu cuerpo, pero lo ideal es que acaben en la proporción correcta.

Matilda retomó sus líneas sobre el papel.

–¿Con quién crees que habla mamá? No deberían llamarla a estas horas.

–Con el trabajo, ha dicho. ¿Qué tal vas con la concentración? ¿Duermes bien? ¿Has conseguido controlar tu sueño?

Apartó el plato y vi que dibujaba un gran corazón resplandeciente.

–Hago los ejercicios que me dijiste, pero no logro controlar lo que sueño.

–Mejorarías tu rendimiento. Si quieres que te ayude... ¡Qué bonito ese corazón! Parece que brilla, o que palpita.

–No es un corazón, papá. Es una piruleta.

Tachó el dibujo, llevó el plato al fregadero y me dio un beso en la mejilla.

–Hasta mañana. Termino los deberes y me meto en la cama. Díselo a mamá.

Tapé la lasaña restante con papel de plata, cubrí el plato de Pilar con otro y recogí la mesa. Pilar tenía razón: Matilda no comía bien. Estaba más delgada. Y distante. Dejé el papel con el corazón azul tachado junto al plato de Pilar.

Comprobé mis *e-mails* y repasé las notas de las clases.

–Perdón. –Pilar salió de la habitación–. Cambios en los pagos de uno de los cirujanos. Ya está resuelto.

Se guardó el móvil en la chaqueta y subió la cremallera del bolsillo. Su laberinto me produjo cierta compasión. Es una condena real vivir una

vida ficticia.

–He tapado la lasaña para que no se te enfríe. Voy a colocar las zapatillas.

Esos años en casa siempre tuve una balda con al menos diez pares de zapatillas de correr, ordenadas por antigüedad. Las más nuevas me las ponía los días de mayor estrés, las más antiguas para trotar. Algunas veces, un par se saltaba el orden natural y se desgastaba antes de tiempo. Al menos tres veces por semana, medía el grosor de la suela de cada zapatilla con un calibre. Menos de treinta y cinco milímetros en el talón o veinte en la puntera era inaceptable. Limpiar, medir y sistematizar mis zapatillas me concedía orden.

Mientras, Pilar se desmaquillaba en el baño.

–¿A qué hora te vas mañana a Bilbao, Lauro?

–El avión es a las diez. Regreso pasado mañana. Para cenar.

–¿Tendrás tiempo de llamar al banco? Está a punto de llegarnos el recibo del gas.

–Lo hago desde el aeropuerto.

La oí lavarse los dientes.

–Lauro, estaba pensando... Para las vacaciones, ¿crees que podríamos pedir un crédito? Mario habló el otro día de volver a bucear. Y me entraron ganas.

Cada vez más adentro y no se daba cuenta. Era Dédalo perdido en su propia obra.

–Lo de pedir créditos para vacaciones no me gusta, Pilar. También quieres cambiar el sofá, y deberíamos ahorrar si queremos mudarnos, ¿no? Además, no sé cuándo podré librar. Estamos en la fase tres de la investigación.

–Pero Matilda no se va a pasar el verano en Madrid. ¡Y yo tampoco! Mañana miro precios de sofás, y, como encuentre una oferta, con lo que ahorre busco un destino cerca del agua.

–Lo hablamos. Ahora con lo de Bilbao tengo mucho en la cabeza.

Cerré el libro por la página cincuenta y cuatro, cinco párrafos más. Avanzaba despacio por *Cementerio de animales*, pese a que me estaba gustando. Apagué la luz.

Lo que tenía en la cabeza sobre todo era un gran temor de que el congreso fuese como esperaba, lleno de investigadores arribistas, garrapatas perpetuas de subvenciones y financiaciones con fines más políticos que científicos. Lameculos. Una pérdida de tiempo.

–Cariño, sobre todo no contrates nada sin consultármelo antes.

–Ya veré. ¡Ah! Y mañana me voy a teñir otra vez. Sé que no te gusta, pero no soporto estas canas que me salen en las patillas. ¡Sin falta! Como no estás, le pediré a Matilda que me ayude con la parte de atrás. O a Mario.

Me imaginé a Stephen King anotando el diálogo matrimonial desde la foto de la solapa.

–Estás guapísima así. No te tiñas.

–Soy muy joven para ser vieja.

En mi imaginación, acaricié el pelo de Pilar. ¿Cuántos cambios necesita una persona para ser quien es? A los quince días de la fecundación de un óvulo humano, el embrión mide tres milímetros y tiene tres capas. La piel y el cerebro se desarrollarán a partir de la misma capa. Ahora recuerdo lunares y curvas de Pilar, pero me gustaría poder haber estado en más esquinas de su memoria, observarlas y estudiarlas mejor y recordarlas con exactitud. Me gustaría haber sido capaz de mirarla entonces como la miré al final.

Me dormí con una frase de King: «La pregunta más aterradora de todas sería cuánto horror puede soportar la mente humana manteniendo su cordura».

La última vez que consulté el reloj era pasada la medianoche. Un momento después, sonó la alarma de las seis.

CAPÍTULO SIETE

Cada época tiene su definición de belleza. Para unos fue la lanza; para otros, la rueda, la polea, la pólvora, el motor de explosión, la división del átomo... Para mí, de nuestros días, la belleza es un vuelo tranquilo en avión. Suspendido entre un «ya no» y un «todavía no». El lujo de la auténtica soledad.

Recuerdo que ése no fue el caso en el viaje a Bilbao. El avión iba lleno, y en cuanto se subió el doctor Jerónimo Diselblom, el asiento se me hizo estrecho. Yo estaba en el pasillo, justo detrás de la cortinilla que divide la clase *business* de la turista. Diselblom saludó a la azafata, se quitó una chaqueta azul marino y la plegó sobre su maleta de Louis Vuitton en el portaequipajes.

Los años lo habían dotado de una buena barriga. Se pasó la mano por su pelo retorcido, refulgente por la gomina, y se sentó al lado de la ventanilla, en diagonal respecto a mí. Sólo podía verle la coronilla por encima del respaldo, con sus gruesas gafas de hipermétrope ancladas sobre unos rizos tiesos. Tan coqueto como siempre.

Su asistente, una joven de pelo castaño en un moño apretado, dejó su chaqueta y su bolsa de viaje, un *birkin* acharolado y pretencioso, al lado de las de su jefe y se colocó un maletín entre las piernas. Las seguía prefiriendo de tobillo fino. Un segundo acompañante, acicalado y de mirada esquiva, se sentó detrás de él, y sobre el respaldo empezó a pasarle documentación, que Diselblom devolvía corregida en rojo. En la facultad se dedicaba a copiar mis investigaciones; quizá tampoco había cambiado en eso.

Ahí estaba él, en una farmacéutica al frente del mayor presupuesto de investigación bioneuronal del país y organizando el congreso al que yo

iba como oyente. Un tío que en su tesis doctoral no supo distinguir entre cerebro, mente y conciencia. Su mejor aportación a la sociedad sería dejarse dividir el cerebro en dos hemisferios para ver cuál de las dos mentes resultantes es más estúpida.

Recordé que Pilar me había enviado un mensaje. Lo abrí. Se nos habían caído dos azulejos en el baño. Seguramente tenía que ver con filtraciones de una bajante, la pared parecía corchopán, pero la dueña del piso de arriba no cogía el teléfono.

Diselblom se levantó, y entonces vi que en la fila de al lado viajaban la directora general de Investigación e Innovación, el secretario de Estado de Innovación y Planificación Científica y la alcaldesa de Madrid. Se saludaron unos a otros efusivamente y formaron un corrillo. La sobrecargo del avión los miró con paciencia. Levanté la mano hacia él, porque me tenía enfrente. Entonces Diselblom tuvo ese gesto tan suyo: pinzarse brevemente la nariz con los dedos y desviar la mirada. Siguió hablando con la alcaldesa.

La conciencia de una persona tiene dos características: es una y es propia. Es una porque percibimos lo que nos pasa como un todo unitario: soy yo quien ve la cara ahuevada de Diselblom, quien se imagina su olor a afeites y su tacto de salmón. La subjetividad es más compleja. No sabemos aún qué pasa entre las neuronas para otorgar un significado particular e intransferible al olor de esos afeites o a esa sensación grasa que algunas ayudantes de piernas estrechas y moño tenso encuentran atractiva, pero que para mí es repugnante.

Jerónimo Diselblom, mediocre por antonomasia. Siempre he sido consciente de que el reino de los justos es otro. Éste es el de los políticos ombliguistas y el de los científicos hipermétropes y soplapollas. Acéptalo, Lauro.

Justo cuando me desaté el cinturón y acepté el vómito que me provocaba acercarme a saludar, la azafata deshizo el corrillo. Despegábamos.

En Bilbao ya no llovía. La ciudad era un prisma en el que se multiplicaba un sol débil entre charcos, parabrisas, escaparates y nubes platinadas. Tras unos banderines naranjas de la farmacéutica de

Diselblom, el palacio Euskalduna reflejaba el esplendor de la ciudad. Al entrar, el trajín de azafatas, conferenciantes y asistentes me produjo la impresión de un laborioso enjambre. Ése es el problema de muchas de estas conferencias: el zumbido impide ver que las colmenas están vacías, nadie produce nada, sólo se regurgita.

Entré en la sala de conferencias. En la carpeta, junto a la acreditación y un bolígrafo del Ayuntamiento de Bilbao, había un mapa de la ciudad, sugerencias de restaurantes, bares y espás, recorridos turísticos por la ciudad y el folleto del Museo Guggenheim. En un folio suelto, el programa final de intervenciones. Dos de los tres investigadores que me interesaban se habían caído a última hora. El resto eran nombres repetidos y títulos inflados.

Poco a poco, mujeres y hombres con la cinta roja de la acreditación comenzaron a distribuirse por la sala. Las laboriosas abejas obreras, de pañuelo dorado y uniforme ajustado, intentaban hacerles ocupar los asientos de las primeras filas. Los zánganos de cinta roja se resistían, y en pequeños grupos se hacían fuertes, intercambiando tarjetas de visita, besos, apretones de mano, y sacando el móvil cuando la conversación desfallecía. En el escenario comenzaron a aparecer los conferenciantes; una acreditación naranja los distinguía del resto. La gente finalmente se sentó.

Entonces pude ver otra vez a Diselblom, de pie, junto a otros tres. Enseñaba unas gráficas en su iPad mientras daba explicaciones con un boli plateado. Apreté el bolso de cuero en el que llevaba los exámenes y busqué un rotulador. Aprovecharía las charlas aburridas para corregir. Matilda había vuelto a andar con mis cosas y me había dejado una piruleta.

–Doctor Lobo, ¿cómo estás?

–Doctor Diselblom..., ¡qué sorpresa! No te había visto. ¿Y tú?

Escondí rápido la piruleta chupada, aunque no pude evitar darle una mano pringosa.

–Iba a saludar a alguien cuando te he visto. Muy contentos. ¡Ya ves qué conferencia! Luego, si quieres, te presento, hay gente buenísima, lo habrás visto en el programa. ¿Los conoces a todos?

–De nombre, sí. Con algunos he firmado alguna investigación. Por ejemplo, esperaba...

–Te has quedado en la universidad. ¿Cómo van esas investigaciones tuyas sobre la memoria? Seguro que bien. Te falta gancho, pero eres bueno, Lauro. Los contactos que puedes hacer en círculos como éste te serán útiles. Pero ¿cómo va ese estudio? Imagino que ya más ciencia real que ciencia ficción.

Soltó una gran carcajada. La ayudante del moño y un señor con mejillas grumosas y corbata amarilla le hicieron eco. Pensé en la última oferta que había tenido para largarme, la de la compañera del MIT que quería montar un equipo de investigación en Múnich. En un instante uní Múnich con Calvino, el millón de euros y el *e-mail* que mandaría a Diselblom para pasárselo por las narices.

–Nos va muy bien. Ahora mismo estamos con...

–Perdona, Lauro. Es que está ahí alguien importante. A ver si te pasas por mi despacho a tomar un café. Ahora estamos en una de las torres de Chamartín. Planta cincuenta.

Le di la mano otra vez, bastante pringosa, y me atraganté al intentar decir algo inteligente. Tuve que toser.

Saqué la piruleta del bolsillo y me la metí en la boca. Me limpié la mano y también los dados que llevaba en el pantalón. Regresé a mis exámenes. Los tres primeros ponentes, a los que escuchaba de fondo, me parecieron falsos y egocéntricos. La ciencia debe ser moral, honesta y sacrificada para avanzar lo más rápida y correctamente posible, entendiendo por correcto el bien común. No como la pandilla de pavos de pluma hueca que tenía delante, más preocupados de su nombre y su cartera que de cualquier fin científico.

Ninguno de los exámenes alcanzaba el aprobado.

La primera charla de la tarde, pese a que el marmitako hacía estragos a mi atención, fue interesante. La neuróloga italiana Jana Lorenzo estaba desarrollando unos sensores electrónicos para cambiar el ánimo de las personas. Investigaba la influencia de condiciones previas del cerebro, como epilepsia, dislexia o sencillamente ser zurdo, en la reacción a los

estímulos. Después de esa conferencia conseguí por fin dar un cinco a un alumno.

Adelanté el vuelo a esa misma noche. Llamé a Pilar desde el aeropuerto.

CAPÍTULO OCHO

–Los principales ponentes no han venido y me he encontrado al idiota de Diselblom. Su farmacéutica está entre los patrocinadores. Regreso esta noche. A lo mejor antes de que te acuestes. Aunque..., pensándolo bien, da igual. Mañana quiero salir a correr temprano.

La tienda que tenía delante parecía una caja de algodones, un mostrador de cristal estrecho y alto relleno de merengues, tartas de crema y pasteles rusos. Pilar puede hacer dietas de todo tipo menos las que prohíben el azúcar, así que decidí llevarle cuatro. La dependienta formó una perfecta envoltura blanca sobre la bandeja de cartón y la coronó con una lazada azul. Con mis pastelillos sobre las rodillas, esperé el avión.

Cerré los ojos y soñé. Caminaba por una senda entre hierba tumbada por el viento, al borde de un acantilado. Un insecto armado con patas articuladas se metía por debajo de mi camiseta roja, aflojada por el viento. Lo busco con la mano, lo atrapo y lo contemplo al sol. Es un bicho arrugado y enorme. Me mira a través de sus ojos como coladores y se frota las alas, pero en vez del canto de grillo que espero, produce una respiración agitada. Le arranco las alas sin matarlo y lo dejo en el suelo con suavidad. Tambaleándose, se esconde entre la hierba. Sigo caminando. Algo me vibra en el bolsillo.

La compañía aérea me avisaba de un cambio en el embarque, dos puertas más allá, donde la gente empezaba a hacer cola, incluido el ayudante acicalado de Diselblom. Se ve que en Bilbao se valía con un solo asistente. Una asistente, para ser exactos.

Dentro del avión, revisé los *e-mails*. Daniel me avisaba de que algo no cuadraba en las tablas de mediciones. Bruselas había concedido la

financiación por la que habíamos concursado a un proyecto checo similar al mío. Diria Baza, la antecesora de Daniel, me informaba de que la habían promocionado en su nuevo laboratorio en Copenhague. Una azafata se asomó al portaequipajes.

–¿La bandeja de pasteles es suya, caballero? Se la he puesto encima del abrigo para hacer sitio.

Tenía una generosa sonrisa rosa.

–¡Piti, ya no hay más sitio hacia atrás! Que dejen las maletas ahí.

Empecé a sentir unas rodillas en mi espalda. Un equipo viajaba en las filas posteriores.

–Emilio, cámbiame el sitio. Quiero enseñarle algo a este patoso.

–Pero luego me dejas la Play un rato, que yo voy sin batería.

–A ver si ganas un partido con los muñequitos. Te tenías que haber dedicado a la esgrima, chaval. Esto del baloncesto no es lo tuyo.

–Tú, a callar, que ayer fallaste todos los tiros libres. Que eres un paquete.

Cogí el rotulador para seguir corrigiendo. Al examen le faltaba un ejercicio.

–Creo que está en mi asiento.

Era la mujer con camisola de lotos a la que había evitado en la cola de embarque. Una nube de desodorante dulzón y sudor agrio ocupaba un diámetro superior al de su volumen.

–El 16D. ¿Ve?

–Sí, veo que aquí pone 16D, pero éste es el C. El suyo es ése.

–¡Ah! Bien. A ver..., ¿dónde pongo esto?

Bamboleó un maletín negro de plástico rígido.

–Tiene que... Disculpe, creo que ya no hay...

–Aquí mismo. Perfecto. Cerramos y listos. Es una máquina de escribir de los años setenta. Una Olivetti. Están muy de moda. Las colecciono. Es una inversión. Ahora le cuento.

–Yo tengo que corregir unos exámenes.

Su olor, además de las rodillas clavadas en mi espalda, me estaba asfixiando.

–Disculpe, ¿podría por favor traerme algo de beber?

–Es un vuelo corto y no ha llegado el pedido de agua. No llevamos nada.

–¿Tiene una de esas toallitas con colonia?

Me humedecí las sienes y el labio superior, y pude volver a concentrarme un poco. Tres suspensos más. La señora del 16D, apoyada sobre su propio pelo, parecía dormitar. Decidí aprovechar el ascenso del avión sobre los montes, cuando el empuje te presiona, los motores te arropan y la presión desciende, para intentar relajarme. Apreté los dados en el bolsillo.

¿Cuánto sabía Calvino sobre mí? Quizá conocía mi trabajo, el público y el nocturno. Pero ¿cuánto sabía realmente sobre mí, sobre mi cadena de decisión? ¿Era tan simple como amenazar a mi familia? Había mencionado a Matilda, a Pilar. Sonaba a película B, a novelilla. King nunca hubiese tejido una trama así. Tenía que existir algo más complejo. Un trabajo de investigación más profesional.

Quizá supiesen lo de mi madre. Me preguntaba qué había quedado registrado en los informes de los servicios sociales, si estaría registrado en algún sitio que pasamos meses sin lavarnos, que ella pasó un año y tenía hasta moscas debajo del pelo. A Mario se le cayeron todas las uñas de los pies por un hongo, y yo tenía unas aftas grandes como guijarros en la boca. A mi madre ya nada le molestaba. «¿Por qué no me muero yo?», decía. «Si yo sólo quiero morirme», y mientras se comía las migas del pan con mantequilla que le preparaba para cenar. Yo tenía catorce años.

La depresión supone bajas concentraciones de serotonina en el cerebro. El sistema de transporte molecular no la produce o la retira en exceso de la brecha sináptica entre las neuronas. La consecuencia es que ese cerebro no experimenta placer. «El deseo, esa secreción exquisita de todo espíritu sano, es lo primero que se agosta cuando la vida declina», había leído en un libro en la sala de espera de la psicóloga que me atendió más adelante. Se me quedó grabado. La persona deprimida poco a poco pierde el interés por el mundo, primero por las noticias, después por los hijos, luego por la higiene personal y más tarde incluso por sobrevivir. Deja de tener hambre. Hipócrates ya describió la

depresión quinientos años antes de Cristo como un problema del pensamiento que se materializa en el cuerpo; «la bilis negra», la llamó. Mi madre se llenó de bilis espesa gota a gota. La primera, al morir mi padre en accidente de coche. Y así, lágrima a lágrima, hasta convertirse en una cloaca, un pozo negro en el que asfixió toda memoria de tiempo feliz.

Alterando la memoria construyes otra persona distinta, una vida alternativa. Una vida sin Mario, sin Pilar. Una vida sin Matilda.

Deseé que Calvino no tuviese tanta información sobre mí. Mejor un chantaje clásico.

–Por fin hemos aterrizado. ¿Qué tal esos exámenes? Espero que bien. ¡Vaya! La máquina se ha manchado un poco. Tendrían que limpiar mejor estos portaequipajes.

El avión estaba ya medio vacío. La señora pasó la mano por la funda de su máquina de escribir. Reconocí las manchas blancas.

–Suerte con los alumnos. Si alguna vez vende una máquina, aquí está mi teléfono.

Al fondo del avión, la tripulación recolocaba mantas, cinturones y contenedores. En *business* quedaban dos pasajeros más, abrochándose sus chaquetas.

La bandeja de pasteles era varios centímetros más baja. Mi abrigo se había manchado con el azúcar y el merengue, que también había salpicado la maleta. Lo limpié todo como pude y, algo mareado, salí del avión.

La noche era agradable y casi no había cola para taxi. Un señor de pelo gris y camiseta de pico con motivos marineros me recogió la maleta y la metió en su Skoda blanco.

–¿Prefiere llevar esto consigo? Parece delicado.

–Puede tirarlos. Me los han aplastado en el avión.

–Hombre, si los va a tirar... Mi mujer es de Bilbao y muy golosa.

–Quédeselos.

El taxi olía a ambientador de limón y a polvo. Las luces de un Madrid desacelerado se deslizaban por las ventanillas mientras en la radio unos tertulianos forzaban una conversación brusca. Pronto noté la camisa

pegada a la espalda y las líneas de las manos mojadas. Dos mensajes nuevos.

Mi mejor estudiante de los últimos años, Abigail Malcampo, había aceptado un contrato en un laboratorio coreano. Esta vez no eran los nórdicos los que se llevaban el talento desarrollado por mí. Se incorporaba en una semana. Daniel insistía en encontrar errores en las tablas de los últimos experimentos. Quería hablar conmigo cuanto antes. De hecho, tenía seis llamadas perdidas suyas, una cada media hora. Mario también me había llamado y había dejado dos mensajes. Los borré. El móvil lució con más intensidad, emitió un gemido y se apagó. Sin batería.

–Estos rumanos están por todas partes.

El taxista subió el volumen antes de que el hombre con los clínex alcanzase el coche.

–¿Cómo sabe que son rumanos?

–Rumanos, marroquíes... ¡Qué más da! Unos caras, todos. En vez de trabajar, vienen aquí a vivir del cuento. Lo tiran todo, lo ensucian todo. Lo tienen todo *meao*, *pintarrajeao*... ¡Que se vayan!

–¿Y usted dónde cree que deberían ir?

Arrancó con brusquedad cuando aún había una persona en el paso de cebra.

–A su país, dónde va a ser. Un momento, que van a dar el cuponazo.

Subió más el volumen de la radio, sacó un papel del bolsillo de la camiseta y comenzó a conducir con él entre las manos. El recitado de cifras se me hizo interminable.

–¿Podría, por favor, desbloquearme la ventanilla?

–Tampoco, tampoco.

–¿O concentrarse en el volante?

–Y tampoco. ¡Mierda! No he acertado ninguno. Ahí tiene las ventanillas.

Arrojó el boleto a la carretera.

Un anuncio de El Corte Inglés, otro sobre hipotecas, y estaban de vuelta los tertulianos.

–Éste, éste que habla aquí. Éste sí que dice las cosas claras.

–Me deja en la siguiente esquina, por favor.

–Aquí no puedo parar. Doy la vuelta y lo dejo en el sentido bueno de la calle.

–Pero es que aquí no puede dar la vuelta hasta...

–Es un momento.

–¿Hasta plaza Elíptica es un momento? Déjeme aquí, por favor.

–Está prohibido, aquí no puedo.

Apreté el maletín contra mí. Me apetecía darle en toda la coronilla.

–¿Ve? Tampoco ha sido para tanto.

–Aquí tiene.

–Oiga, que falta el suplemento del aeropuerto.

–No falta. Se lo cobra de la carrera extra que me ha dado.

–¡Será caradura! Porque voy de retirada..., si no, llamaba a la policía. Aquí tiene su mierda de pasteles. ¡Mamón!

La bandeja blanca se estampó contra el asfalto en una pequeña explosión de azúcar. Colgué el bolso con los exámenes de la manilla de la maleta y me dirigí al portal.

Aquel piso en el paseo de las Yeserías lo había escogido Pilar por el balcón, que serviría para la caldera y el toldo, y porque las habitaciones eran cuadradas, «fáciles de amueblar». Yo acepté porque desde el portal daba la impresión de entrar en un espacio previsible y ordenado. Regular. Todo era blanco o acero, desde los buzones al pasamanos. Seis de los diez pisos eran alquileres temporales, y los vecinos permanentes nos camuflábamos dejando las mínimas huellas posibles a nuestro paso.

El ascensor se abrió frente a mi felpudo. La llave resbaló suave por el canal de la cerradura, que cedió sin rechistar. Dejé el equipaje en el suelo. Me quité los zapatos, la chaqueta y la corbata, que hizo un breve murmullo al deslizarse del respaldo de la silla. Me agaché para recogerla. Entonces vi las Nike. Mario sólo llevaba Nike.

Eran azules, con la raya en un verde luminoso. Desgastadas por los cantos interiores y con la puntera arqueada, pedían a voces un relevo.

–¡Lauro! ¿Qué tal el vuelo? Estaba a punto de salir para recoger a Hapi.

Del baño salió un olor familiar. Era mi desodorante.

–¿Qué haces tú aquí?

–Vine a pegar los azulejos. Como no respondías al móvil, llamé a Pilar y me lo contó. Y a traeros un yogur islandés. Oye, te tengo que contar una cosa sobre los nombres de Islandia y Groenlandia. Los vikingos eran unos listos. Pero, escucha, tienes que solucionar lo de las humedades, o cambiar de casa.

–¿Cambiar de casa? ¡¿Pero qué dices?!

–Bueno, si os vais a las afueras, Pilar dice...

–Mira, Mario, no te metas.

–Si no me meto... Aunque, claro, no eres sólo tú. Y que ya hemos solucionado lo de Matilda. Para ir a escalar, digo.

–Mira, hermanito. He tenido un día muy largo y...

–Por eso, tronco, por eso. Tú no te preocupes por nada, que nosotros...

–¿Pero a ti te parece medio normal que me organices la vida con mi familia? A ver, no quiero discutir. De verdad que estoy muy cansado. ¿Dónde está Pilar?

–En el baño de vuestra habitación. Se está duchando.

–¿A estas horas? ¿Y tú? ¿Lo de mi desodorante?

–Aprovechando que ella se metía en la ducha, pues he ido al otro baño y me he lavado un poco, que acabo de salir de currar y voy a ir a dar una vuelta. ¿No te animas?

–Mario, tío, que vengo desde Bilbao. Tengo ganas de cambiarme de ropa, tirarme en el sofá, hablar con mi mujer, descansar... Tienes que tener una vida propia, tío.

–¿A qué te refieres?

–No sé, búscate una novia o algo.

–¿Pero te molesto?

–No, molestar no. Pero, no sé... ¿A ti te parece normal?

–Oye, si te molesto me lo dices.

–Hola, Lauro... ¿Todo bien? ¿Qué pasa aquí?

Pilar apareció con el pelo mojado sobre los hombros. Se había puesto el pantalón del pijama y no llevaba sujetador bajo la camiseta. Sus leves canas sobre las sienes habían desaparecido.

–Tu marido, que cree que molesto.

–Yo no he dicho eso.

–Que tengo que tener más vida propia, ¿no? Es eso lo que has dicho.

Los dados se me clavaron en la palma al apretar el puño dentro del bolsillo.

–Cálmate, Mario, que te conozco y te estás tensando.

–No, si yo estoy muy tranquilito. Pero a ver si piensas lo mismo la próxima vez que te quedes tirado en la M-30, se te caiga la pared o no llegues a recoger a Matilda porque estás liado con no sé qué puto experimento a las diez de la noche.

–Mario, ¡cálmate!

–Bacterio. ¡Que eres un puto Bacterio!

Pilar se acercó a él y le tocó el brazo.

–Mario, por favor.

Algo me quemó por dentro.

–Tú, haz el favor de ponerte algo. Se te ve todo.

–Además, talibán. No sólo Bacterio, también talibán. ¿No puede ir en tirantes o qué?

–Tú no te metas, imbécil. Es mi mujer.

–¡No soy la mujer de nadie! O sí. Pero me pongo lo que me da la gana. Sois los dos unos gilipollas.

–¿Has visto? Ni tu mujer te aguanta.

De repente me fijé en el cuerno de plata sobre la encimera y lo alcé.

–Lárgate de mi casa ahora mismo o te... ¡Lárgate de una puta vez!

–Estás loco, tío. Claro que me largo.

Se calzó sin desatar las zapatillas. Con su pie dentro, parecían más babuchas.

–A ver si te cambias las zapatillas, que están hechas una mierda.

–Eres un loco, tío. Un maniático. Que te den.

Empujó mi maleta con el pie. La puerta de la calle se cerró con un golpe. Casi a la vez, Pilar echó el cerrojo en el baño.

«¿Wendy? ¿Cariño? Luz de mi vida. No voy a hacerte daño. Sólo voy a aplastarte los sesos». Otra frase del gran King.

Miré el reloj. Faltaban seis horas para el plazo dado por Calvino. Repasé mentalmente cada cosa que había ocurrido desde que me lo encontré, y me imaginé los travesaños de una pasarela, cada suceso encajado con el posterior hacia un destino. Salí a correr.

CAPÍTULO NUEVE

Soñar permite al cerebro jugar con la información. La parte consciente del cerebro apaga las luces, y lo vivido se suspende en el aire y comienza a girar, chocar y fundirse, sin atender a ninguna ley. Yo creo que, si alguna vez fuimos dioses y queda un rastro, o si hay algo de Dios en nosotros, es la capacidad de soñar.

A veces correr es para mí soñar despierto. Apago el control de mis pensamientos y me centro en la mecánica del movimiento. Entonces construyo un atlas frágil y sublime, donde encuentro caminos inesperados.

La Austriaca tiene habitantes a cualquier hora, quien vive en un basurero no teme la oscuridad, pero esa noche me pareció vacío. El viento azotaba un trapo cual bandera y la tela producía un sonido rítmico contra el metal. No había ni rastro del sillón blanco y Calvino podía pasar por una alucinación.

Detuve el cronómetro en lo alto de la colina. Latitud norte 40.216846, longitud oeste 3.56324. Madrid brillaba como una casa encendida. Acaricié el coral de los dados en el bolsillo y pensé en la inmensa red de sueños que miles de personas estaban tejiendo en ese momento detrás de aquellas ventanas, recreando la realidad sin normas. Una lata rodó y sentí frío. No había otra decisión posible, para qué retrasarlo más. Mis dedos se iluminaron con la luz del móvil y sonó la melodía de iniciación.

Sentí lo que deben de sentir las mariposas cuando les zahieren las alas. De repente, una fina maya celestial cae sobre la Tierra y me atrapa sobre el tablero de Calvino. Juguemos.

Contemplé el fulgor de la pantalla unos segundos y lo devolví al bolsillo. Reactivé el cronómetro y bajé por el lado contrario de la colina. Un perro ladró desde el margen de una hoguera. Tras esquivar una excavadora, salí del basurero hacia la ciudad.

En el último semáforo antes del portal, me encontré con Calvino, esperándome, apoyado contra la lámpara de los peatones, lo que le daba un tono fosforescente.

–Felicidades. Acabas de cambiar tu futuro. Enhorabuena.

Con el tiempo descubrí que, incluso quebrantando el claustro más interno de una persona, Calvino no podía evitar ser diplomático: un opio dulce antes del aguijón.

–No es incondicional.

–¿El qué?

–Mi *OK*. No es incondicional.

–Muy bien... Te escucho.

–Hay fronteras que no voy a cruzar: lo que haga tiene que ser dentro de mi campo de investigación, no quiero aventuras. Mi criterio prevalece sobre cualquier otro.

Se acercó. Sentí su aliento, extrañamente frío e inodoro. La voz se le tornó grave.

–Lauro, sabes bien que en esto no hay blanco y negro, sólo grises.

–Quiero la última palabra.

–No te la puedo dar. Si zarpamos, tendremos que navegar hasta el final.

–Pues entonces ya te puedes explicar bien antes de zarpar.

–Mañana a las ocho. En el Puente de Toledo.

El semáforo cambió a verde. Él cruzó.

A la mañana siguiente, Pilar estaba delante del ordenador con un café cuando salí de la ducha. La besé en el pelo. Aún olía al calor de la cama. Apenas despegó los ojos de la pantalla. Entendí que íbamos a pasar de puntillas por lo sucedido el día anterior.

–¿Sabes algo de Matilda?

–Todo bien. Entrenan hoy en Mérida y mañana compiten en Trujillo. Anoche envió un mensaje.

En un sueño, Pilar se levantaría de la mesa y me besaría. Me dejaría café.

–Voy a vender el sofá en eBay. Y esta mesa. He visto otra de Casa Oliva menos pesada, con las esquinas redondas.

–Podrías haberme consultado, pero vale. ¿Queda café?

En mi sueño, ella buscaría un restaurante para irnos a cenar. Y llevaría una bata de seda. O la camiseta de Snoopy que le tapa hasta debajo de las nalgas, donde forman una sonrisa. Su trasero me sonreiría camino del baño.

–No.

El Puente de Toledo amanecía desnudo sobre un río Manzanares plano y rectangular. La neblina se enganchaba en el agua y los rosales, y la glorieta de Marqués de Vadillo parecía suspendida del cielo por los obeliscos. Un corredor con camiseta roja cruzó rápido, y luego unas estudiantes y un hombre trajeado. Me paré en uno de los balcones del puente y saqué un papel de un bolsillo de la chaqueta. En otro llevaba un lápiz. Apoyado sobre la piedra del puente, empecé a trazar unas curvas aguileñas, que fui suavizando hasta convertirlas en personas agachadas en torno a un fuego, intercambiando algo valioso. El sonido del lápiz apaciguaba mis nervios.

–¡Qué puntualidad, Lauro!

CAPÍTULO DIEZ

Calvino apareció en un patinete plateado con retrovisores. Lo plegó en cuatro y lo metió en una mochila negra. Los espejos sobresalían fuera de la bolsa sobre los hombros, como dos antenas.

–La exactitud es importante en ciencia, al menos como aspiración. Tenlo en cuenta.

–¿Estás pensando en un nuevo diseño para un grafiti?

Ahora que ha pasado tanto tiempo y tan intenso, no puedo discernir cuánto sabía de mí Calvino por haberlo leído de sus informes y cuánto le conté yo.

–Hago mi trabajo, me pagas y me voy. Me gustaría que no te metieras en ningún otro aspecto de mi vida. No es necesario.

–Como quieras. Pero te advierto que soy encantador.

Extendió el brazo para indicarme el camino como quien lleva una capa. Tenía la sensación de que, en cualquier momento, comprobaría que su ojo era esférico, que tenía una uña en la muñeca o que le asomarían unas plumas negras por los bajos del pantalón.

–Prefiero ir por esta rivera. Da el sol antes.

Calvino me siguió, y rápidamente se puso a mi altura, con las manos en los bolsillos.

–¿Quieres un café? ¿Desayunar algo?

–Quiero información. No dispongo de mucho tiempo. Tengo clase. Háblame del chico, Stefano. Veintiún años. ¿Qué más? ¿Quién es el padre todopoderoso ese que tiene?

–Stefano Ferrero. Cumple veintiuno realmente la semana que viene. Alumno de un colegio privado en Roma, pasó un año en un internado

en los Alpes, sin incidencias, y desde hace tres años estudia Diseño Industrial en la Escuela de Artes de Londres.

Los zapatos puntiagudos de Calvino repicaban contra el asfalto.

–Un chico integrado. Compartía apartamento en Bloomsbury... Una habitación normal... En las paredes, un póster de Mónica Bellucci en una bici azul con gallinas de fondo, un mapamundi de esos que tienen el sur arriba, marcos con escarabajos disecados. Una bandera de Italia en el techo. Una estantería llena de libros para sus estudios: geometría, matemática, física, manuales mecánicos, diseño de productos, cuadernos de dibujo, grabados japoneses... Libros de arquitectura, biografías de arquitectos... Media docena de cajas de lápices, de brochas y de colores... ¿Qué más...? Una cajonera con piezas, trozos, tuercas y tornillos, cosas rotas... Una canasta de baloncesto pequeña, unos patines en línea, unos esquíes, un palo de golf... Al parecer es un gran esquiador, como su padre, y tiene un *swing* aceptable.

Salimos de la vereda hacia el parque.

–Habla inglés, alemán. Nada de árabe, que sepamos. Entre los libros, había un manual de japonés. Nada particular en su ordenador. Ninguna relación en particular tampoco; muchos amigos, amigas, alguna foto de su hermano pequeño, y muchas de insectos, demasiadas. Un compañero me explicó que, para estos diseñadores, la anatomía de los insectos resulta interesante... Ningún elemento religioso, ni siquiera una estampa. Su madre es muy católica. Lo más cercano al mundo musulmán que había en su habitación era una tetera.

–¿Y entonces?

–En esta historia hay partes que aún no sabemos y partes que no puedo compartir...

Olía a arena húmeda y mirto. Caminábamos más despacio, sin mirarnos.

–Encuentran en París una lista de «guerreros del Islam», con tres nombres occidentales, entre ellos el de Stefano. Alguien se da cuenta de que es hijo de quien es, los franceses se lo dicen a los italianos, los italianos a los británicos..., y resulta que Stefano hace tres meses que no va a clase y un mes que no aparece por su apartamento. Los italianos,

que tienen otros temas abiertos con Libia, nos piden apoyo. Localizamos a Stefano en un campamento de entrenamiento terrorista en el desierto libio, trescientos kilómetros al oeste de Kufra. Lo extrajimos de allí hace exactamente una semana.

–¿Qué habéis hecho con él estos días?

–No te estoy hablando de entrar en un bar de putas y decirle a un chico: «Te llama tu padre, que salgas», Lauro. Las cosas llevan su tiempo. Primero, porque es una operación discreta. Los libios no se han enterado. Y segundo, Kufra es el lugar más seco de la tierra. Pasan décadas sin que llueva, estás a cientos de kilómetros de cualquier otro sitio, las dunas pueden tener cuatrocientos o quinientos metros de altura... Imagina entrar y salir de ahí sin llamar la atención, camuflándote con el entorno de bereberes y cabras, y hacerlo rápido.

–Os imagino más con helicópteros, la verdad.

–Ves muchas películas.

Calvino no sonrió.

–Dos compañeros se camuflaron entre los emigrantes ilegales que van llegando a Kufra en camiones, apilados como ovejas, durante la noche, para luego cruzar el desierto hacia el norte, hacia la costa, donde los embarcan para Europa. En medio del camino hay que hacer al menos dos paradas para repostar.

La gravilla amortiguaba los silencios.

–Una barca, y unas horas más tarde estás en Italia.

–¿Dónde en Italia?

–En la base militar de Lampedusa.

–¿Y su padre?

Calvino se paró, y eso me llevó a detenerme y a enfrentarme a él. Sus ojos, tan oscuros, parecían no tener pupila.

–Su padre es el primer ministro de Italia.

–¿Pero sabe lo que...?

–Lo ha pedido él.

Hizo una pausa. Juntó las palmas de las manos.

–Nosotros proporcionamos, en una política de buena vecindad, lo que nuestros compañeros italianos nos solicitan.

–Pero sois conscientes de los riesgos... Y de que no es un proceso de subrayar y control equis, como en un ordenador. Se pueden borrar otras cosas por accidente. O alterarlas.

–Lauro...

Calvino me puso una mano en cada hombro. Apreté los dados en el bolsillo.

–Eres el mejor. Stefano necesita volver a empezar. Eres tú o el infierno.

Dijo esto lentamente. Devolvió las manos a los bolsillos y siguió apretándome con sus ojos sin pupila.

–Nadie va a pedirte cuentas, ningún cura ni ningún comisario de medio pelo va a estar mirándote, tendrás los mejores medios a tu disposición. Y, no lo olvidemos, un millón en el avión de vuelta a casa, o en una cuenta corriente, donde quieras. En blanco, sin ataduras ni sorpresas... Pilar quiere una casa con jardín, ¿no?

–Ya te dije que no era necesario.

–No te enfades. Sólo quería...

–Mi familia se queda fuera de esto. Y es una vez. No habrá más.

–Siempre que así lo desees.

Retomamos en silencio el camino entre los huesudos mirtos.

–Leyendo sobre ti, Lauro, he aprendido que hay personas que no pueden soñar por una lesión en el cerebro. Me parece el peor de los castigos. Mientras dormimos, la madre naturaleza nos paraliza el cuerpo y nos hiperactiva el cerebro; soñar te permite vivir todas las sensaciones. Es parte del alma. A mí me volvería loco saber que no puedo hacerlo. En mi trabajo he visto vivos muertos, muertos resucitados, muertos vivientes. Pero lo que tú haces es lo más cerca que se puede estar de ser un dios.

Se miraba ahora las puntas de los zapatos, menos limpios.

–No deja de ser física y química, en el fondo.

Se volvió hacia mí.

–¿Lo crees de verdad? ¿Somos sólo algo biológico, sólo física y química?

–Sí. Claro.

–Pero un cerebro exclusivamente biológico fulmina la idea de un alma o de una conciencia, de una parte espiritual en el hombre.

Me pareció intuir a un náufrago.

–No pierdas la esperanza, Calvino. ¿Para qué sirve la esperanza, sino para cosas improbables?

Calvino soltó una carcajada seca. Se sentó en un banco de piedra y yo lo seguí.

–¡Cómo ha cambiado esto! A veces contemplo Madrid, mi ciudad... La casa de mis padres estaba aquí al lado, pasado Marqués de Vadillo, y no la reconozco. Mira, ahí lo de la memoria es inútil, señor doctor.

Nos quedamos mirando los dos hacia el mosaico de pisos marrones. Tuve un sentimiento de aislamiento compartido. Volvió a hablar unos segundos después:

–Me generas cierta ansiedad, Lauro. Eres capaz no sólo de ver cómo funciona el cerebro, sino de modificarlo. Y estás a las puertas, el abismo es... inmenso. La memoria da coherencia a la vida de uno, ¿no es cierto? Sin pasado, ¿quién eres?

Otro devoto prosternado frente al becerro de la memoria.

–Si temes lo que hago, ¿por qué me ayudas a avanzar?

–No te formes una idea equivocada. A veces puedo parecer un hombre araña. Me acerco al suelo, pensando donde lanzar la tela siguiente, colgando de una, lanzando otra... Pero yo soy más como Superman: hecho para volar, no para andar colgando.

Me miró fugaz. Pareció contraer la humanidad retráctil que había desplegado sólo segundos antes. Sacó un pañuelo del bolsillo derecho del pantalón y se limpió los zapatos.

–Tenemos que irnos. Tenías prisa, has dicho.

El camino era el mismo, pero ahora el sol nos entrecerraba los ojos.

–¿Alguna vez te presentas como doctor, quiero decir, con ánimo de influir en la respuesta y no por razones profesionales? Por ejemplo, para reservar una mesa en un restaurante: soy el doctor López Lobo.

Sonrió de medio lado; tal vez no sabía hacerlo realmente de otra forma.

–¿Y tú? ¿Alguna vez dices: «Soy agente secreto. Me llamo Calvino, Juan Calvino»? O mejor: «Vino, Cal-vino».

Anduvimos un rato en silencio, hasta llegar de nuevo al puente.

–La perfección sólo se alcanza escuchando a la naturaleza, Lauro. En nuestro caso, la naturaleza nos llama a hacer algo grande, a ser algo grande.

Su espalda de gárgola, o el espasmo de su sonrisa, o el amago de tomarme por el codo restó fastuosidad a sus palabras.

–Mañana a las cinco. ¿Dónde? ¿En tu casa?

–Si supieras donde vivo yo..., luego tendría que matarte. A las cinco.

En vez de bajar todas las escaleras del metro, me quedé mirándolo desde el cuarto peldaño mientras él se alejaba entre los coches.

CAPÍTULO ONCE

El avión sobrevoló Lampedusa y giró sobre sí mismo para encarar el aeropuerto, un zurcido de cemento que fruncía la parte sur. Según nos acercábamos al suelo, tórrido y rasurado, mi curiosidad por la isla se evaporó.

–¿Cuánta distancia hay hasta Italia?

Calvino me miró somnoliento desde el otro lado del pasillo. El pequeño avión renqueó por la pista hacia un hangar apartado.

–Esto es Italia... ¿No has dormido nada?

–Italia Italia, quiero decir.

–Unos doscientos kilómetros en línea recta. Lo que ves allí es Túnez. Geográficamente hablando, estamos en África.

Cogió su mochila y salió, dejando tras de sí un enjambre de polvo centelleante. El piloto había bajado también, y sólo quedaba yo en el avión. La nariz afilada de Calvino apareció por la puerta.

–¿Esperas a una banda de música? ¡Vamos!

Los ojos me escocían por la falta de sueño. El *jeep* que nos recogió olía a gasoil y ambientador de pino. Tenía cinco, uno colgando del asidero de cada puerta y otro, del retrovisor. A Calvino el más cercano le iba dando en la oreja. Un aire sarmentoso se filtraba por la ventanilla.

Condujimos veinte minutos en silencio por una carretera estrecha y amarilla que terminaba en la base militar. Tras una valla de alambre y una garita, había un pequeño edificio camuflado contra el suelo por el polvo y la falta de lluvia. Parecía de cartón. Calvino se bajó del *jeep*, que siguió con el motor en marcha, y tras unos minutos regresó con unos papeles.

–Es al fondo. En el contenedor E3... Ya casi estamos, Lauro.

Asentí sin mirarlo. Una fila de africanos caminaba ordenadamente por el borde del camino con botellas de plástico en la mano. El conductor se paró en un cruce para dejarlos pasar. Sólo el primero de la línea miró hacia nosotros.

–Hora del aseo. Acaban de llegar, aún están dando gracias. Los de la fila E ya llevan aquí más de un mes. Tened cuidado.

Los contenedores estaban disfrazados de casas: cuerdas con ropa tendida, botellas cortadas como macetas, trapos en las ventanas a modo de cortinas y cacharros relumbrantes en baldes de plástico. Había hombres sentados en cajas y sillas de plástico blanco, o de pie en pequeños grupos, algunos sorbiendo té, jugando a las damas o con libros desgastados en las manos.

–Parece todo muy tranquilo.

Rodeado de gente a la fuga, esperaba más tensión, más urgencia.

–Están a la espera. Todos los días sale alguien.

–¿Sale alguien? ¿De dónde?

–De la base. De la isla. Hacia Nápoles o Roma, hacia la utopía, aunque la utopía les dure dos días.

–Es aquí. Gracias por traernos.

Calvino abrió la puerta antes de que el coche detuviera el motor. Un segundo después de bajarnos, el *jeep* hizo un giro y desapareció entre los contenedores dejando tras de sí una cordillera de polvo.

El contenedor E3 era el último de la fila, junto al vallado del perímetro, y desde fuera no tenía nada de especial. Tapando la ventana junto a la puerta, una lona azul parpadeaba con la brisa. Al acercarnos, en uno de esos pestañeos, me di cuenta de que alguien nos vigilaba desde dentro. Un hombre vestido con pantalón militar nos abrió la puerta. Sus manos, rojas y desproporcionadas, me recordaron a las pinzas de las langostas.

–Éste es Chopo, no esperes grandes conversaciones. Dame tu móvil. Te lo devolveré junto con el dinero, si terminas el trabajo.

–¿Y si no lo termino?

–No lo necesitarás.

Apagué el teléfono y se lo di.

Al principio, tuve la sensación de entrar en una casa modesta. Había un mueble de cocina con dos fogones y una nevera pequeña, una mesa cuadrada con cuatro sillas, un pequeño sofá gris con guías de viaje de Panamá y un portátil encendido donde se podía ver fútbol. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi un fusil apoyado contra la pared, junto al frigorífico, y otro debajo del sofá en el que se había sentado Chopo para seguir el partido.

–Chopo se encargará de que puedas trabajar en paz. Estará todo el rato a este lado de la puerta... No te desesperes, Lauro. No tienes por qué entenderlo todo.

Apartó con decisión una jarapa que colgaba de la pared y tras ella apareció una cancela con un cerrojo. Lo corrió. La puerta se abrió hacia dentro, y Calvino descendió por una escalera de tablones. Salía de allí un aire oscuro y frío.

–Cierra.

CAPÍTULO DOCE

Comencé a bajar los escalones a tientas. Las paredes eran irregulares y ásperas, como si hubiesen horadado el suelo a dentelladas. Nuestras botas resonaban contra las tablas. Chopo echó el cerrojo por detrás de la cancela.

Deduje que me quedaban cinco o seis escalones, que Calvino había metido una clave en un teclado y que el cierre de una segunda puerta se había soltado. Entró un folio de luz, y él se volvió hacia mí.

–La clave es 2503, el cumpleaños de Matilda. Entra y tira fuerte.

Lo oí subir con agilidad los peldaños de madera, aporrear tres veces la puerta de hierro, a Chopo descorrer el cerrojo y echarlo de nuevo. Luego, el silencio. De fuera llegaban voces, una risa, un motor de un generador, alguien martilleando, un perro. Mi vista se estaba acostumbrando aún al lugar. Una cucharilla contra una taza.

Me asomé.

–¿Quiere un café? Acabo de hacerlo. Me dijeron que llegaría antes de las siete. Como no tengo reloj, tampoco estoy seguro de qué hora es.

Estábamos en un semisótano, y por una ventana rectangular cerca del techo entraba una luz racionada.

Era un chico moreno, con el pelo muy recio y apretado. Me observaba sentado tras una mesa de *camping* verde. Sostenía un vaso de cristal entre las manos. Sacó la cucharilla y la dejó suavemente sobre la mesa antes de beber.

Tenía los ojos pequeños, casi horizontales, y unas orejas algo abiertas. Se le adivinaban unos gestos ágiles, precisos. Dejé mi mochila debajo de la mesa, junto a la silla, y me senté frente a él. Me acercó un vaso.

–¿Azúcar? No está muy caliente ya. Lo siento. Nada más tengo una cucharilla, y del grifo no sale agua hasta por la noche. Pero sólo la he usado para revolver.

Detrás de él había una pequeña estantería con un par de libros, unos lápices, algún cuaderno y otro vaso con un cepillo de dientes y un tubo de leche condensada. Sobre una tabla en el suelo de tierra, yacía un colchón con una almohada y una manta perfectamente doblada, y a su lado un hornillo eléctrico, con la cafetera aún encima. De unos clavos colgaba una cuerda en la que estaban tendidos contra el muro unos vaqueros, una camiseta del Real Madrid, calzoncillos, calcetines de deporte y una especie de pañuelo rojo.

La luz que se filtraba por la ventana dejaba su lado derecho en penumbra, y me dio la sensación de estar contemplando sólo la mitad de él.

–Tutéame, por favor. Me llamo Lauro. Soy neurobiólogo. Mi especialidad es la memoria. ¿Sabes para qué estoy aquí?

Bebió varias veces, tragando despacio, como si estuviera pensando, sin dejar de mirarme.

–No sé para qué estoy yo aquí, si eso te sirve como respuesta.

Su tono no era desafiante, más bien conciliador.

–Creo que es porque tu padre quiere ayudarte.

El café estaba caliente. Eché más azúcar. El tintineo de la cucharilla cuarteó su silencio, que se me hizo tenso; quizá porque Stefano apretaba mucho los labios.

El sonido de una lata contra una valla metálica entró por la ventana. Vi dos o tres pasos de un hombre menudo negro, descalzo, separado por una malla de espino. Entonces me di cuenta de que los contenedores quedaban al otro lado de la valla.

–Pero... ¿estamos fuera de la base?

–No. Estamos dentro, pero fuera del perímetro de los inmigrantes. Concretamente, en la zona de detención. En la cárcel de la base, vamos. Eso sí, en un contenedor especial. En aislamiento, como si dijéramos. Mi padre, como tú dices, quiere... protegerme.

Al decir esta palabra hizo un gesto como el de los magos con su «abracadabra».

–¿Qué vas a hacer? ¿Hipnotizarme? ¿Ponerme el cerebro de otra persona? ¿Voy a ser tu Frankenstein? Eres un experto en memoria, me han dicho. ¿Puedes borrármela? Puedo darte una lista de cosas que me gustaría no recordar, empezando por mi padre.

–A veces también me gustaría borrar al mío, no te creas. Yo quiero pensar que estoy aquí para ayudarte. No a tu padre, sino a ti.

Sonó una sirena. Eran las ocho y media en punto en mi reloj.

Estábamos muy lejos. Stefano quería presentarse hermético e inabordable, aun cuando, en el fondo, ansiaba calor humano, como todos los rendidos.

–Más que borrar páginas, yo prefiero creer que te ofrezco unas nuevas en blanco.

Pestañeó lentamente y volvió a apretar los labios.

–Pero tenemos tiempo, Stefano... ¿Tienes algún juego?

–Nada de juegos. Papel y lápiz.

–No hay problema. Yo tengo unos dados.

Miré alrededor y localicé contra la pared del fondo una estantería con varias regletas de enchufes y conexiones de comunicación. Un portátil plateado ocupaba parte de la primera balda. A su lado había un botiquín verde metálico con cerradura. Un colchón tapado por una manta gris y una camilla se apoyaban contra la pared, sujetos por una caja de la que sobresalían cables y sensores.

–Todo eso debe de ser para ti, doctor. El botiquín tiene una combinación de números, y el ordenador, una clave.

–¿Qué hay que hacer para comer aquí?

–El hombre nos bajará algo pronto. Puedo hacer más café.

Stefano era bueno en matemáticas y mentía bien. Jugamos casi dos horas a los dados y, cuando Chopo recogió las bandejas, rayamos el suelo con la cuchara para dibujar un juego de damas con fichas de cartón y papel de plata. Casi le gano una vez. Chopo nos trajo más tarde pan, aceite, queso y pasas.

Saqué el MP3, y agradeció la música, sobre todo las bandas sonoras. Luego, me preparé la cama y me eché, aunque sólo logré entornar los ojos; lo observaba así mientras él dibujaba sin parar en sus cuadernos, sentado sobre su colchón. Aunque no podía distinguir qué, eran figuras pequeñas, con trazos cortos. A veces tenía la sensación de que escribía.

Así pasaron las últimas horas de sol. Cerca de la medianoche, Chopo volvió a entrar y dejó una bandeja con provisiones sobre la mesa. Más pan, lonchas de mortadela, dos manzanas, un cartón de leche, un rollo de papel higiénico y un paquete de café. Se acercó a mí y, aunque me hice el dormido, me empujó con el pie y me tiró encima un sobre.

Sin esperar a que lo abriese, se marchó, cerrando la puerta tras de sí y subiendo los escalones de dos en dos.

Eran las claves para el ordenador y el botiquín.

Percibí el blanco de los ojos de Stefano desde su rincón.

–¿Quieres mirar algo en internet? Ya llevas aquí unos días.

–No quiero ver nada de lo que se puede ver desde aquí.

–Yo sí. Vamos a ver... golf, el Abierto británico.

Leí un par de titulares en voz alta, mirándolo de reojo, pero nada enganchaba su atención. Se había apostado bajo la ventana abierta, a la luz de una farola del perímetro de la base. Sentado en el respaldo de la silla, hacía como que se concentraba en su dibujo.

–*Hello*, Stefano *Friday*.

–*Hello*, Robinson.

Un chico huesudo de sonrisa infantil hablaba agachado desde el otro lado de la valla.

–*How are you?*

–*Good. Yourself?*

–*Fantastic. Fantastico. Buonanotte.*

–*Buonanotte.*

–¿Es tu amigo?

–Es Robinson. Por Robinson Crusoe. Le conté esa historia la primera noche que pasé aquí. No podíamos dormir ninguno de los dos. La vi salir de entre los arbustos, es donde se cambia las compresas. Se llama Alisa, pero cree que le irá mejor si se hace pasar por un hombre.

La vi alejarse entre los contenedores. Stefano continuó garabateando.

–Tiene catorce años. Salió de casa con once. Intenta llegar a París. A ella, tus páginas en blanco le vendrían fenomenal. Y a muchos de los que están aquí. ¿Por qué no los ayudas primero a ellos? Yo puedo esperar.

Sonrió sin levantar la vista del papel. Cerré el ordenador, acerqué la otra silla y me senté como él. A lo lejos, un hombre limpiaba unas chanclas mientras otros jugaban con unas piedras sobre un cubo al revés. Un grupo rezaba de rodillas. La noche y el día parecían no tener fronteras en la base.

–Me gustaría pensar que de alguna forma a ellos también los estoy ayudando.

Dejó el lápiz.

–A Robinson la violaron tres veces. La primera, antes de dejar su casa. La segunda y la tercera, policías sudaneses. Logró escapar porque la dieron por muerta. Pero, para Italia, Sudán colabora con las políticas migratorias europeas y Robinson debería ser deportada. No sé si «de alguna forma» la ayuda o «de alguna forma» sólo desea ayudarla.

–¿Tú crees que es mejor solución alistarte con unos terroristas?

Sacudió la cabeza.

–No te esfuerces, doctor. Al final vas a abrirme la cabeza y meterme lo que quieras, tengo entendido.

Entornó los ojos y siguió dibujando. Abrí el otro cuaderno que tenía sobre el asiento de la silla, buscando ideas que me acercasen a él.

–Ya sabes que primero fueron los dibujos y después las letras. El hombre pasó del ojo al pictograma y del pictograma a la letra.

Me ignoraba. Tardé en retomar la palabra. La luz se desmigaba en estrellas.

–Aquí hay escenas dibujadas de fiestas con amigos, atardeceres, lagos, abrazos, chicas leyendo, besos... ¿Por qué te uniste a la *yihad*, Stefano?

–Ése es el cuaderno más viejo... Lo dices como si me hubiesen dado un carné. Yo no me uní a ninguna *yihad*... Para empezar, sería «el» *yihad*, que es todo esfuerzo para ser un mejor musulmán... Yo no soy musulmán.

Contempló la hoja, giró el cuaderno y siguió hablándome mientras movía el lápiz sobre el papel.

–En el mundo habrá más de dos mil millones de musulmanes dentro de unos años, más del veinticinco por ciento de la población mundial. Deberían tenerlos en cuenta, los que piensen seguir estando aquí.

Repasó despacio el trazo que acababa de dibujar.

–No tengo familia, no tengo credo, no tengo amigos, no tengo enemigos. No tengo muralla, no tengo armadura, no tengo arma, no tengo cuerpo.

Su voz parecía devanarse en torno al lápiz, como si éste fuese un huso.

–¿Qué quieres decir con eso?

Su mirada se endureció.

–Estás aquí para ayudarme, ¿no? ¿O para interrogarme?

–A mí me interesas tú, conocerte. Quiero... hacer bien mi trabajo.

–¿Y cuál es tu trabajo?

Sentía el terreno caliente bajo la conversación, Stefano comenzaba a sincerarse y pasaba cada vez más cerca de las palabras que decía.

–Ayudarte. Estoy aquí para hacer mi trabajo, pero ellos saben que lo haré según mis reglas. No hay que confundir nunca el mapa con el territorio.

Tenía delante a un joven educado, agradable, con ánimo de ser cordial, solapado con un guerrero que abría fosas de separación.

–Háblame de tu familia.

–¿Para que sepas a quién tienes que borrar? Ya te lo he dicho, a mi padre. A mi madre también, si quieres. No te costará, tengo pocos recuerdos. En su mayoría, por las revistas.

–Háblame entonces de alguien importante para ti. Alguien a quien ames.

–Un gato, un perro..., ¿algo así?

Me encogí de hombros. Del mar se coló un soplo frío, como si un velador nocturno hubiese bajado la guardia.

–Amé a alguien. Pero ya no.

–¿Por qué?

–Porque está muerto.

Su mirada se elevó y quedó suspendida en las puntadas blancas del cielo.

–Mucha gente cree que no desaparece lo que se recuerda.

En algún lugar de la isla se encendió un faro.

–Tú crees, como los demás, que estoy totalmente equivocado. Perdido.

–Te repito: a mí me interesa conocerte. Equivocarse es un lujo que te puedes permitir cuando eres joven.

Dio un nuevo trago.

–Se llamaba Tim. Mi padre se dejaría arrancar las uñas antes de que se hiciera público que soy gay. Estoy seguro de que también le interesará que borre eso de mi memoria.

–Insisto: no me interesa su mapa.

–Era reportero gráfico. Nos conocimos en una organización de periodistas, RISC, Reporters Instructed in Saving Colleagues. Se dedica a entrenar a periodistas para sobrevivir en situaciones de guerra. Yo los ayudaba con el diseño gráfico. Tim había estado en varias guerras. Colaboraba como profesor en los cursos. Tenía cuarenta y seis años.

La noche empujaba el aspa dorada del faro.

–Él decía que la distancia entre nuestra realidad diaria y la que vemos en las noticias, las redes, la guerra, la enfermedad, el hambre, la sequía, la devastación... parecen dos mundos lejanos, pero están conectados.

Volvió a mirarme y apuró el agua restante de golpe.

–Lo mataron en el desierto de Libia hace un año. Por error, dijeron. Un malentendido con un guía. No había nadie más allí para contarlo porque habían prohibido la entrada de prensa. Nunca se sabrá qué pasó. «Los periodistas salimos baratos», solía decir.

El mar y la noche se habían fundido. Un barco se dejó oír, y lo imaginé entre estrellas caídas al agua.

–Tú cuestionas lo que yo hago, Lauro. Pero ¿no cuestionas lo que haces tú? En cierta forma, tú sí que le robas a la gente su vida.

–Yo no mato a nadie.

Algo pareció encenderse dentro de él.

–¡Al menos yo no soy un hipócrita! ¿Quién voy a ser yo cuando termines tu trabajo, si me borras lo que recuerdo? ¡¿Quién?!

–Stefano, cálmate. No grites.

–¿No grites por qué? ¿Porque vamos a despertar al mercenario que tenemos arriba? Porque debe de ser el único que está durmiendo. Ése y los putos soldados que aún quedan en la base. Te aseguro que en el resto de contenedores todo lo que encontrarás son ojos abiertos como platos y una colección de pesadillas. ¡Eso! ¿Por qué no te dedicas a eso? Métete por alguno de los agujeros de la cabeza de esta pobre gente. O córtales el cerebro a todos esos putos imbéciles que nos ven como el paraíso. Rebánalos y míralos por dentro: tendrás una perfecta antología de la pesadilla. Podrás coleccionarlas, clasificarlas, estudiarlas. ¿No es a eso a lo que te dedicas? ¡Dime! ¿No es a eso?

Un perro afónico comenzó a ladrar. El faro seguía girando. Stefano estrelló el vaso, que se convirtió en centenares de diminutos brillos fugaces, y, enfurecido, golpeó la estantería. Comenzó a arrancar las hojas de sus cuadernos y libros y a tirarlos contra la pared.

Saqué de mi mochila la inyección con los primeros tranquilizantes. Lo envolví por detrás y le clavé la aguja. Me pareció escuchar a Chopo subir la escalera, de vuelta a su sofá.

Busqué los dados de coral. Sobre el suelo terroso, los pequeños prismas rojos absorbían la luz y resplandecían como ascuas vivas. Estaríamos listos antes de que se encumbrase el día.

CAPÍTULO TRECE

A veces, cuando uno se concentra, se concentra de verdad, saca lo mejor fuera de sí. Como un desdoblamiento: lo más importante de ti sale fuera, y el cuerpo se queda solo. Y esa esencia, ese tú concentrado, absorto, apoyado en medio del oleaje en un único eje tan fino como una aguja, ejecuta algo grande. Memorable. Te mueve hacia delante y te salva. La mente humana es prodigiosa.

Recogí el estuche de jeringuillas, los cables y los dados. Guardé las fotos de la familia de Stefano, las imágenes del campamento libio y de sus contactos en Roma y Londres en el mismo sobre de manila, y éste de nuevo en el fondo de la mochila.

Abrir su mente, navegar por ella sin presión y sin testigos fue inesperadamente para mí muy satisfactorio. Volando en su tiempo y su espacio me sentí creador de un nuevo mundo: el más íntimo del hombre y, a la vez, el más inexplorado.

No tardaría en despertarse. Entretanto, revisé la habitación y amontoné sus dibujos, algunos rasgados, en una de las baldas de la estantería. Reventaba el alba.

Stefano se incorporó.

–Despacio. ¿Qué tal te encuentras?

–Bien. Cansado... Mirabas mis dibujos y sonreías.

–¡Pero entonces llevas un rato despierto!

–Parecías pensar algo... alegre, positivo. ¿Qué era?

Me senté a su lado.

–En Tiger Woods. ¿Conoces su jugada en el torneo de Augusta?

Negó con la cabeza.

–Te la tengo que buscar en internet. Tenía sólo treinta años. Iba perdiendo y necesitaba meterla en el hoyo para ganar. Era una posición muy difícil. Observa la bola, luego la colina, hace sus cálculos de inclinaciones y parábolas, ensaya... Se inclina sobre el palo, y su mente toma el control. Tiger no está allí, con todo ese público, con ese aire, esa temperatura, ese cielo. Un dinosaurio podría estar a dos metros de él, el suelo abrirse y tragarse a la gente, pero él no lo notaría. Tiger no está en el *green*. Tiger está en un mundo de líneas y de fuerzas. Y de la forma más increíble, golpea la pelota en dirección contraria al hoyo. La bola rueda por una pequeña cuesta hasta situarse en el borde del agujero. Allí se para un instante y, como impulsada por la concentración del propio Tiger Woods, cae en el hoyo.

–¿Te gusta el golf?

–A mí no me gusta el golf. A mí me gusta la mente.

Sonaron unas gaviotas y, de repente, una sirena atronó los contenedores.

–¿Dónde está mi ropa?

–Aquí la tienes.

–¿Ésta es mi ropa?

–Es la que llevabas ayer.

–Tengo la cabeza un poco espesa.

Stefano se puso los vaqueros y se quedó mirándose en el pequeño espejo cuadrado después de lavarse la cara. El agua le resbalaba por la barbilla, goteando sobre el metal del lavabo. Se miró el tatuaje que llevaba en el pecho, encima del corazón: unos pájaros volando a lo lejos enmarcados en una ventana rectangular.

–¿En qué piensas tú ahora?

–Sé que te conozco. Eres... eres Lauro, y que... que no eres... quizá... No sé. Y que ésta es mi cama. Pero no me acuerdo de qué te conozco. Y no sé dónde estoy.

Es más fácil eliminar del cerebro el conocimiento que el sentimiento. No me reconoce, pero se siente tranquilo a mi lado.

–No tienes nada que temer. Pronto vendrá tu padre. Sécate. ¿Quieres que te deje una camisa? Tendrás mejor aspecto cuando llegue él.

–¿Viene mi padre a recogerme?

–Imagino que esta vez sí.

–¿Me he metido en un lío gordo?

–Nada de eso. Cámbiate. Tampoco te puedo contar mucho más.

Era la intervención más profunda que había hecho en mucho tiempo. Trabajé toda la noche deshilando, estirando y tejiendo las nuevas alas de la mariposa. Con miedo de que no pudiese volar.

Miré hacia la estantería. Apenas quedaban un par de libros enteros. Pensé en su habitación de Londres, en los tomos que me había descrito Calvino.

–Hay veces que la nieve se va acumulando sobre la hoja de bambú. De repente, la carga se desliza y se cae, sin que la hoja se haya movido. Hay cosas que pasan cuando se cumple la tensión necesaria. Como la flecha del arquero que sale disparada hacia su objetivo sin que el arquero haya pensado en el tiro.

–Eso lo he leído yo en algún sitio... No recuerdo dónde.

Sonreímos a la vez.

Las horas siguientes se arrastraron bajo la pesada espera de ver aparecer al padre. Recordé que Matilda regresaba hoy de Extremadura.

Sentía curiosidad por tentar mi trabajo, pero temía rozar heridas tiernas en su memoria y reabrir las cicatrices más blandas, así que me pasé tumbado gran parte de la mañana, leyendo o fingiendo dormir. Por la tarde, Chopo nos bajó un tablero de ajedrez junto con unos cuencos con arroz y habas negras y unas chocolatinas. Stefano parecía no esperar nada. Y yo me veía obligado a hacer un esfuerzo para mantener tensa la cadena de mi contención y no merodear comprobando qué compartimentos de su cerebro permanecían intactos.

CAPÍTULO CATORCE

Anochecía otra vez, la temperatura había caído. Buscaba unos calcetines entre mis cosas cuando Stefano, de pie mirando hacia el cielo de la ventana, me habló.

–Son como soldados.

Me acerqué. Al otro lado de la verja se había formado una fila de hombres para asearse. Algunos esperaban en cuclillas o sentados en el suelo, con las piernas recogidas. Alguien cantaba despacio con una voz lanuda y honda, y a intervalos se oía el mar.

–Míralos, hombres fuertes, aguerridos, atléticos, duros. Guerreros de los de los cuentos, de otro tiempo. Como enviados. Los primeros, los mejores. Los más válidos.

Se apoyó contra la pared.

–No se llega hasta aquí siendo débil, Stefano.

–¿Te has dado cuenta de que hay nombres e iniciales grabadas por todas partes? En esta pared, en los troncos, en los postes de la valla...

–Muchos de los que pasan por aquí quieren dejar su marca. Cuando nos acercamos a la muerte, se aviva en nosotros la necesidad de ser únicos, de inmortalidad. No aceptamos haber sido inútiles, desaparecer sin más. Yo desaparezco, pero tras de mí queda esta tumba, esta escultura, este árbol, estas letras.

–Al final, todos unos imbéciles egocéntricos... Esta eme parece reciente.

–La sensación de ser uno es sólo una función cerebral, Stefano. Depende de la capacidad del cerebro de conservar memorias, de construir la biografía de una persona. Sólo eso permite «ser».

La necesidad de no contarle nada me hacía decirle muchas cosas.

–¿Y qué les pasa ahora a estos guerreros? ¿Qué hacemos con ellos?

–Se lo puedes preguntar a tu padre cuando venga. En España, les hacemos la vida imposible hasta que se van a otro país.

–Tengo... tengo una especie de zumbido, de enjambre en la cabeza que no me deja pensar con claridad. Como si me faltaran muchas horas de sueño. Y no siento grandes deseos de ver a mi padre.

–Seguro que él a ti sí. Imagino que sí...

Agradecí el silencio que siguió a esa frase y me concentré en las hebras que el viento nos traía de los movimientos en el campamento.

–Intenta descansar, Stefano.

Horas más tarde, me despertó el ruido de un helicóptero. En los contenedores vecinos algunos hombres intentaban localizarlo desde las ventanas. Había aterrizado cerca. Stefano estaba vestido, sentado sobre su cama hecha, mirando trozos de dibujos.

–¿Estos dibujos son míos? ¿Por qué están rotos?

–Los rasgaste tú.

–No me acuerdo de nada. He vuelto a olvidarme de por qué te conozco.

Chopo abrió en ese momento la puerta. Rápidamente, me puse los zapatos y eché un vistazo rápido alrededor. Mi maleta estaba hecha. El ordenador y el botiquín, cerrados.

Stefano dobló varios trozos de dibujos, se los metió en el bolsillo y subió las escaleras. Los pasos resonaron sobre los tablones, levantando un olor a serrín. Al cerrar la puerta, me imaginé estar saliendo de la chistera negra de un mago.

El contenedor que un par de días antes me había parecido un cuarto de estar era ahora un simple barracón en el que se apiñaban unos enormes guardaespaldas como peonzas gigantes. En medio, un señor pequeño de frente estrecha y cejas depiladas hablaba por un teléfono satélite. Chopo se apartó, y Stefano quedó frente a la espalda del hombre. El chico permaneció inmóvil hasta que su padre, por fin, colgó y se dio la vuelta.

–¡Stefano! Me alegro de verte. A las nueve en punto tengo que estar en mi despacho. Tienes buen aspecto. En cuanto lleguemos, puedes

ducharte y cambiarte. Vámonos.

Lo rodeó y lo acercó contra sí, Stefano aún inmóvil. Tuve la sensación de que, más que abrazarse, se abrocharon y con un leve clic se despegaron.

El grupo de peonzas se cerró en torno al primer ministro y a su hijo, se subió a una serie de todoterrenos con los cristales tintados y desapareció. Calvino apareció una hora después, cuando estaba a punto de hacerle jaque mate a Chopo.

–¿Te llevas sólo lo que has traído, nada de suvenirs? Es por tu seguridad, Lauro. No te llevas nada que no hayas traído contigo, ¿verdad?

–¿Qué quieres que me lleve? ¿La cucharilla? ¿El papel higiénico? Si te refieres al portátil, todo el equipo que había, tu amigo ya lo ha comprobado.

Hice un gesto hacia Chopo, que nos miraba fumando junto al tablero de ajedrez.

–La memoria del chico: ¿te llevas algo?

–Lo hemos hablado. Hoy por hoy esa pregunta no tiene sentido.

Me dio dos palmadas en el hombro, la mano dura y caliente, como una tenaza bajo un guante.

Cuando por fin despegamos, Calvino perdió lentamente presión. Se desató los zapatos, reclinó el asiento, bajó la persiana y fingió dormir. Sobre el mar bruñido, la isla quedó atrás suavemente, como la arena que va desapareciendo de los bolsillos.

Cuando ya volábamos sobre el continente, un piloto salió de la cabina y nos ofreció café en vasos de papel. Calvino se desperezó, tomó un sorbo y luego sacó una bolsa de debajo de su asiento y la lanzó a través del pasillo contra mis pies.

–Lo hablado.

Toqué los fajos bajo la tela negra. Todo ese dinero ocupaba menos de lo que yo creía.

–¿Tu mujer y tu hija lo saben?

Miré hacia el piloto, que salió del servicio y volvió a su cabina. Negué.

–Intenta que no lo sepan nunca o que lo sepan esta semana. ¿Tienes planes de qué hacer con el dinero? ¿Algo para Matilda?

Me incomodaba hablar de mí, de ella.

–No sé aún. ¿Y tú? ¿Tu familia sabe a qué te dedicas?

Calvino resopló.

–Si pudiese permitirme contratar tus servicios, lo haría... Pero al revés. Yo no querría que borrases nada de la memoria de mi hija, sino que me metieras a mí. ¿Puedes hacerlo?

Sonrió, y el sol de mi ventanilla doró el espacio entre nosotros. Sólo su rostro quedó en la sombra. Sostenía el café junto a su boca.

–A mi mujer ya la he perdido, pero a mi hija... A mi hija aún no he podido renunciar, no quiero renunciar... El otro día me dijo que me odiaba, ¿sabes? En un mensaje, varias veces: «Te odio, papá. Te odio, te odio, te odio».

–A veces la gente se agarra al odio porque es un sentimiento fácil, espontáneo, casi intuitivo. Y porque no quiere enfrentarse a lo que quedaría si no hubiese odio, generalmente dolor. Quizás estás a tiempo de, no sé, paliar ese dolor.

Él mordía intermitentemente el borde de papel, con la mirada hacia la ventanilla.

–Entonces, ¿puedes hacerlo o no? Ponerme en sus recuerdos, en los cumpleaños que me salté, celebraciones en el colegio, recogerla o llevarla a casas de amigas, decepciones con chicos, suspensos... Leer cuentos, arroparla, llevarla al cine, enseñarle a andar en bici o a nadar... Quedar y no fallar. ¿Puedes o no?

–¿Y prefieres que te ponga así, feo como eres, o que te recuerde más atlético, con más pelo, con los ojos verdes y más abdominales, por ejemplo?

–Y levantando la copa de la Champions, claro. O en un Maserati.

Sonreímos al unísono. Tengo la sensación de que Calvino y yo podríamos haber llegado a ser amigos, pero que el tiempo no nos fue concedido. El piloto nos avisó de que nos abrocháramos los cinturones, y diez minutos más tarde aterrizamos en la base militar de Cuatro Vientos.

–Sé tu respuesta hoy, pero, si cambias de parecer, búscame.

Sacó mi móvil de su mochila. Lo encendí y al momento se volvió a apagar, sin batería.

–Lo siento. No tuve tiempo de recargarlo.

Por la ventana trasera del Audi negro lo vi quedarse solo en la pista, con las manos hundidas en los bolsillos, como la varilla de un metrónomo pausado. Me concentré en el ruido suave del motor y me quedé dormido.

Al entrar en casa, olía a sopa y a naranja. Apoyé la mochila contra la pared y dejé las llaves en el cuenco de la entrada lentamente. Quería sumergirme en mi realidad poco a poco, por contemplación. Pilar, de espaldas a la puerta, pelaba naranjas en la cocina. Matilda se balanceaba en una silla, leyendo con los auriculares puestos. El burbujear del agua en la cacerola me recordó a las marmitas de las brujas fantásticas, y durante unos breves segundos mi vida adquirió un aire de cuento perfecto. Hasta que Pilar se dio la vuelta.

Me acerqué para abrazarla, pero me dio un beso de catequesis en la mejilla y me apartó con el codo para comenzar a trocear los gajos en una fuente.

–¿Qué tal, Matilda? ¿Qué tal Extremadura?

–Muy bien. He quedado segunda. Y tengo un nuevo mejor tiempo en los cien metros.

–¡Enhorabuena...! ¿Qué lees?

–Un cómic que me ha regalado una amiga que he hecho en Mérida. Es sobre los espíritus del bosque, genios creados por la diosa Deva, que gobierna el agua. Mira qué ilustraciones.

Matilda olía a caramelo y al calor de estar en casa. El color del libro casi se reflejaba en la piel clara de sus brazos. Le besé el pelo y, cuando ella miró hacia arriba, me vi reflejado en sus sonrientes ojos grises.

–Matilda y yo nos vamos a la piscina de Martina. Van a ir otras niñas del colegio británico que viven por la zona. No volveremos hasta las diez o así.

–Pilar, ¿no es muy tarde? Hay cole mañana.

Ella apoyó el cuchillo vertical sobre la tabla y me miró cortante.

–Lauro, está de vacaciones. Te llamé ayer. Varias veces. Pero no me contestaste. Te esperábamos para cenar. Pensé que el congreso se acababa ayer.

–Al final salimos hoy. Me quedé sin batería de camino. Me ha traído un compañero y no ha parado de hablar en todo el viaje. Lo siento, tendría que haber llamado.

Volví a intentar acercarme a Pilar, abrazarla.

–Me voy a cortar... Matilda, recoge y ve a cambiarte. Matilda... ¿Matilda? ¡Qué pesada con esos auriculares todo el día!

–Te he oído.

Matilda salió de la cocina tamborileando los dedos por la pared.

–¿Y el sofá nuevo?

–Aún no ha llegado. Al final lo compré a pagar en doce meses. Te ha llegado un sobre de Londres. Está al lado de la radio.

Al acercarme, me di cuenta de que estaba encendida. Un locutor daba las cifras de paro en España, cerca de máximos históricos. El Corte Inglés anunciaba su semana de oro en toallas y ropa de cama. Matilda había dibujado «Hapi» con letras capitulares en la parte de atrás del sobre. Era otra denegación de publicación. Apagué la radio.

–Pilar, tengo que hablar contigo de algo importante. Deja las naranjas, por favor.

Se limpió en un trapo y se cruzó de brazos. Me acerqué y le cogí la mano, inerte entre las mías. Las palabras de Calvino en el avión surgían como géiseres entre lo que yo intentaba decir. Ahora o nunca.

–Verás... En el seminario, me he encontrado con una antigua profesora del MIT, Tomoko Shapiro.

Pilar abrió los ojos, los mismos ojos grises de Matilda.

–Ya no está en el MIT. Ahora está en Alemania, en Múnich, en el Instituto Max Planck. Me ha ofrecido trabajo. Quiere montar un equipo de investigación y que yo lo lidere. Irme a Múnich. Irnos.

–No hablamos alemán.

La mano se escapó como un pez resucitado.

–Podéis desenvolveros en inglés mientras aprendéis. El campus del Max Planck de neurociencia está a las afueras de Múnich. Viviríamos en

una casa con jardín o cerca de un parque. Tienen acuerdos con colegios internacionales. Matilda podrá estudiar en inglés, o en alemán e inglés.

Pilar descruzó los brazos y miró hacia los gajos, radiantes sobre la porcelana.

–En Múnich se hace mucho deporte, podrá seguir nadando si quiere. Hay un río fantástico en el que te puedes bañar y hasta hacen surf. Y tú... tú puedes decorar nuestra nueva casa mientras aprendes alemán, hasta que encuentres un trabajo... Consigues todo lo que quieres de golpe. Sólo tienes que decir sí.

La tomé de la mano, y esta vez sus dedos se enredaron con los míos.

–Empezaremos de nuevo. ¡Y nos llevaremos el sofá!

Pilar sonrió por fin y se dejó abrazar. La rodeé por la espalda y sumergí mi nariz en su pelo denso, prendido por una gran horquilla de madera. Ladeó la cabeza. Le recogí el rostro entre las manos. Me pareció estar viéndola quince años antes, en la puerta de la facultad, sentada sobre la carpeta en las escaleras.

Sentí sus brazos apretándome.

–Mira, ¿ves? Nuestra suerte está empezando a cambiar: mi artículo ha pasado el comité de revisión y, en cuanto encuentren hueco en esa revista de Londres, me lo publican.

Mentí.

–¿Y cuándo nos iríamos?

–El lunes le dices a tu jefe que te vas, buscamos una empresa de mudanzas, y en un mes estamos en Múnich.

–¡La sopa! ¡Que se sale!

No se recuerda en el vacío, lo sé, no es un proceso quirúrgico y mecánico: es un proceso vivo. El cerebro crea los recuerdos varias veces. Hay una sedimentación gradual y una reelaboración continua de la memoria. Los acontecimientos y las personas adquieren un valor emocional levemente distinto cada vez. Los personajes y el decorado se recolocan sutil e inconscientemente en el escenario. Lo sé. Es así. Quizá. Pero yo pondría la mano en el fuego porque en aquel momento Pilar y yo nos queríamos, y que al despegarse para ir a apagar la cocina a ella también se le quedó un poco de mí.

–¿Cuándo se lo vamos a decir a Matilda?

–En cuanto salga del baño. Voy a bajar la basura y cuando vuelva lo hablamos.

Dándole la espalda a Pilar, saqué unas hojas rasgadas de Stefano que había cogido en Lampedusa y aún llevaba encima. Cerré la bolsa.

Cinco semanas más tarde, Matilda se bañaba en el lago Starnberg, al sur de Múnich, donde Tomoko Shapiro nos había dejado su casa de fin de semana hasta que comenzara nuestro contrato de alquiler en un pequeño piso sin jardín, pero con un balcón lleno de menta y albahaca. Los Alpes azules abrazaban un agua tersa y sonora. El bañador amarillo mojado de Matilda relucía como un diente de león.

Tomoko y yo habíamos mantenido ya un par de jornadas de trabajo, aunque mi contrato con el Max Planck no empezaba hasta septiembre. Yo iba a dirigir un pequeño grupo de investigación de dos o tres personas, una de ellas en proceso de terminar su doctorado. El salario no era muy alto, pero nos pagaban el alquiler y el colegio de Matilda. Además, la idea era que Tomoko y yo creásemos nuestra propia empresa. Ella llevaba ya cinco años en Alemania y había encontrado un inversor privado, un suizo, dispuesto a arriesgar hasta cinco millones de euros en nuestra idea: una discreta clínica privada de investigación y tratamiento de pacientes de memoria. Serían seleccionados bien por interés financiero para la rentabilidad de la empresa, bien por interés científico. Nosotros tendríamos la última palabra. Así nació Memory Lab.

Tumbado sobre la hierba, oliendo la crema solar de Pilar, que ojeaba revistas a mi lado, y escuchando los sonidos de Matilda en el agua, me sentí puntualmente al compás con la vida. Ahora que han pasado tantos años, me arrepiento de no haberme sumergido más en aquella esencia, porque, entre todo lo que la vida me ha dado de bueno, nada ha sido ni de lejos tan embriagador como el olor de aquel verano crepuscular en el que me sentí por última vez totalmente libre.

CAPÍTULO QUINCE

Visto con perspectiva, Múnich fue un acelerador de partículas. Todo se cargó de velocidad. Unas cosas colisionaron con otras y generaron una fricción que me permitió observarnos con más claridad. Verme a mí mismo mejor. Entenderme.

Para empezar, la adaptación sucedió demasiado deprisa para ser real. Pilar no se quiso ir a las afueras, un amigo alemán de Mario le aconsejó quedarse en el centro. «Hay más vida». Se sumergió en sus clases de alemán y en un taller en el que aprendió a tapizar, a empapelar y a combinar cojines con cortinas. Matilda iba al colegio en bici por las mañanas y por las tardes a la piscina, cinco días a la semana. Entonces me pareció una forma de integración, y en el fondo una preocupación menos, pero ahora creo que Matilda buscaba respirar debajo de toda esa agua.

La mayor parte del millón de euros de Calvino quedó amarrada en Memory Lab. Vivíamos sin lujos en un piso cuadrado de los años sesenta en la calle Cornelius, cerca del río Isar. Dos dormitorios, un baño y un aseo, más una gran habitación rectangular que hacía las veces de salón, cocina, comedor, distribuidor y entrada. Todas las ventanas, incluido el balcón, daban a un patio interior amplio en el que se aparcaban las bicicletas y donde niños pequeños jugaban en un arenero superpoblado de cubos, palas y animales de plástico. Estábamos lejos de la casa con jardín que anidaba en la cabeza de Pilar, y creo que los tres imaginábamos ese piso como un tránsito.

Sin darnos cuenta, los días sobrecargados propios del arranque en una nueva ciudad, en los que tareas puntuales como darse de alta en la compañía eléctrica se mezclan con trabajar o comprar el pan, se

convirtieron en lo habitual. Los tres estábamos muy ocupados, con la cabeza en nuestro propio agujero, de forma que, casi un año más tarde, únicamente nos veíamos para comer los fines de semana. De lunes a viernes nos guiábamos sobre la presencia del otro por la taza en el fregadero o por el sonido de la ducha, pero no existía la vida familiar.

El lanzamiento de Memory Lab, más las clases y la dirección de tesis doctorales me inundó por completo. Al aterrizar en mi nuevo despacho, y para olvidar Madrid, abrí completamente las esclusas y el trabajo entró a raudales, vaciándome de tensión. No había paréntesis para pensar. Casi dejé de dibujar. Un día cercano a las Navidades, en una coqueta exposición del movimiento artístico Jinete Azul, compré una postal de Kandinsky, *Trazado ferroviario*, en la que la masa de un tren negro atraviesa un campo verde y amarillo y extiende su inquietante sombra hacia unas casas. Se la envié al comisario Gerardo, al que en mi recuerdo quería cercenar completamente de Calvino.

Pilar empezó a hablar de operarse los pechos, y yo decidí centrarme más en mis investigaciones. Siempre pensé que tenía unos pechos preciosos, imperfeccionables, sobre todo porque se ondulaban sobre el torso más impresionante que uno se pueda imaginar, suave y cálido como la madera pulida. La belleza de Pilar era entonces para mí una ecuación en la que las partes sumaban más que el todo, y el todo me embriagaba. A veces, cuando franqueo el paso hacia la vigilia y arrastró aún algas del sueño y la busco en el otro lado de la cama, todavía la pienso así.

Ese otoño, antes de que llegara la nieve, ya tenía establecido un recorrido para mis entrenamientos. Nunca localicé un basurero en Múnich. A cambio, me aficioné a correr en los cementerios de la ciudad. En el de la calle Teng, uno de los más antiguos, me perdía a menudo entre las lápidas desgastadas. Aquellas losas se fundían con el moho y la suciedad y era difícil identificarlas, y al final usaba los ángeles de piedra para orientarme hacia la salida. Ocasionalmente, me paraba ante una lápida a estirar y buscaba las fechas. Observar las demarcaciones de otros te ayuda a ser más consciente de las tuyas. Corría sobre frustrados en paz e idealistas descorazonados, todos ellos igualmente olvidados. A

veces, unas flores o una lápida fresca activaban un fugaz ascensor entre su mundo y éste.

De repente, una mañana, pasadas las fiestas, Pilar me anunció que tenía fecha para su operación estética en junio y la marcó con un rotulador verde en el calendario de la cocina, poniendo círculos alrededor de los días durante los cuales calculaba que estaría fuera.

Cuando me comunicó su decisión de mutilarse en Madrid, cerca de Mario y lejos de mí, me di cuenta de que yo había construido mi propio laberinto con las trampas de una vida mediocre para proteger a mi yo más débil de mi yo más poderoso. Y que ese yo genuino y diferencial aguardaba, hibernado, pero no muerto, a que yo le franquease una salida para volver a demostrar de lo que era capaz.

Poco después, era un miércoles a finales de febrero, Tomoko me convocó en mi despacho de Memory Lab. La tercera vez en lo que iba de mes. La oficina principal era un piso oscuro en el centro de Múnich, cerca de donde aparcaban los autobuses de los turistas y encima de un restaurante chino. Una discreta placa de metacrilato con dos delfines simétricos y el nombre de la empresa era la única señal. En Ismaning, un pueblo al norte de la ciudad, habíamos instalado un laboratorio de última generación con cinco investigadores a tiempo completo y tres doctorandos. Todos habían firmado por contrato una cláusula de rescisión, competencia y privacidad: deberían pagarnos si se iban antes de tiempo, no podían trabajar para la competencia en cinco años y no podían compartir con nadie los resultados de sus investigaciones. Memory Lab era el único dueño. Nuestros estudios, centrados fundamentalmente en alzhéimer y depresión, estaban destinados a producir tratamientos novedosos en un plazo de dos años. Yo había seleccionado personalmente a los investigadores, preparados, ambiciosos, constantes, y les había concedido participaciones en la empresa y mucho margen de acción.

Sin embargo, aquella mañana áspera Tomoko había decidido recortarme un poco más las alas. Caían esquirlas de nieve tras la ventana mientras yo me parapetaba en el sofá *chesterfield*.

–Tienes que rellenar los papeles y esperar los permisos, Lauro. Si no seguimos los protocolos, la investigación quedará invalidada y todo se irá al garete. Estamos en Alemania, Lauro. La investigación es alemana, ocurre en Alemania y la patente será alemana. Así que respeta los límites, Lauro. O nos quemaremos todos.

Cuando se cabreaba conmigo, Tomoko, que podía mantener una conversación de ascensor en un español perfecto, repetía mi nombre y gangueaba la «r». Ya entonces se rumoreaba que estaba en las listas para el Consejo Superior de Investigación del Max Planck, desde donde años más tarde saltó a la Comisión Nacional de Investigación de Estados Unidos. Menos dinero, quizá, pero mucho más poder. Tomoko tenía que trabajar bien los tiempos, nuestras investigaciones no podían interferir en su carrera política. A mí, la burocracia, el tener que justificar cada paso de la investigación, ralentizar los experimentos para conseguir un permiso o un seguro, me creaba auténticos nudos en la espalda y en el alma. Para atenuar los primeros, acudía a una fisioterapeuta atlética y callada en la calle Holbein. Pero los segundos comenzaban a atenazarme.

Las cortapisas de Tomoko aumentaron las semanas siguientes. Incluso la escuché en una conferencia atribuyéndose descubrimientos que reventaban nuestras investigaciones y que además no correspondían a la realidad. Y ella sabía que ambas cosas eran contrarias a nuestro código implícito.

Mi incomodidad creció. Sabía que podía hacer más y hacerlo más rápido. Cuántos casos de alzhéimer podrían paliarse si supiéramos más sobre la formación y alteración de la memoria. Cuántos casos de depresión se aliviarían si diéramos un paso más sobre los mecanismos moleculares que la sustentan. Pero, una vez más, yo volvía a estar, como en Bilbao, en las butacas del fondo. No me conformaba. Había arrancado un pelo a la barba del diablo y creía que podía hacerlo otra vez.

Un día tormentoso, mientras buscaba un carné de biblioteca en el fondo de un cajón, dentro de una caja metálica de mentas encontré los dos dados de coral. Allí los había aparcado al llegar a Múnich.

Volví a llevar siempre esos dados en el bolsillo. Unas semanas después, coloqué la tarjeta verde de Calvino bajo el delfín de ónix que me regaló Matilda al inaugurar la empresa al lado de mi PC.

A las puertas del verano, recuerdo que estaba comiendo un plato de pasta en la terraza de un restaurante en la calle Amalien, cuando leí una entrevista con uno de los astronautas que habían explorado la Luna en los años setenta. Aquélla era sólo la tercera misión lunar, apenas se había recabado aún información sobre el satélite. Sin embargo, su verdadero descubrimiento fue la Tierra. Al girar la nave tras salir de la atmósfera terrestre, hicieron una foto de la pequeña pelota azul flotando en un espacio negro, y el hombre adquirió una nueva dimensión.

En ese momento me di cuenta. A mí me había pasado lo mismo en Memory Lab. Había lanzado la empresa para saber más sobre el abismo del cerebro, pero yo había sido el auténtico descubrimiento. Mi necesidad de poder. De demostrar mi valía, de no dejarla dormida al final de un laberinto.

Ese día, en el Café Nam-Nam de la calle Amalien, decidí escribir a Calvino.

Sería absurdo a estas alturas no admitir que valoré el riesgo de perder a Pilar y que lo ignoré. Por supuesto que tenía miedo. Yo amaba a Pilar. Es mi mujer, siempre lo será, pese a todo. Y me abrumaba pensar que, al arrancarle otro pelo, el diablo se despertaría y miraría hacia ella, o hacia Matilda, y alargaría el dedo para rozarla. A menudo las consecuencias de una elección son reales, mientras que la elección es, en el fondo, ficticia.

Sé que esto que aquí cuento no fue como yo lo recuerdo, ya lo he dicho, y que la memoria, como un libro de tinta variable, se reescribe poco a poco con cada lectura. Pero a mí entonces contactar con Calvino llegó a parecerme un deber.

Lo hice como tal, de forma consecutiva y automática. En la televisión echaban un partido ya decantado entre el Bayern y el Barcelona. Resonaban unos truenos enormes, y pensaba en quitarle la antena a la tele y entretenerme con algo del disco duro. No tardaría en irme a

dormir. Matilda escuchaba música en su habitación, y Pilar estaba en un cursillo de decoración de jardines con objetos metálicos.

Entonces, llegó al móvil un correo electrónico del Departamento de Prensa del Max Planck sobre la próxima conferencia de Tomoko en la Universidad de Yeshiva de Nueva York. La iba a recibir el director del departamento, el investigador español de ingeniería metabólica Manuel Aldama, al que yo conocía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid, un tipo engreído y crecido para dentro como un uñero. Volví a adivinarme atrás, muy atrás en el patio de butacas.

Cambié de pantalla en el móvil y busqué la dirección de correo de Calvino. Abrí un mensaje nuevo, pero, tras dudar unos instantes, esa noche lo cerré vacío. Sentía vahos de vértigo.

El Barça ganó finalmente fuera de casa dos a uno. Me quedé viendo la televisión por inercia hasta que despidieron al último comentarista, un antiguo jugador ruso del que no había oído hablar en la vida.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando me levanté a la mañana siguiente, Pilar golpeaba con fuerza y añadía harina a una bola de masa.

–¡Qué madrugadora!

–Hay café, si quieres.

Tenía las mejillas sonrosadas por el esfuerzo de amasar, con el pelo protegido por un pañuelo verde.

–¿Qué preparas?

–Una empanada de salmón. Me llamó Mario ayer. Si puede, se escapa este fin de semana a visitarnos. Así nos vemos todos una vez más antes de mi operación.

Añadió más harina y sonrió sobre la masa.

–¿Este fin de semana? Pero si hoy es jueves.

–Confía en que hoy le confirmarán el ascenso, y entonces se tomará un descanso. Por lo visto, lo van a ascender a comisario.

–No sabía nada.

–Se lo merece, ¿no crees? Todos esos turnos, metido en agujeros asquerosos.

–Hace un tiempo iba a escalar con un comisario, o con un subdirector o algo así.

–Matilda está muy contenta.

–¿Ya se lo has dicho?

–Mario escribió hace unos días. Ya tienen planes juntos. Matilda quiere probar a hacer surf en el Jardín Inglés. Con su tío, igual se atreve.

–Su tío no ha hecho surf desde que tenía quince años, y la ola del Isar es peligrosa.

–Lauro, no le quites la ilusión. Múnich no ha sido fácil para ella. Hace tiempo que no la veía tan ilusionada con algo.

Nubes de harina flotaban alrededor de Pilar. Pensé que podría decir «hocus pocus» y desaparecer.

–¿Y dónde se va a quedar? Si viene, claro. Aquí no cabe.

–En el Charles Hotel.

–¡Joder con Mario!

–Mario disfruta gastándose el dinero con su familia.

Echaba harina con cierto arrojo. La masa crecía sin parar.

–A Matilda y a mí nos gustaría ir a buscarlo al aeropuerto. Me llevaré el coche.

–Pero entonces viene ya mañana. Si viene, como tú has dicho...

–¡No va a venir el sábado para irse el domingo!

La masa le iba a dar para dos empanadas.

–El plan sería llevarlo al hotel y salir a cenar. Imagino que tú no puedes venir.

–Porque no salga a correr un día no pasa nada. También podemos quedar el sábado, querrá descansar, a lo mejor conoce a alguien más en la ciudad.

–El sábado vamos a ir al espá de su hotel. Lo propuso él.

Derramé un poco de café. Busqué la bayeta. Ahora Pilar troceaba tomates.

–A ti nunca te han gustado los espás... Se te irrita la piel.

–Da lluvia. Es un buen plan.

–Bien. Pues mañana lo invitamos a cenar en el italiano de la plaza Rosenheimer.

–No, ya tenemos reserva.

–¿Dónde?

–En un japonés. En una bocacalle de la Maximilian.

–¡Estáis irreconocibles! Mario comiendo sushi..., ¡en la vida! Pues os invito ahí. ¿A qué hora?

–A las ocho... Como tú dices, si al final viene.

Se rascó la nariz con el envés de la mano. Vi que se había manchado el labio superior.

–Yo iré desde el laboratorio. Hoy llego tarde. No me esperes para cenar.

Cogí mi mochila, le di un beso en el pelo pensando en su labio blanco y salí de casa. Ya en el ascensor, me di cuenta de que no me había despedido de Matilda.

Al día siguiente, cuando llegué al Sushi Cent, me costó encontrarlos. Pilar estaba de espaldas y se había dejado el pelo suelto. Le caía largo, muy largo, ondulado y denso, sobre una espalda blanca. Se había puesto el vestido azul de tirantes que le regalé para su cumpleaños cuando volví de Estados Unidos. La verdad es que lo había escogido ella al pasar por delante de un escaparate de Hugo Boss en el paseo de Recoletos, y aún le quedaba fenomenal. Matilda se había planchado el pelo, lo que yo odiaba, porque había heredado los rizos de su madre. Llevaba una minifalda negra, unos aros enormes y unos tacones altos que así, desde lejos, le alargaban las piernas y la edad. No parecía la niña dormida a la que había besado en la frente la noche anterior.

Mario fue el primero en verme. Se puso de pie y salió de la mesa para venir a mi encuentro. Me abrazó con un par de sonoras palmadas en la espalda. Estaba delgado, se había rapado la cabeza y llevaba un traje gris entallado que resaltaba aún más su espalda ancha. Le busqué la mirada; tenía el rostro algo bronceado y pequeñas arrugas como telas de araña en los extremos de la mirada. Enseguida volvió a su silla.

–Qué bien que hayas podido unirte, Lauro.

–Qué bien que estés aquí. Enhorabuena por tu ascenso. Me lo contó ayer Pilar.

–Sí, tu mujer siempre ha sido mucho más fácil que tú a la hora de conectar. ¿Qué tal estás, hermano?

–Estoy muy bien, estamos muy bien en Múnich. Ya casi germanizados. Llega el buen tiempo.

Por el rabillo del ojo, vi que Matilda cambiaba de posición en la silla.

–¿Y tú qué tal? ¿Cómo es eso del ascenso?

–Tu hermanito, que vale mucho. Por Madrid muy bien, aunque os echo un montón de menos, claro.

Le guiñó un ojo a Matilda.

–Ahora con lo del ascenso espero tener más. Es algo más de política, qué le vamos a hacer... Mierda la vas a tragar igual, hagas lo que hagas. Así que, cuanto más te paguen por ello, mejor. Y tú, con la empresa esa, ¿qué tal?

–Con Memory Lab, muy bien. Esperamos tener una patente pronto, y las investigaciones van viento en popa. Mi socia, la doctora Tomoko Shapiro, está muy bien conectada, conoce...

–Y de pasta, ¿qué?

La camarera me acercó un menú.

–¿Cómo que de pasta? ¿A qué te refieres?

–Que si te da dinero o si sigues teniendo que poner. Porque entiendo que os vinisteis a Múnich para vivir mejor.

Matilda mantenía la vista en el menú y Pilar reordenaba los palillos y los tenedores en torno a su plato.

–Memory Lab dará mucho dinero muy pronto. Además, no nos va tan mal cuando, como sabes, Pilar se va a operar a Madrid. Y no todo es dinero, Mario...

–Ya. El dinero no da la felicidad, pero no veas cómo ayuda a rozarla, Lauro. Perdona, que me llaman... ¿Sí? Dime, Carolina, dime... No, hasta el lunes imposible... No estoy en Madrid, Carolina... Pues con las mismas, levantas el teléfono y le dices que ni de coña... Vale, gracias. Adiós... ¿Y qué significa que va a dar dinero muy pronto?

La camarera se acercó a tomar nota. Mario empezó a pedir diciendo los números del menú en inglés, y paralelamente yo sumaba los precios en mi cabeza. Me arrepentía de no haber insistido más con lo de ir al italiano.

–Yo el 76.

–Pediremos vino, ¿no?

–La verdad es que, con el sushi, no me pega.

–Tienes razón. Déjame ver.

Escogió la botella de sake más cara del menú y volvió al ataque.

–Estás en tus mejores años, Lauro, y tienes a estas dos joyas detrás. El otro día estuve en una reunión para el tratamiento de presos de máxima seguridad, extracción de información, cosas así... Hay una empresa en

Sillicon Valley, no sé si la conoces. Memotank... Perdonad otra vez... Carolina, dime... Pero, guapa, tú no me puedes llamar para estas cosas un viernes por la noche... ¡Pues que se vayan a tomar por culo, hombre! El lunes lo vemos... Y no me llames más, salvo que el ministro del Interior en persona aparezca por la puerta, ¿estamos? Estoy con mi familia y no quiero más llamadas estúpidas.

Colgó y tiró el móvil sobre la mesa. Lo recuerdo como si hubiera puesto el acento en el «mi».

–Debe de llevar la estupidez en las tetas, porque las tiene enormes... En fin, lo que te decía: Memotank. O te pones las pilas o te van a pisar los talones antes de que te des cuenta.

Me dieron ganas de hablarle de Tomoko y de la burocracia alemana.

–De la operación, Lauro, no te tienes que preocupar. Yo estaré allí. Conozco al gerente de la clínica, además.

–De ese tema prefiero no hablar. No hablar contigo.

Miré hacia Pilar. Ella prefirió contestarle a él.

–Sí, Mario. De ese tema mejor no hablamos.

–¿Y qué vais a hacer con los estudios de Matilda? Pilar me ha dicho que aún no lo tenéis claro. Ya sabes que puedes contar conmigo.

La camarera colocó una delicada botella de arcilla en la mesa y cuatro vasos decorados distintos.

–Tres, por favor. Ella beberá agua... Te has puesto muy guapa hoy, Matilda, hija. Pareces mayor... ¿A qué te refieres, Mario?

–Matilda tiene talento para el dibujo, ahí seguro que estamos los dos de acuerdo. El próximo curso puede hacer un salto hacia una formación profesional. Sin exámenes, en ese instituto de diseño en Madrid. Es privado, pero no cuesta tanto. Y yo conozco al administrador.

–Mira, es verdad, no lo hemos hablado. Pero eso será algo que trataremos Pilar y yo.

Los primeros platos de sushi habían llegado a la mesa, y Mario se metía los cortes de pescado enteros en la boca, lo que deshilvanó ligeramente su discurso. Cualquier argumento era bueno para meterse conmigo.

–¿Tú cómo lo ves, Pilar?

Mario dejó los palillos sobre la mesa y puso su mano sobre la de ella, que se mantuvo sumisa debajo de la zarpa de alpinista. En ese momento, perdí completamente el hilo de la conversación. Los vi hablar como sumergidos en agua, con la voz amortiguada por el líquido de mis recuerdos.

Deslicé sin querer la vista hacia un hombre en la mesa de al lado y su periódico italiano. La atención se me fue hacia los titulares: «Italia envía más tropas a Afganistán».

Pensé en Stefano y su padre y en la brecha abisal entre ellos, si se mantendría un año después de mi intervención. Pensé en sus dibujos, en su historia de amor, y recordé el tatuaje de los pájaros navegando por el cielo sobre su corazón. Qué olvidos colaterales habría causado yo en su vida, qué recuerdos habrían aflorado atraídos por el vacío.

Noté la boca seca. Matilda se había unido a la conversación. Las voces burbujeaban en mis oídos.

Las manos de Pilar y Mario ya no estaban una debajo de la otra, pero seguían tocándose al gesticular.

Si Tomoko consiguiera elevar nuestra financiación, podríamos ser totalmente autónomos de la universidad y del Max Planck. Aceleraríamos los proyectos, ganaríamos más dinero, quizá podría incluso independizarme. Sin preocupaciones de financiación, Corea o China serían un buen sitio, sin tantas cortapisas. Definitivamente solos y lejos de Madrid.

Sentí que me miraban.

–No estabas escuchando, ¿verdad, papá?

–Sí, claro que estaba escuchando.

–¿Entonces? ¿Qué te parece? ¿Me dejas?

Miré hacia Pilar, sin éxito.

–Pues... no sé. Habrá que pensárselo.

–Lauro, yo creo que sería una buena idea. Me deben un favor y, si lo organizamos con tiempo y mantiene el nivel, Matilda podría incorporarse automáticamente al equipo del Canoe. Y obviamente el alojamiento no sería un problema.

Sólo podía mantenerme quieto. Temía que cualquier gesto me delatase.

–¿Cómo lo ves?

–Pero falta mucho, hay tiempo.

–No tanto. Y las plazas son muy limitadas. Habría que empezar a moverlo... Lauro, pasar un curso en Alemania está muy bien, pero es bueno que Matilda regrese a España, que tenga raíces. Que tenga recuerdos a los que pueda volver cuando la vida azote.

Sentí que estaba apretando demasiado la servilleta.

–Algo me ha sentado mal. Voy a pedir la cuenta.

–No, no. De eso nada, pago yo.

Me dolían los dedos.

–Mario, déjate de gilipolleces. Aquí nadie se pega por pagar. Y, como le pidas la cuenta así, te va a traer un boli y una libreta.

–El restaurante lo he elegido yo y pago yo. No quiero causaros ningún roto.

–Pero ¡qué dices, panoli! ¿Cómo que un roto? ¿Qué te has creído? Pago esto y el doble y me quedo tan ancho.

–Lauro, cálmate. Te lo digo con cariño, soy tu hermano. Déjame pagar. Lo hago por ti, por vosotros. Déjame invitar a tus chicas, invitaros. Sois mi familia.

–Perdona, ellas son *mi* familia. Y tú eres mi *otra* familia. No te equivoques... Cobre aquí, por favor. Trescientos veinte euros en total, por favor. Gracias.

La camarera pasó la tarjeta, el terminal se iluminó, y por un momento sólo se escuchó el rollo de papel del recibo imprimiéndose. Noté que Pilar y Mario se miraban de reojo. Matilda se levantó, se colocó el bolso, el pelo. Recogí el recibo, la tarjeta, me puse la mochila y salí. Escuché el roce de las sillas y luego sus pasos detrás de mí. El aire cálido y lleno de rastros de la noche me golpeó. Aún dentro del restaurante, vi como Mario abrazaba a Pilar para despedirse; después, a Matilda.

Fue un instante inmenso.

Mario salió entonces primero y me ofreció la mano para despedirse.

–Lauro... No te enfades. Sólo quiero lo mejor para vosotros. Yo os quiero a los tres como *mi* familia. Piensa en lo de Matilda.

Seguía teniendo la misma mano agria, ancha y callosa que le creció cuando comenzamos a escalar en Patones. Me tiró del antebrazo y me acercó hasta que pudo hablarme al oído.

–A veces uno se centra demasiado en aquello contra lo que lucha y se olvida de aquello que defiende.

Me dio una palmada en el hombro.

–Descansa, Lauro... Chicas, os veo mañana para el espá.

Viajamos en silencio todo el trayecto del tranvía hasta casa. Yo imaginaba mi carrera por el cementerio al amanecer, después de haber enviado el correo a Calvino.

CAPÍTULO DIECISIETE

Mi ignorancia sobre lo que estaba a punto de ocurrir me permitía entonces imaginar a Calvino como una persona que sólo pasaría por mi vida. Como quien patina sobre un lago y no es consciente de que a unos kilómetros el hielo ha comenzado a resquebrajarse, de que el roce de las cuchillas que oye mientras silva y tararea no es previsible, así pensaba yo en él.

El último día que me cité con Calvino amaneció cristalino y Múnich desprendía ya el olor del verano incipiente. Cuando volví de correr, Pilar estaba en la ducha y Matilda mojaba galletas en un vaso de Coca-Cola.

–¿Te lleva mamá a la piscina esta tarde? Si quieres, te llevo yo.

–Voy en bici. Prefiero ir sola.

–Como quieras, yo tengo tiempo hoy. ¿Qué es esto?

–Un poema. Mario traía el libro y lo copió a mano para dárnoslo.

–¡Parece que tiene quince años este hombre!

Hay en el contorno del mundo
una lámina de fuego que todo hombre
puede pisar.
Hay en el agua de todos los mares una gota de sombra
que todo hombre debe beber.
Hay en el espacio una campanada perdida
que todo hombre se sienta a escuchar.
Por esa lámina
con esa gota
en esa campanada se vive.

–Es de un argentino. Vanaso, o Vanasco, o algo así, creo.

Lo doblé y lo coloqué junto a una carta con el destinatario equivocado que llevaba meses bajo los menús de restaurantes y de taxis. Pilar salió en ese momento de la habitación, con un vestido rosa de diminutas flores amarillas y el pelo húmedo. Olí su champú o su crema, no sé, un olor como a manzanilla y limón que aún guardo. Le di un beso en la mejilla.

–Es un vestido muy bonito. ¿Con quién has quedado? Matilda me ha dicho que no la llevas tú hoy a la piscina.

–Con nadie. Voy a ir a un espá que me ha recomendado una amiga.

–Les has cogido gusto, ¿eh?

Pilar apretó los labios. Me pareció que Mario nos miraba desde la foto que ellos tres se habían hecho en el Jardín Inglés esos días, sujeta desde entonces con un imán sobre la puerta de mis distintas neveras.

–Me voy a duchar. Luego me pasaré por el laboratorio. Si quieres, te traigo piruletas esta tarde, Matilda.

Negó moviendo la cabeza, los labios salpicados de migas.

–Te he dicho mil veces que ya no quiero piruletas. Tengo que comer mejor.

–Pues galletas con Coca-Cola...

–¡Qué sabrás tú! Déjame en paz.

Entonces, Pilar sonrió.

Decidí dejarlo pasar; ese día tenía previsto encontrarme con Calvino. Esperaba que se presentase sin el espectáculo de la última vez. Habíamos quedado en la estación central de tren. La expectativa de la cita mantenía mis niveles de energía en máximos y había establecido un nuevo récord personal en mi carrera de esa madrugada. Las cosas volverían pronto a encontrar su sitio.

Le puse la mano en la cadera por detrás a Pilar, y ella dio un respingo.

–Sólo quería darte un beso.

Sentí algo agudo y frío, algo como miedo. A perderla, a haberla perdido, a que estuviera empezando a no estar.

Charles Darwin, el gran Carlos, ya en 1872, en su manual *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, recogía que la

ansiedad era una respuesta universal ante la amenaza contra el cuerpo o contra el estatus social, y que por tanto es algo crítico para la supervivencia. La ansiedad indica la percepción de una amenaza.

Ansiedad. Si la sientes demasiado o durante demasiado tiempo, lleva a la paralización, pero en su justa medida supone perfección.

Cuando llegué a mi despacho, la secretaria me había preparado una carpeta con facturas para revisar y firmar, incluidos los recibos de los cinco móviles que corrían a cargo de Memory Lab. Además, tenía que autorizar la compra de unas nuevas lámparas led que previamente había que elegir de un catálogo de Osram. El trabajo me parecía aburridísimo, una pérdida de tiempo, pero todo estaba procedimentado y especificado al máximo. Los papeles habían sido convenientemente inseminados con una retahíla de *post-its* de colores que florecían aquí y allá, marcándome el camino. Los alemanes siempre me resultaron muy eficaces.

Cada poco miraba el correo. No quería llegar tarde a mi cita con Calvino. La investigadora Diria Baza me había enviado un interesante *e-mail* desde Copenhague. Estudiaba los efectos de la atención simultánea en la memoria, y por tanto en el aprendizaje y la emoción. A más tareas, más atención dispersa y menos atención profunda, menos memoria. A menos memoria, menos capacidad de emoción.

El problema de Diria era que pretendía encontrar respuestas dentro de la biología molecular, dentro de la célula. Pero se olvidaba de mirar fuera de ésta o qué pasa entre ellas. Lo que un científico lee en su experimento está muy determinado por el contexto intelectual en el que trabaja. La brava Diria avanzaba, aunque nunca iría más allá de las vías.

–Señor doctor, le espera el señor Puttkamer. Habían quedado hace cinco minutos.

El contable. Tomoko lo había nombrado *chief financial officer*, pero era un contable con galones. Me explicaba las facturas con detalle soporífero, midiendo la importancia de su cargo por el tiempo que se pasaba en mi despacho. Desde el primer día me produjo rechazo. Como contaba Diria, sin memoria no hay emoción. Nuestro recuerdo nos permite sentir lo que sentimos. Incluso el miedo se aprende, la relación de angustia que nos causa un estímulo neutral, como una araña, un

cuchillo o una aguja, se memoriza. Puttkamer olía a la parte de atrás de los armarios, donde no entra el aire, y por eso me asfixiaba.

Llegó con un grueso archivo beis bajo el brazo, una taza de la guerra de las galaxias en una mano y una espuela de lápices afilados entre los dedos de la otra. Puttkamer nunca se quedaba sin punta para anotar cualquier fallo contable.

–Lauro, necesito que revises las autorizaciones del mes pasado. No cuadran. Tengo un descubierto de trescientos euros en una partida.

–¿No lo puedes mover al concepto de «Planificación y Estrategia»?

Levantó aquellos ojos abombados de libélula y me miró a través de los epicentros de sus gafas.

–Aquí no hacemos las cosas así.

Sorbió su té, que parecía hervir aún, y al levantar la taza los dos vimos que había creado un cerco en mi último número de la revista *Science*.

–Deberías pasarte a la versión *on-line*, Lauro. Como el resto del equipo.

Los lápices aparecían alineados, las cabezas rojas juntas y encajadas, las oscuras puntas cónicas firmes sobre el papel impoluto. Me apeteció espetarle uno en el oído, lo más cerca posible del lóbulo temporal. Pese a lo que hubiese imaginado de mí Stefano en Lampedusa, yo no soy un asesino. Yo soy un salvador.

Me rasqué la frente.

–O sea, lo que me planteas es que revise unos seiscientos folios para localizar trescientos euros dentro de un presupuesto de decenas de miles. ¿Correcto?

–Necesito cuadrar las cuentas para que podamos autorizar las próximas partidas. Se necesita la firma de los dos. Yo no puedo firmar si no está todo correcto. Y los investigadores no pueden investigar si no cobran.

Quedaban tres horas para mi cita con Calvino. Cuando llevábamos medio archivador revisado sin éxito, cogí uno de los lápices, busqué una factura al azar, un viaje de Tomoko a la Universidad de Colorado, y en el apartado de gastos de transporte, bajo el capítulo de «Incidencias sin justificación/propinas», sumé trescientos euros.

–Ya puedes firmar.

Por debajo de la puerta comenzaba a entrar el olor a ensalada de apio y pimiento de mi secretaria. La señal de las once de la mañana. El olor picudo elevaba la temperatura del cuarto y se mezclaba con el sudor caducado de Puttkamer.

Bajó sus gafas cilíndricas hacia la factura, estiró el folio como si pudiese hacer saltar mi anotación y, sin volver a mirarme a los ojos, cerró de un golpe el archivador, apretó su Darth Vader de loza con la otra mano y salió dejando la puerta abierta.

–Los investigadores no trabajan sin cobayas. Es todo lo que necesitan, Puttkamer.

Al cerrar la puerta detrás de él, me pareció dejar al otro lado una nube de vinagre y vapor. Volví a mi escritorio y saqué el cuaderno donde hacía anotaciones para los grafitis. Preparaba entonces uno en el que el niño Samuel salía volando en globo de entre las patas de un caballo enfurecido, aunque Samuel sólo veía el caballo en un espejo, no existía en realidad. Con el lápiz que le había robado a Puttkamer delineé las pezuñas de la bestia.

La ansiedad, si está provocada por acontecimientos que no son una amenaza real, sino únicamente percibida, es patológica.

Debía tranquilizarme. Pilar pertenecía a mi lado y al de Matilda.

En la página opuesta del cuaderno tenía prendida con un clip una foto de Cartier-Bresson en la que unos hombres intentaban ver la coronación del rey Jorge VI en 1937 a través de espejos que elevan sobre la multitud. Bresson había plasmado esa imagen como una representación del pueblo dando la espalda al poder, del que sólo le interesaba su puesta en escena. Eso decía el pie de foto. Quizá Bresson la tomó sólo porque le hizo gracia. Las historias que no nos encajan se reescriben.

El sonido del móvil me devolvió a la realidad. Calvino acababa de aterrizar: nos veíamos media hora más tarde en la entrada del andén doce. Guardé el cuaderno, cerré la mesa con llave y pasé lo más rápido posible por delante de mi secretaria.

CAPÍTULO DIECIOCHO

No se me olvidarán los trenes uniformes, los enjambres grises de pasajeros, la luz aplastada contra el fondo traslúcido de la estación. Debía de haber ruido. En todas las estaciones del mundo, repican tacones, ruedan maletas y hay megafonía, incluso anunciando que no hay anuncios. Se cruzan conversaciones itinerantes y las juntas de los trenes rascan el hierro al frenar. Seguro que aquel día, en la estación central de Múnich, también. Pero pienso en mí tras la barandilla de aquella cafetería sobre las vías y lo recuerdo todo en *off*, sin sonido.

Es más. Creo que, a medida que pasaban los minutos y Calvino no aparecía, mi mente construyó un túnel de atención en el que prescindió de lo innecesario. La selección es un factor determinante en la memoria. Uno cree que las cosas fueron tal y como las recuerda, aunque también fueron de otra forma.

Por supuesto que no habría sido necesario esperar dos horas para darse cuenta de que Calvino nunca iba a venir. Y probablemente no pasaron tantos hombres alargados y angulosos como para que cien veces me pareciese reconocerlo. Sin embargo, yo recuerdo que, a medida que escudriñaba los andenes, el silencio aumentaba. Tenía calor, y mi mente se disparaba. Subía a través de una asfixiante atmósfera de posibles razones por las que Calvino no aparecería, arriba y más arriba. Y recuerdo que ahí dejé de sentir sólo vértigo y empecé a experimentar terror. Un terror diminuto e inconsciente. Una semilla entonces oscura, pegajosa e insignificante que luego desarrolló unas raíces voraces y constrictoras.

Primero pedí un café *macchiato* y un té *earl grey* para Calvino, anticipando que sería puntual. Me bebí los dos y, cuando me retiraron

las tazas, compré una botella de agua y un bocadillo de *Leberkäse* que no pensaba comerme. Apretaba los dados de coral con el puño cerrado dentro del bolsillo. Intenté durante unos minutos inventar historias luminosas para los viajeros grises que se cruzaban sobre los andenes. Con creciente desazón, llegué a veces a envidiar sus débiles vidas enanas.

Respiraba cada vez más corto, así que di largos sorbos a la botella hasta vaciarla. Me limpié la boca y las manos sudorosas con la servilleta, y repasé una vez más los mensajes en el teléfono. Llamé a mi secretaria con una disculpa tonta para verificar la red. Las sienes me palpitaban.

No sabía qué hacer. El número de Calvino no daba señal. Levantarme y desaparecer, a la espera de que se pudiese plantear otro encuentro, me abría un océano de dudas. ¿Por qué me dejaba plantado? ¿Podía fiarme de él? ¿Me dejaría también en la estacada si algo iba mal en la nueva misión? Y, sobre todo, ¿debía replantearme trabajar con él? Todas las expectativas a las que me había agarrado como un náufrago se desmoronaban, dejándome sin más recursos que yo mismo para afrontar una realidad asfixiante. Ciento veinticuatro minutos después de la cita prevista decidí marcharme.

Los investigadores intentamos conseguir que las neuronas se reproduzcan. Esto haría que enfermedades como el infarto cerebral, el alzhéimer o lesiones medulares fueran reparables. Pero, si las neuronas comenzasen a formar otras nuevas, el cerebro perdería también su capacidad de aprendizaje. Uno tendría que aprender continuamente a andar, a hablar, a distinguir la izquierda de la derecha. Y yo volvería hoy a ese momento germinal en el que me infecta el terror. Terror a que Calvino no llegue nunca, a poner en riesgo a mi familia y a perderme a mí.

Bajé las escaleras hacia el metro, agarrotado, clavando las uñas en la cinta negra de la escalera mecánica y escaneando a los viajeros a mi alrededor. Esperaba ver a Calvino en cualquier momento, quitándose un sombrero calado o unas gafas enormes.

El panel eléctrico anunciaba retraso por problemas con un vagón. Decidí quedarme de pie al principio del andén, donde aún se veía el

nudo de túneles y escaleras. La plataforma se fue llenando de aparatosas sillas de bebé, maletas con turistas colgando, mochilas escolares y bolsas. Hacía calor, y desde el suelo pringoso se levantaban olores de los que hacen pensar que los túneles ferroviarios del mundo son uno solo. A hierro mojado, moqueta, digestión y aliento atrofiado.

Generalmente, no soporto los retrasos, me alteran, pero imagino que ese día me parecía una forma involuntaria de expandir la posibilidad de que Calvino apareciese. Esperé de brazos cruzados a que el metro emergiese del túnel, y hasta el último pitido del cierre de puertas creí que Calvino podría colarse por cualquier fisura dentro del vagón, como un superhéroe en una viñeta.

Durante todo el camino, teoricé sobre cuál sería el siguiente paso; no sabía si cabrearme por el plantón o preocuparme por su ausencia. Llegué a casa exhausto, así que me alegré de que no hubiese nadie. Dejé las llaves y los dados en el frutero de la entrada. Me quité los zapatos, me lavé las manos y la cara, me miré al espejo y me peiné. Me lavé los dientes. Abrí el armario de las zapatillas con intención de ordenarlas, pero no conseguí concentrarme. Apagué la tetera hirviendo; en el fondo no me apetecía un té. Finalmente, me hundí en mitad del sofá y acepté que estaba desconcertado. Calvino era la puerta de salida frente a cuyo dintel me había quedado tantas veces desde Lampedusa, y ahora que me había decidido a cruzar no podía ser que no se abriese.

Encendí la tele, y me quedé mirando por un momento la natación sincronizada, semifinales de no sé qué torneo. Desde el sofá podía ver el escritorio de Matilda, sus lápices y cuadernos y un bote con un ramo de piruletas intactas. Me acerqué a coger una y, al recuperar el envoltorio del suelo, descubrí un papel doblado y pinzado entre el tablón de la mesa y la pata. Había otros cuatro. Eran notas de la profesora pidiendo entrevistarse con nosotros: Matilda había bajado mucho su rendimiento. También había un trozo de una foto de su equipo de natación en Madrid; se podía ver a Matilda, a otra niña y a un chico algo mayor. Pegada por detrás con celo había una tarjeta SIM de un teléfono.

En aquel momento me enfadé. Ahora, con perspectiva, lamento no haberme movido para ver lo que de ella se quedaba a oscuras. Tendría

que haberla observado mejor, disfrutado más.

De repente, la música de la natación se terminó, y llegaron las noticias. Comenzaron el telediario con los retrasos en el tren. Un hombre había muerto al caer a las vías en uno de los tramos centrales de la red, lo que había provocado la alteración del tráfico durante tres horas en varias líneas. Inmediatamente, probé el número de Calvino, pero de nuevo sin éxito. Volví a encender la tetera. Saqué los dados del bolsillo y los arrojé varias veces sobre la encimera de la cocina. Sólo salían números bajos. Sentí hambre.

En la nevera había queso, zanahorias, leche y huevos. En el frutero quedaba una manzana. Me la comí a grandes mordiscos mientras garabateaba con un boli sobre un recibo de supermercado. La tetera silbó. Miré el reloj. Matilda tendría que haber llegado de su entrenamiento hacía una hora. La bici no estaba fuera, y anochecía. El agua hirviendo me salpicó al echarla en la taza, e instintivamente me chupé la mano. No pensaba bebérmelo. Me cambié y salí a correr.

Regresé a casa cuarenta y seis minutos después, aún sin noticias de Calvino. Había rebajado mi tiempo en un minuto y medio. Matilda todavía no había llegado; Pilar, tampoco.

En la tele habían vuelto a la sincronizada. Abrí el portátil y busqué la noticia del metro en internet. El sudor de la carrera, resbalando hacia las sientes y las cejas, me molestaba y me goteaba desde la barbilla hasta el teclado. Saqué los dados del pantalón y los puse sobre la mesa.

Leí. Aún no se había hecho pública la identidad del fallecido, un hombre adulto, de raza blanca, alto y delgado, de pelo oscuro, según los testigos. Aparecían varias fotos. En la primera se veía el tren detenido a la entrada de la estación, con un grupo de curiosos detrás de la cinta policial. Cuatro operarios del servicio de urgencias, con uniforme rojo, estaban en las vías, uno de ellos agachado junto a la locomotora parada, extrayendo jirones; otro, en cuclillas, parecía tomar notas. En las vías, una sábana blanca tapaba el bulto de los restos del fallecido. En la foto siguiente, dos policías levantaban la cinta de seguridad para que los cuatro paramédicos de rojo sacaran la camilla con el cadáver.

Entonces algo captó mi atención. Amplié la foto. Los inmaculados zapatos afilados de Calvino asomaban fuera de la sábana. Cerré el portátil para tomar aire.

Primero pensé en el Calvino más humano, en el que iba conmigo en el avión de regreso de Lampedusa, hablándome de su hija y bromeando sobre la necesidad de mejorar los recuerdos que la cría tenía de él. Pensé en que esos recuerdos de repente tenían número finito. Luego regresé al Calvino profesional, a su vocación, a su vitalidad de mártir, voluntariamente pegándose la brasa a las costillas, clavándose las flechas en el costado en aras de un supuesto bien mayor y en lo absurdo de su momento final.

Comencé a imaginar qué lo habría llevado a hacerlo, y acabé dándole vueltas al quién. Alguien tenía que haber empujado a Calvino a las vías

El problema es que Calvino era un hilo y la madeja a la vez. No había de dónde tirar. Pensé en llamar al comisario Gerardo, pero llevaba años jubilado y no sabía hasta qué punto él querría saber.

Jugueteaba una y otra vez con los dados sobre la mesa, pero sólo me salían impares, sobre todo treses y unos. Decidí ducharme. Había una oscuridad profunda, y Matilda seguía sin llegar.

Tardé quince minutos bajo el agua y diez más en medir y recolocar las zapatillas. Lo sé porque eran casi las diez cuando oí a Matilda entrar. Fueron unos minutos larguísimos en los que tenía que hacer un auténtico esfuerzo por centrarme en los números del calibre y en el barro entre las brechas de las zapatillas para dejar de imaginarme que la sombra de Calvino podía alargarse hasta mí. Que alguien podía intentar hacerme daño a mí, personalmente o a través de Pilar y Matilda. Cuando escuché el girar de las llaves en la puerta, sentí el crujido que produce el hielo al ceder tras un tiempo glaciar.

–¡Matilda!

La apreté contra mí sin dejarla ni cerrar la puerta tras de sí.

–¿Pasa algo?

Miré sus inmensos ojos de mar gris.

–Sencillamente estoy muy contento de verte.

Dejó sus llaves junto a las mías y se descalzó.

–¿Y mamá?

–No ha llegado todavía. ¿Pedimos unas pizzas?

–Mejor no. No tengo hambre. Comí algo al salir del entrenamiento. Había un cumpleaños. Me voy a mi habitación.

La vi cruzar el salón. Me pareció tan mayor... A contraluz, me recordó a Pilar.

–Voy a ponerme música, así que si quieres algo llama fuerte a la puerta.

La vi quitarse la mochila y tirarla sobre la cama. Con la pierna, empujó la puerta.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Fue un martirio, como clavarse una a una cuarenta y ocho chinchetas en la palma de la mano, pero conseguí que pasaran dos días antes de hacer nada.

El primer impulso fue descuartizar mi recuerdo de Calvino y enterrarlo en el desván de la memoria bajo cualquier cosa que se me cruzara por la cabeza. Ojos que no sienten, corazón que no ve. Pero tenía que poner tanto esfuerzo para cubrir el recuerdo latiente con una manta de hiperactividad que, al segundo día, exhausto, me rendí. Llamar a la policía no era una opción; al consulado español, tampoco. ¿Cuál sería mi historia? ¿Quién era Calvino? ¿Cómo nos conocíamos? Tampoco lo consideraba necesario: alguien con conocimiento sobre su viaje lo habría echado en falta.

Sin embargo, tuve uno de esos impulsos que a veces tenemos los científicos, de esos que te llevan a cuestionar la premisa inicial «una sola vez más». A revisar la fórmula para estar seguros. A, en definitiva, tocar la llaga. A meter el dedo hasta que la pulpa de carne sangra.

Los dados repicaban contra la encimera de la cocina mientras esperaba a que respondiesen al teléfono.

–Pedro, ¿qué tal? Soy Lauro.

–¡Cuánto tiempo! ¿Puedo ayudarte en algo? Me acaban de entregar un cadáver y quieren resultados en dos horas.

–Pues mira, sí. Quería saber si...

Me quedé en blanco. Qué quería saber realmente.

–Si podría entrar en el depósito.

–¿Para pescar algo? Porque ya sabes que con tu carné de profesor tienes acceso.

–Eso es. Sin aparecer en el registro.

Le oía extraer líquidos con las jeringuillas. Sentí conos de formol en la nariz.

–A las siete. Te espero abajo, fuera. Entre las columnas, donde los ceniceros.

El hospital forense criminológico de Múnich está discretamente situado en los bajos de la fachada norte de un museo vanguardista. El edificio, el primero de carácter monumental que levantaron los nazis a modo de propaganda, tiene una grave fachada rectangular de piedra con veintidós columnas sobre una escalinata corrida. Tuve la sensación, mientras esperaba en los soportales, de estar entre los barrotes de un radiador.

Pedro había vivido ya en Alemania el tiempo suficiente como para morder la mano que lo alimentaba. Entre cadáveres era todo precisión y orden, pero, cuando tenía otro español cerca, ventilaba los filtros. Apagó el cigarrillo contra la pared de piedra y arrojó la colilla entre las columnas.

Empujó la puerta giratoria, yo lo seguí en la hoja siguiente. El eco de nuestros pasos llenó el vestíbulo del museo, una habitación gris y desproporcionada como el hueco de un ascensor gigante. Los faros de los coches a través del cristal agigantaban nuestras sombras sobre la pared.

Pedro colocó su tarjeta de plástico contra un lector electrónico. La puerta, estrecha y negra, disimulada tras el mostrador, hizo un ruido de pestillo al abrirse.

–Te han hecho una entrada como Dios manda, ya no tienes que ir por el parque.

–Más o menos. Esto lleva a la escalera de incendios. Luego todavía tenemos que cruzar hasta el otro lado por el sótano. Pero me ahorro dar la vuelta a la manzana.

Él caminaba delante. Las luces de los pasillos se iban encendiendo y apagando a nuestro paso. Había cuadros y bultos embalados apoyados contra la pared.

–¿Nunca has tenido la tentación de llevarte uno de estos cuadros para casa? Estoy seguro de que valen una pasta.

–¡Y dicen que los muertos son feos! Yo no tengo ni idea de arte, pero todo lo que hay en este museo es horrible. No sé cómo la gente paga por verlo, qué te voy a decir por tenerlo. Prefiero un estómago abierto antes que una de estas mierdas. Por lo menos me dice algo.

Volvió a poner la tarjeta en otro lector, esta vez el de una puerta de metal que dejó salir un olor a barniz reciente y a formol.

–Imagino que es algo relacionado con tus investigaciones. ¿Materia prima otra vez?

–Busco algo preciso en esta ocasión. Alguien que haya muerto de repente y no hace mucho. Cuarenta y ocho horas máximo. De muerte repentina, no por enfermedad.

–¿Por infarto o algo así?

–Mejor por accidente... De coche o así.

Alemania tiene uno de los índices de donación de cadáveres a la ciencia más alto de Europa. Está entreverado en su mentalidad, contribuir a la investigación. Y la soledad de sus viejos.

Pedro abrió la puerta de la cámara refrigerada como quien abre la nevera de su casa.

–A ver, ¿qué tenemos por aquí?

Me subí la cremallera del abrigo. La habitación tenía el aspecto de una catacumba. Apestaba a carne tratada, como las bandejas de pollo del supermercado. La bombilla incrustada en el techo creaba una luz cerosa bajo la que los cadáveres parecían esconderse molestos tras los plásticos. Podían pasar por crisálidas, cultivando una nueva vida, salvo por los pies, abiertos y distraídos.

Pedro daba la vuelta a las etiquetas que colgaban de las cremalleras. Leía los números escritos a boli. Yo lo imitaba, pero buscaba un bulto concreto. Al fondo, contra la pared, había uno más pequeño que los demás.

–Éste te valdría: accidente de moto antes de ayer. Muerte instantánea. Además, te ahorras trabajo, porque tiene el cráneo fracturado.

–¿Y aquél de allí?

–Aquél no puede ser, aún está bajo investigación policial.

Antes de que acabase la frase, yo había abierto la bolsa. Sentí la escarcha pegarse a las yemas de mis dedos.

Los ojos negros y puntiagudos de Calvino parecían abultarse bajo los párpados rosáceos. La nariz, más afilada que nunca, me recordó a la quilla de un barco. La piel azulada y brillante, ya sin sangre, le añadía una fragilidad inusual, como de hombre mayor. Faltaba el tórax y las piernas aparecían de repente, demasiado largas.

–Es el tío que se tiró al metro hace un par de días. Aún no saben quién es. Hasta dentro de una semana o así no te lo puedo dejar. Pero el de la moto está mejor, ¿no? Además, sobre ese pobre diablo, no te lo puedo decir con seguridad, pero creo que la parte que le falta estaba podrida. Cáncer de estómago, de páncreas o algo así. Quizá se tiró a la vía por eso... En fin...

–Morirse así, sin tripas.

–El corazón lo conserva. Y parte de los pulmones. Pero el resto no. Se lo dejó todo en las vías.

Pedro cerró la bolsa y dejó los pies de Calvino al descubierto. Me fijé en que eran triangulares, con el pulgar recortado y un gran dedo anular. Quizá por eso los zapatos de punta le resultaban cómodos.

–Entonces, ¿te quedas con el de la moto?

–Sí. ¿Me prestas una nevera?

–Todo tuyo. Te dejo trabajar. Tengo que vaciar los cubos.

Con una rodaja del bulbo raquídeo de Calvino en la caja térmica sobre mis rodillas, me senté en la parada del autobús frente al museo. No sabía qué haría con él, pero me pareció un pequeño homenaje, una reliquia.

Gracias a la memoria se tiene conciencia, y, porque hay conciencia, hay persona. La conciencia, la persona entonces, se produce por la sedimentación gradual y reelaboración de los recuerdos de uno mismo. Nos construimos a base de revisitarnos.

Uno es lo que recuerda, aunque a menudo esto sólo sean mentiras.

Quise pensar que, si ese trozo de cerebro contenía algo de memoria de Calvino, llevaba también su persona. Arropado en mis rodillas,

Calvino ya no estaba abandonado.

El móvil vibró suavemente en el bolsillo del abrigo. Agradecí la luz de la pantalla al otro lado del túnel mental en el que me había metido. Tenía cinco llamadas perdidas. Es verdad que en los bajos del museo no había cobertura. Recordé las quejas de Pedro. Una cada cinco minutos, un número terminado en tres cincos. No sabía si era una broma, un anuncio o una señal.

El símbolo del buzón de voz osciló.

–Cortázar. Llámame.

Lo escuché varias veces. Se oía mucha gente detrás, hablando y moviéndose, y era tan breve que dejaba un cielo abierto a la imaginación.

Cortázar era el jefe de Calvino. Lo había mencionado una vez, al bajarnos del avión en Madrid a la vuelta de Lampedusa, y se arrepintió inmediatamente, tan rápido que el nombre se me quedó grabado. «Y mañana, a ver a Cortázar y su libretita con gomita», había dicho Calvino, en referencia a anotaciones sobre «los próximos sacrificios para las deidades». «Borra lo que acabo de decir. No va contigo. No tienes por qué saberlo».

Le di a devolver la llamada.

–Lauro, soy Cortázar, compañero de Calvino.

Siempre me ha dado la sensación de que alguien que se presenta por su apellido intenta acaparar. «Este apellido es mío».

Me salió una voz de alambre, fina y torcida.

–¿Calvino?

–Sí, Calvino. Sé que no ha llegado a verte, y en su lugar iré yo.

Para mí todo lo referente a Calvino y al tipo de trabajo que habíamos desarrollado juntos era una catedral, y Cortázar mostraba intención de entrar dando voces y mascando chicle. No supe qué decir.

–¿Sigues ahí?

Su voz sonaba cuadrada, plana, como una grabación por megafonía en blanco y negro. Vi a lo lejos los faros del autobús acercándose a la parada.

–Sí.

–Voy en tren desde Viena. Te veo mañana a las siete de la mañana en la estación central. Hay un puesto de café antes de los andenes, debajo de la letra «G» de Grundig, el cartel publicitario. Me parece recordar que tiene un mostrador rojo, o rojo y blanco. Nos vemos allí. A las siete de la mañana.

–A las siete. En la estación. Debajo de la G.

El autobús estaría enfrente de mí en menos de un minuto. No quería subirme hablando con Cortázar.

–Sé puntual, Lauro. Tengo que coger un tren hacia Berlín a las siete y treinta y cinco.

El conductor se acercó con suavidad a la acera, y de un charco negro junto al bordillo salió una ola que me mojó la punta de los zapatos.

–A las siete.

Colgué, y las puertas del autobús se abrieron. Me senté cerca del conductor y puse a Calvino en mi regazo. El resto del autobús iba vacío.

CAPÍTULO VEINTE

Al día siguiente, entré en la estación de tren directamente desde la boca del metro. Aquel espacio inmenso, pese a los trenes mastodónticos, los pasajeros y el ruido, me pareció vacío. Intrascendente. Un paisaje acartonado al fondo del escenario en el cual iba a acontecer mi encuentro con el sucesor de Calvino.

Cortázar.

El *software* interiorizado de las convenciones sociales me permitió comportarme como una persona normal. Caminé hacia el cartel de Grundig, evitando dirigir la mirada hacia la terraza en la que había esperado a Calvino. Busqué el puesto bajo la gigantesca G azul. Me acerqué a la barra, un mostrador circular de plástico rojo con letras en blanco. Me desabroché el abrigo. Esperé mi turno. Pedí un *macchiato*. Incliné la cabeza en un gesto de gracias ante el dependiente, le di tres euros y le dije que se quedase con la vuelta. Acerqué la taza, soplé, sorbí. Rasgué el sobre de azúcar. Eché la mitad. Revolví. Volví a soplar y sorbí. Como un viajero más.

Por dentro, estaba a unas décimas de la implosión. Sentía responsabilidad, lealtad, tristeza, compasión, y todo ello ejercía una presión continua sobre mi persona, a punto de sucumbir en el hueco de una ola. Pero, a lo lejos, en alguna parte de mi cerebro, oía una leve campana de viento que me inyectaba curiosidad y me recordaba que sobreviviría a la caída. Que si terminaba ese café y la conversación con Cortázar podría controlar el caos.

Entonces lo vi. Apoyado al otro lado de la barra circular, me observaba desde lo alto de los cuellos negros de su guardapolvos, uno de esos enormes abrigos de tela que lo tapan todo. Tenía unos ojos

castaños grandes, amplios, suaves, como dos alas de mariposa que se abrían en torno a una nariz ancha y blanda. Las cejas, ya blancas, bajas y despeinadas, contrastaban con un pelo encerado que se curvaba como una pasta compacta desde lo alto de la frente hasta la nuca. Era un poco más bajo que yo, ancho pero delgado. Uno de esos hombres que llegan a los cincuenta y se instalan allí hasta los setenta.

Cuando vio que lo había descubierto, me hizo una pequeña reverencia con la cabeza. Cogí la taza con el plato y me acerqué a él.

–Lauro, encantado de conocerte personalmente. Sé que es un honor.

Le di la mano como un autómata. El *software* seguía trabajando.

–¿Por qué has venido a verme tú? ¿Dónde está Calvino?

–En tu casa, creo.

Se llevó la taza a la boca, yo creo que para ocultar lo que me pareció una sonrisa.

–Lauro, no te infravalores. O no pretendas que yo lo haga... Me dijo que tenías sentido del humor. Mira, él le habría encontrado gracia a que hoy nos hayamos encontrado en un punto G.

Señaló las letras gigantes del anuncio sobre los andenes. Al sonreír, el labio inferior le colgaba hacia fuera, como a los monarcas de los cuadros renacentistas.

Me bebí todo el café de un sorbo.

–Si tú sabes dónde está Calvino y yo sé dónde está Calvino, ¿para qué estamos aquí?

–Para que puedas continuar con tu trabajo.

A veces, me gustaría abrir directamente el cerebro de una persona viva, inmediatamente, en un momento determinado. Estudiarlo sin la intermediación de sensores. Ver dónde están sus neuronas, qué están haciendo, qué ocurre cuando piensa. Aprenderlo. Pero aún no es posible.

–Calvino no llegó a contarme nada. No acordamos nada. Y creo que no estoy dispuesto a nada. Lamento que puedas haber venido en balde. Porque, quiero decir, ¿qué pasa con Calvino? ¿Se cae, digamos, a un tren, tiene un accidente y ya está? ¿Qué hizo? ¿Cuál es la línea que

cruzó? ¿Y su familia...? ¿Es esto lo que le pasa a la gente que trabaja contigo?

–Tus preguntas son válidas para gente con una vida normal. Calvino no llevaba una vida normal, no estaba en una oficina de nueve a seis ni viajaba visitando clientes.

–Que yo sepa, tenía una hija, no sé si una mujer, lo cual es bastante normal.

–Calvino aprovechó su vida. Hasta el último rincón. Cumplió su misión indispensable.

Apoyé los codos sobre la barra, junté las manos y hundí la cabeza en ellas.

–No creo que Calvino se hubiera preocupado tanto por ti, Lauro. Ni que tú te estés preocupando tanto por Calvino realmente.

Apreté los labios.

–Lauro, sabes que tienes un poder inmenso. Que puedes cambiar vidas. Prácticamente crearlas, que muertos en vida sean lázaros en tus manos, se levanten de sus traumas y anden de nuevo. Y sólo tú, Lauro, sólo tú, hoy por hoy, puedes hacerlo. Otros están cerca, pero nadie tiene tu visión. ¿Y sabes por qué?

Lo miré fijamente; ahora me parecía más bajo.

–No es por lo mucho que sabes o lo que has investigado. Ni porque seas más inteligente o tengas mejores medios que los demás. No. No es el qué. Es el cómo.

Se inclinó hacia mí y apoyó la mano en la manga de mi abrigo, buscando complicidad.

–Es la prudencia, la penumbra, si quieres, en la que has trabajado hasta ahora la que te ha dado libertad para, disponiendo de unas condiciones óptimas, crear tu propio camino. Es ahí donde reside tu verdadero poder. Y yo quiero mantener eso.

Me llamó la atención cómo Cortázar hablaba sobre todo en primera persona.

–Esto es lo que quiero proponerte.

Sacó un cuaderno negro de puntas redondeadas y estiró la goma que sujetaba las tapas. La libreta se despanzurró, dejando al descubierto una

hoja con anotaciones irregulares en letra torturada y vertical. Aunque intenté leer algo, fue la contrahoja inmaculada la que me atrajo. ¿Qué sería lo siguiente?

De la tapa rígida del cuaderno desenganchó un portaminas rectangular negro, sacó punta y pareció apoyarse en él para leer. Subrayó una palabra y comenzó a hablar.

–Carita Ignazi. Vive en Bruselas.

–Todavía no he aceptado.

Me apretó con sus oscuras alas de mariposa hasta dejarme inmóvil, dudando de lo que había dicho.

–Lauro, tienes un don, un bien sobrenatural. Tú puedes cambiar el orden de tortura para cientos de personas asfixiadas por el trauma. Machacar sus pesadillas con puño de hierro, pulverizarlas como vasija de barro. Tú has sido el escogido para esto, el único mediador posible de la esperanza. Y el quid es que lo sabes, lo has experimentado, lo has vivido. No apartes de ti este cáliz. Hágase tu voluntad.

Busqué un sorbo de café en la taza vacía. Cortázar no dejaba de apretarme.

–Si ahora no eres tú, será otro un poco más tarde, Lauro. Y quizá no tan bien. Tener un don otorga muchos privilegios, pero te quita sólo uno: el de renunciar a él.

El camarero me retiró la taza. Cortázar recogió las alas y volvió a su cuaderno.

–Madame Ignazi vive, como te decía, en Bruselas, en una villa discreta del centro, donde atiende a clientes que buscan, digamos, un escape de su primera vida. Relajar la tensión que viene con el cargo. Allí acude la crema de la política europea y también algunos dignatarios de más lejos. Su único hijo tiene una enfermedad degenerativa. No hay nada que hacer, pero Madame Ignazi no pierde la esperanza. Quiere convertir en efectivo los bonos que los clientes han ido depositando en sus arcas en los últimos años. Está desesperada y es peligrosa.

Reajustó el portaminas, cerró el cuaderno y calzó la goma.

–Queremos que borres ciertos nombres de su memoria.

–¿Y por qué no directamente cargársela? Tiene que haber más burdeles en Bruselas.

–Madame Ignazi también cumple una misión, Lauro. No todas son tan elevadas como la tuya.

Miró el reloj y sacó una llave del abrigo.

–El resto de la información te espera aquí, en un sobre. Incluidos los tiempos y la forma en la que recibirás el dinero. Un millón. Espero tu llamada antes de doce horas para decirme cuándo.

Me pareció una llave demasiado anónima para semejante custodia. Taquilla setenta y siete.

–Una cosa más. ¿Guardas lo que borras?

Cogí el pedacito de metal y lo apreté junto a los dados en el bolsillo del pantalón.

–Aún es ininteligible. Queda automáticamente en el ordenador, pero por ahora es sólo residuo.

–Ésa es la llave que tienes que guardar bien.

Se metió el cuaderno debajo del guardapolvos, que entonces me pareció abultado como el de un buhonero, me ofreció una mano sacerdotal y, tras un apretón contundente, se dio la vuelta y se marchó hacia los andenes, como una barca. Me hizo pensar en el ferri estival que, al alejarse, permite que el invierno caiga sobre una isla. Mientras Cortázar caminaba entre pasajeros, se desprendió sobre mí de nuevo la ansiedad. «Guardar bien».

Consideré tirar la llave, dejarla allí mismo, sobre la barra del café. Sentarme en el asiento de atrás y dejar que mi vida transcurriera sin norte, improvisadamente. Ver crecer a Matilda, disfrutar más de Pilar, hacerla feliz. Envejecer en los tranquilos y ajardinados caminos intelectuales de Múnich.

Cuanto más los ayudase, más avanzaría, tendría más dinero, más libertad para experimentar. Pero, al mismo tiempo, yo sería un riesgo mayor. ¿Quién se encargaría de borrarme a mí? Imaginé a mi familia sola frente a unas vías con restos desparramados.

Intuí ya entonces que lo que yo hacía, en cierta forma, estaba escrito antes de mí y que renunciar a ello desde la conciencia, desde el

conocimiento, sería la mayor irresponsabilidad de mi vida y equivaldría a vivir esperando la muerte. A ser infraviviente.

Camino de casa en una bici alquilada, me descubrí imaginando lo que haría con el dinero. Cuando abrí la puerta, una nube de olor suave afloraba del balde de ropa húmeda. Pilar apareció por la puerta de la cocina.

–Ahora la tiendo. Estaba leyendo esto.

Tenía un papel entre las manos. Me acerqué y la abracé con fuerza.

–Es una carta de Patricia.

Supe que seguía leyendo a mi espalda.

CAPÍTULO VEINTIUNO

En Múnich tuvimos una cafetera Nesspreso de las primeras que salieron al mercado. Estaba anotada en la libretilla en la que Pilar apuntaba sus deseos para nuestra futura casa con jardín, y se la compré. Entonces costaban un dineral. Era negra y metálica, con esa forma típica de puerta de iglesia, y no se detenía automáticamente: el chorro de café seguía fluyendo hasta que apretabas un botón rojo. A Pilar solían quedarle aguados. Mis cafés estaban siempre en su punto.

El sonido de la cafetera me despertó. En algún momento había conseguido dormir. Sentía como si tuviese cera en los ojos.

–¿Qué hora es?

–Las seis y media. Me he desvelado. Aquí tienes, si quieres.

Tendría que prepararme otro café después. Bebí un par de sorbos insípidos.

Pilar se sentó delante de mí. Olía al jabón de la ducha y, bajo la coleta, los mechoncitos se le enroscaban mojados sobre la nuca. Se acercó la taza a los labios, como una bandera blanca.

–Ayer Helge canceló la comida. Me acerqué a Ramersdorf, compré algo en el indio y me lo llevé al cementerio que está justo detrás. ¿Sabes el que te digo?

Asentí.

–Me senté en un banco al sol. No había nadie, tanta paz... Sólo los cuervos y un hombre rastrillando hojas. Comí enfrente de una tumba familiar en la que acababan de enterrar a un chico de veintiocho años. Había unos mosquetones azules con su nombre grabado colgando de la cruz de madera. Se me ocurrió que debió de ser un alpinista que se despeñó o algo así.

–A lo mejor fue un accidente de coche o de moto. O tenía un cáncer grave. O coleccionaba mosquetones. A mí me gustaban mucho de pequeño, tenía...

–El chico tenía veintiocho años, se murió hace una semana..., y no me dio pena. Me lo imaginé feliz, en la montaña, haciendo lo que más le gustaba. Joven. Libre. Pleno.

–Truncado.

–Yo estoy hablando de una persona volcada en su pasión. Cumpliendo su sueño, aquello en lo que era mejor. Se murió escalando con veintiocho años, pero ¿tendría eso menos sentido que cincuenta años poniendo sellos o rellenando casillas?

El café de mi taza no sólo era desvaído, sino que estaba frío.

–A veces pienso, Lauro, que te arrepientes de algo. Que llevas una capa muy larga bajo la que ocultas una carta que lees de vez en cuando en algún desván de tu cabeza.

–¿A qué viene todo esto?

–A veces creo que esa capa te pesa demasiado. Y que te aleja de esta casa.

Por un infinitesimal instante pensé en hablar con ella, pero la razón me lo negó y volví a beber un sorbo del café aguado.

–No me hagas mucho caso, debe de ser también la proximidad de la operación.

Nos miramos. Quizás hubo ahí un último puente, un último mástil para atar las velas y enderezar nuestra relación, pero por alguna razón lo dejé quebrarse y hundirse. Y es lo malo de las oportunidades: que, cuando las dejas caer, como los mástiles, descienden al fondo y ya no tiene sentido rescatar, peritar, reconstruir. Cualquier segundo intento arranca desde la derrota.

–Tengo que ir a Bruselas mañana o pasado.

–A veces tengo *déjà-vous* interrumpidos, digamos. Siento como que he estado ahí, en ese sitio, con esa luz, haciendo lo mismo. Pero luego el pensamiento acaba en ti, y tú no estás, Lauro... He pensado de repente que quizá te echo de menos.

Una frase demasiado larga para ser verdad. Me levanté.

–Necesito otro café. Y una aspirina. Ando algo congestionado.

Ella se quedó sentada. Podía ser la misma chica de la facultad que me esperaba en la mesa de la cafetería, la misma que luego salía del piso que compartíamos Mario y yo, recogía su bolso del suelo del vestíbulo y movía la puerta con el pie al salir.

Tanto viento en las persianas desde entonces, tantas manchas en el mantel y bolas en los jerséis, y todo ello hacía que Pilar fuese la que era, mi único referente genuino, y que yo aún hoy siga enamorado de ella.

Quizá tendría que haberme arriesgado a conocerla de nuevo por primera vez.

El día resultó breve, encajonado entre dos noches. Llovía desordenadamente y era imposible cubrirse. Varias personas esperaban estoicamente la llegada del tranvía, encapotadas bajo paraguas y capuchas. Me bajé dos paradas antes de la universidad, y ya en el barrio de Haidhausen busqué uno de esos enormes patios de manzana escondidos.

Recuerdo que las paredes estaban pintadas de rosa y que la lluvia había creado barbas de humedad bajo los alféizares. Una hiedra lustrosa sobre el muro del fondo caía formando un flequillo de agua sobre la entrada de una carpintería. Olía a madera y a hojas de sierra mojadas.

Por alguna razón, mi cerebro ha almacenado todos esos detalles alrededor de la llamada de Cortázar. El cerebro no es pasivo a la hora de memorizar. Nuestra memoria, que no almacena imágenes aisladas, sino entornos, está totalmente marcada por el valor biológico de los recuerdos. El entorno de mi llamada a Cortázar está cargado de detalles.

El teléfono sonó una vez.

–¿Cortázar? Soy Lauro. Quiero dos. Dos millones de euros.

La lluvia abría cráteres sobre el serrín de la carpintería. Lo veo como si el tiempo se hubiera ralentizado; puedo recordar las gotas individuales horadando la alfombra dorada mientras esperaba la respuesta.

–Dos. *Ok*.

Me quedé mirando el móvil hasta que una niña que salía de uno de los portales levantando su paraguas de colores se detuvo delante de mí.

–Los móviles no se pueden mojar.

No recuerdo nada de las horas que vinieron después.

Aún no había amanecido cuando recibí en el teléfono las instrucciones concretas de Cortázar, incluido un código del vuelo a Bruselas para tres horas más tarde.

Pilar dormía hacia la ventana.

Le di un beso en el pelo e inspiré el aroma casi a canela que emanaba de ella.

–No te molesto. Duerme. Es temprano.

Me ajusté la correa del reloj. Ella se incorporó.

–Lauro, me voy a ir a Madrid con Matilda unos días antes de la operación.

De pie frente al armario abierto, seguí anudándome la corbata.

–¿Y el colegio? Tú estarás más a tu aire si Matilda se queda aquí.

–Ya.

Se volvió a tumbar. Apreté el nudo y sentí su mirada de desafío. Encarada, resistente y al mismo tiempo caída y dócil, como un alce herido aún invicto.

–A veces me pregunto si buscas cosas por las que discutir conmigo y apartarte. Y lo peor es que me siento culpable. Y no sé muy bien por qué, Lauro. No sé por qué.

–Tú no eres culpable de nada.

Permanecí de espaldas, en silencio, durante unos segundos.

Siempre que aparecía una de esas fosas entre nosotros, me era inevitable cuestionarme el corte que había realizado aquella noche de cuervos en El Espinar. Gran parte de los desórdenes psiquiátricos tienen que ver con la memoria, bien por su ausencia o por ser dolorosa. Me preocupaba que quedaran cicatrices vivas.

–Duerme. Es temprano.

Salí de la habitación.

Al subirme en el taxi, comenzó a llover. Pilar estaba en la ventana.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Bruselas. El auténtico París. Muchas de las cualidades que normalmente se asocian con esta ciudad pertenecen ya sólo a Bruselas. Las grandes cadenas y las marcas *gourmet* han descafeinado París. Los cafés con sillas de cabaré, las trastiendas sorprendentes, los mercadillos como trípticos de El Bosco, las fotos sepia sobreviven aquí gracias a que los recién llegados no lo consideran *instagrameable* y a que forman parte de las rutinas de los vecinos. Ven a Bruselas si quieres ir a París.

Las buhardillas altas de un lado de la calle rutilaban afiladas por el nuevo sol. Algunas sombras oscuras y abrigadas salían de los portales y buscaban refugio rápidamente en un café cercano o en el metro.

El taxi avanzaba ligero hacia el centro, aprovechando las venas aún libres del Quartier Royal. Le pedí que me dejara delante del Museo de Instrumentos Musicales, una de mis fachadas favoritas, y desde allí caminé hasta el café Le Perroquet, que era la única instrucción que me había dado Cortázar. A las nueve y media.

Fui uno de los primeros clientes ese día, y el camarero aún peinaba hacia abajo las patas de las sillas volteadas, dejando las mesas redondas al descubierto. Con un gesto de la cabeza, me indicó que me podía sentar junto al hombre barbudo que sorbía café a la izquierda de la entrada, atrapando el sol en la hoja del periódico. Las cosas se complicaban en Siria, y Rusia enviaba aviones.

–Capuchino. Grande.

–¿Y algo de comer? Hay un menú de *brunch*. Tiene ahí la carta.

Vi entonces sobre la mesa un pequeño librito de tela áspera granate, con las esquinas algo peladas ya y un loro naranja de ojos saltones

pintado en la portada. El menú de *brunch* terminaba a las doce, que era justo cuando empezaba el del almuerzo.

–Le saldrá más rentable si lo pide todo junto.

–Una pita de pollo. Sin mayonesa.

Los buenos *boy scouts* comen cuando pueden, duermen cuando pueden y mean cuando pueden.

Bajó la última silla y con un trapo blanco sacudió las migas de un banco tapizado con la misma tela granate que los menús.

–Entonces, ¿ya está abierta la cocina?

–Sí, señor Carter. La acabo de abrir ahora mismo.

–Pues yo quiero un huevo pasado por agua y ensalada de salchicha. Y otro cruasán.

Cuando el camarero desapareció tras unas puertas abatibles de espejo, se hizo un silencio que pareció molestarme sólo a mí. El señor Carter seguía leyendo por sus pequeñas gafas redondas de metal, tras las que se intuían unos ojos como alfileres. Su pañuelo de seda oscura se deslizó al suelo desde el respaldo de la silla. En ese momento, entraron dos chicas jóvenes con grandes bolsos de bandolera. Se sentaron directamente en la barra y saludaron al camarero por su nombre. Él se asomó sonriente y, sin preguntar, les preparó dos capuchinos. Aprovechó para servir el mío. Arrastré la taza sobre la mesa y dejé que el vaho caliente me acariciase la cara. Apenas había dormido. Sentía los párpados hinchados.

El intenso olor del pan caliente y el pollo frito me hizo abrir los ojos de nuevo. Tenía un hambre voraz. Cogí el pan ovalado y suave y, justo cuando me disponía, con la boca ensalivada, a dar el primer mordisco, lo vi. Casi me muerdo un dedo. Debajo de la pita había un papel, un *post-it* anónimo, corriente. Y con letra redonda, casi infantil, una nueva instrucción: «Ven a la plaza del Sablón. Ahora». Miré a las chicas; no sé por qué me parecía letra de niña, pero seguían hablando animadamente, ignorándome. El señor Carter tenía restos de huevo en la barba y, como oliendo mi extrañeza, levantó la nariz, se calzó de nuevo las gafas y me miró con desdén. Imposible que hubiese sido él. Me acerqué a la barra, donde el camarero rellenaba unos servilleteros de metal.

–He encontrado esta nota en mi pita. ¿Es suya?

La leyó.

–Se la habrá dejado alguien.

–¿En mi pita? Entre el pan y la servilleta de la cesta.

–Eso es imposible.

Hizo un gesto de aceptación, como quien oye a un niño decir que hay un elefante en el coche de atrás, y siguió rellenando servilleteros.

«Ahora».

–Quédese con la vuelta.

Sólo el señor Carter levantó la mirada para verme salir. Los coches traqueteaban encima de los adoquines de la calle Watteeu. Miré a izquierda y derecha tratando de orientarme de memoria. Siempre que he podido, sobre todo cuando estaba soltero, me he escapado a Bruselas con cualquier excusa. La conozco lo suficiente como para saber perderme. El Petit Sablon, una plaza cuadrada tan recargada de árboles, columnas, verjas y estatuas que casi es cúbica, no quedaba lejos. A la izquierda.

Entré por la verja de atrás, la de la parte norte. Las esculturas, todas de espaldas, parecían atender temas más importantes, y tuve la sensación de estar colándome. Rodeé la figura de los dos condes amigos que hay frente a la entrada y bajé por la escalera de la izquierda, dejando caer cada paso para hacerme notar.

No había nadie. Me senté en el primer banco frente al pequeño estanque ovalado. La imagen de los dos condes, con sus jubones, sus calzas y sus gorgueras de mosquetero, me pareció más alegre que nunca. No parecían intuir que acabarían decapitados por su primo, el rey de España. Aún sentía el sabor de la mayonesa en la boca, y mi estómago protestó por el hambre insatisfecha.

Entonces vi el móvil. Se iluminaba y vibraba sobre el banco de enfrente, como si fuese un latido.

Se paró. No sabía qué hacer. Me acerqué con pasos cortos alrededor del estanque, asegurándome que no había nadie más que pudiera reclamarlo. Cuando comenzó a vibrar otra vez, corrí hasta él. El número no estaba en la agenda.

–Lauro, me alegro de tu puntualidad. En este móvil lo tienes todo. Lo más importante, el calendario y la galería, ahí tienes las fotos para tu trabajo. Tira la SIM cuando cuelgue. Y no me llames a este número, no es mío. Yo te llamo mañana. Suerte.

–¿Y si algo va mal? ¿Y si me falta algo...? ¿Cortázar?

Había colgado. Quité la tarjeta del móvil y la pisé, hundiéndola en el suelo de tierra. Me guardé el aparato en el bolsillo e intuitivamente me puse a caminar con rapidez hacia la estación de tren del Mediodía, un sitio con mucha gente y muchas puertas.

Los techos curvos y oscuros y la multitud congregada en su interior me tranquilizaron. Tardé en encontrar un asiento que estuviera aislado y saqué el móvil. Abrí la agenda.

Tenía tres notas para el día de hoy. La primera, a las nueve y media de la mañana, decía «Egmont». La segunda, a las once, «Hoorn». La tercera, a las cinco, era lo que parecía una lista de códigos de billetes de avión. No había nada más en todo el calendario. Obviamente, las dos primeras no podían ser nombres de verdad: Egmont y Hoorn eran los dos condes rebeldes a España de la plaza del Sablón.

Volví a la pantalla de inicio y busqué alguna información más. El teléfono estaba prácticamente vacío. Había dos contactos, precisamente Egmont, con los teléfonos 50839814 y 4353500, y Hoorn, 50792966 y 4384273. Nada más. En todo el teléfono.

Probé a marcar. Ninguno de los números era válido. Las sienes me vibraban y sentía pinchazos bajo el párpado derecho. El estómago volvió a darme una señal de alarma.

Me acerqué a un puesto de café ambulante y pedí un expreso doble, un dónut de chocolate y una aspirina. Para esto último me remitió a la farmacia de la estación. Mientras esperaba a que el azúcar y la cafeína hicieran su efecto, encendí mi móvil personal. Justo entonces entró una llamada de Pilar.

–Matilda no encuentra su reloj de buceo, el que le regaló Mario. ¿Lo has visto? Se ha marchado toda cabreada esta mañana. Me gustaría llevárselo al entrenamiento. Y sobre todo que no lo haya perdido, que cuesta una pasta.

–Ni idea. Te refieres al reloj rojo de plástico, ¿no?

–Sí, el rojo. El que le trajo Mario la última vez. Tenía la esperanza de que lo hubieras visto por alguna parte. Ya no me queda dónde mirar. A veces pienso que en esta casa hay duendes. ¿Y Bruselas?

–Bruselas, ¿qué?

–Siempre dices que es una ciudad en la que te sientes bien. ¿La has encontrado como la recuerdas?

Apuré el sorbo de café.

–Sí, claro. Estupenda.

La cucharilla contra la taza llenó la pausa, demasiado larga.

–Lauro, cuando vuelvas tenemos que hablar.

–Siempre que no sea de los pájaros que Mario os mete en la cabeza, no tengo problema.

–Mario es tu hermano. Y Matilda, tu hija. Es normal que hablen. Y Madrid es su ciudad, de todas formas... Quizás es hora de volver a España.

–¿Qué quieres decir?

–No sé... Una nueva etapa, Lauro...

Chasqueé los labios con fastidio. Me vi en el espejo tras la barra del café, arrugado, con el pelo encrespado y áspero, ya tornasolado sobre la frente, la corbata sobada, la chaqueta cheposa bajo el cuello, inflándome.

–Ahora sin duda no es el momento de hablar de estas cosas.

–¡Pero es que nunca lo es!

Busqué la calma de los dados en mi bolsillo.

–Lo hablaremos, ¿vale? Cuando vuelva a casa, hablamos. Es verdad que yo creo que nos merecemos... estar mejor. Los tres, Matilda, tú y yo. Un nuevo comienzo. Eso es. Pero, al mismo tiempo, habría tanto que olvidar... No sé. Lo hablamos.

–Pero es que yo tampoco quiero olvidar, ¿sabes? Yo no estoy hablando de una *road movie* americana: nos subimos a un coche y, ¡hala!, escapamos de un sitio y empezamos de nuevo en otro. No, Lauro. Yo estoy hablando de la vida real. Yo no quiero olvidar, no quiero dejar atrás Madrid, nuestra familia, tú y yo, lo que hemos sido.

Incluso los errores. Yo quiero recordar, también los errores. Porque me pasaron a mí y yo soy la que soy. Pilar. No quiero ser otra. Quiero ser yo. Pero quiero un yo feliz.

Sentí cómo se le quebraba la voz. Me acaricié la corbata.

–No es el momento. Tengo que buscar aún la dirección de mi próxima reunión, tengo prisa.

Coloqué los dados entre los nudillos de la mano izquierda. Ella pareció recomponerse.

–¿No te ha funcionado tu cerebro de paloma para orientarte por Bruselas?

Pilar hacía referencia a una visita juntos años atrás, cuando me empeñé en llevarla andando a todas partes, incluso a veces por el camino más largo.

–De halcón, Pilar. De halcón. No de paloma.

Intenté cambiar el tono para hacerla sonreír.

–No me ha hecho falta nada, ni taxi ni GPS. Ni tan siguiera preguntar. He cogido el metro y he llegado andando. Nada, diez minutos máximo. Y como voy bien abriga... ¡Eso es! Perdona, Pilar. Tengo que dejarte. Un beso. Te llamo luego.

Colgué.

–¡Eso es! Cincuenta grados norte, cuatro grados este.

Coloqué los números telefónicos de Egmont como coordenadas de GPS. Daba exactamente el café Le Perroquet. A las nueve y media. A las once, según las coordenadas a las que correspondía el teléfono bajo el nombre de Hoorn, tenía que estar en Drevé de Lorraine, 27. Mansion Le Jardin de Madame Ignazi.

Salí de la estación hacia la parada de taxis y le di la dirección al conductor.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando me dio el cambio, el taxista guiñó uno de sus grandes ojos marrones. Se despidió con un acento paquistaní que no había mostrado al insultar a otros conductores en perfecto francés.

El número 27 de la Drève de Lorraine quedaba oculto tras un alto muro encorvado. Desde la verja se llamaba a un timbre que el taxista había encontrado bajo la hiedra. Luego habíamos circulado por una estrecha senda de grava drapeada por tilos hasta la escalinata de la mansión. Nada de lo que ocurría detrás de aquella fachada de color vainilla era perceptible. Se oían pájaros y una segadora lejana. Olía a chimenea y a tierra mojada.

Subí los cinco peldaños con la mochila al hombro y esperé a que el taxista diese la vuelta, me saludase una segunda vez y desapareciese bajo las hojas. Cuando estaba a punto de alzar la aldaba, una sirena de pechos puntiagudos, abrieron la puerta.

–Imagino que viene de parte de Cortázar.

La señora, alta, recta, pasados los cincuenta, con el pelo en una trenza deshilachada y canosa y vestida con ropa deportiva rosa, parecía más una profesora de yoga que una *madame*. Me la había imaginado maquillada, entrada en kilos, con senos abundantes y bien apuntalados, un escote enjoyado y el pelo fosco y teñido.

Me ofreció una mano fría y cuidada, de uñas redondas y blancas.

–Soy Carita Ignazi. Pero prefiero que en este caso nos dejemos de formalismos, así que Carita, por favor.

En esta parte de mi trabajo, la proximidad refuerza la eficacia siempre que se sepa optimizar.

Al cerrar, Madame Ignazi giró un grueso pomo dorado mientras sonreía y buscaba mis ojos. La alfombra burdeos silenció mis pasos. Una lámpara ámbar sobre una mesa semicircular rasgaba la penumbra y realzaba el cuadro sobre la pared, una mezcla de ocres deslabazados que bien podría haber firmado Tàpies o un niño de seis años. Sonaba música de piano.

Todo favorecía el borrado del cuándo y el dónde: podía ser cualquier casa burguesa del mundo en un ambiguo momento del día.

–Puedo guardarle la chaqueta y la mochila, si quiere.

–La mochila no, gracias.

Saqué los dados de coral de su cremallera interior y me los metí en el bolsillo del pantalón.

Había cuatro puertas en semicírculo de madera densa y encerada. Una estaba entreabierta. Al otro lado se veían unos silloncitos de tela carmesí en torno a una mesa baja. La luz interior era cremosa, los cortinajes cubrían las ventanas de doble hoja.

Madame Ignazi abrió otra de las puertas, más estrecha. Vi cómo colgaba mi chaqueta con delicadeza de una percha de madera y luego ésta de una barra. Había al menos otras tres prendas dentro.

–¿Café, té?

Lo que fuese más eficaz.

–Café, gracias. Con leche, a ser posible.

Escuché pasos cortos en el piso de arriba.

–Será mejor que pasemos a mi despacho. Cortázar me dijo que es usted una persona ocupada y que no dispone de mucho tiempo. En estos días que corren estoy segura de que tiene usted muchos... clientes. ¿Estoy usando la palabra correcta? ¿O es mejor «pacientes»?

–Bueno, depende.

No sabía qué le había contado Cortázar. ¿Se iba a someter voluntariamente a que le borrase la memoria?

Abrió otra puerta, una que daba a un segundo vestíbulo, a su vez con tres salidas, y la seguí. Subimos por una escalera de servicio, en madera blanca y de dos tramos. Al girar sobre el descansillo, la posición de superioridad que le daban los escalones pareció darle confianza.

–Tiene que saber, Lauro, que mis expectativas hacia terapeutas como usted son bajas y que sólo he aceptado ante la insistencia de Cortázar.

Así que yo era un terapeuta.

Sacó un pequeño manojo y metió un llavín con cabeza de trébol en la cerradura de una puerta disimulada bajo el papel de la pared al final de la escalera.

–Pero Albert es todo lo que me importa en este mundo. Haría cualquier cosa por él.

La puerta se atascó levemente. Empujó. Era más fuerte de lo que aparentaba.

–Cualquier cosa.

–¿Albert?

–Mi hijo. No sé si Cortázar le ha dicho su nombre.

Anduvo hasta el fondo de la habitación y deslizó un panel corredizo.

–Un café con leche y un té, por favor.

Añadí siete minutos a mis cálculos mentales para obtener el resultado deseado.

La hoja de madera volvió a encajar sobre la aldabilla del marco. Localicé el cerrojo que la bloqueaba.

El despacho de Madame Ignazi podría haber sido el de cualquier directivo bien remunerado: amplio, con dos mesas colocadas perpendicularmente, una con un ordenador y otra con dos butacas de cuero verde en frente. Sobre la mesa principal, de caoba con incrustaciones doradas en forma de concha en los vértices, había un portafirmas negro del que sobresalían unos folios color marfil, una estilográfica de ágatas, un pisapapeles de esos en los que nieva dentro, un tapete de escritorio o vade y un vaciabolsillos de cuero a juego con varios clips y una barra de labios. Detrás, un armario de estilo japonés con las puertas entreabiertas.

A la derecha, un sofá fucsia reinaba sobre una lanuda alfombra negra. A ambos lados de la ventana, había ánforas de azabache de un metro de altura con flores blancas dentro. Gardenias, quizá.

Madame Ignazi sacó un abrecartas de marfil de debajo del vade y comenzó a hablar sujetándolo entre las manos.

–Mi objetivo principal es reducir el dolor de Albert. He encontrado a un médico, alemán precisamente, que lo está tratando con una terapia alternativa, con tierra y barro, y parece estar dando resultado. Pero aún sufre dolores de cabeza, y ese doctor admite que es conveniente calmar su sufrimiento para que su cuerpo se concentre en luchar contra el cáncer y no diluir su, digamos, energía.

Hice lo posible por aparentar conocimiento, asintiendo con los labios apretados. La puerta corredera volvió a abrirse y apareció una mujer igual que Madame Ignazi, pero algo más desgastada y vestida con un traje pantalón negro.

–Gracias, Margot. Que no nos moleste nadie. Yo te aviso cuando terminemos.

Necesitaba crear un ambiente más distendido.

En cuanto sonó el clic de la aldabilla, Madame Ignazi se concentró en la taza esmaltada.

–Siga, cuénteme más... Quizá deberíamos tutearnos, si desea que la llame Carita.

–Madame Ignazi es para mí un nombre de trabajo, y para usted soy Carita, pero no estoy acostumbrada a tutearme con extraños, lo siento. Espero que no sea un problema.

Los animales más frágiles desarrollan las corazas más duras. Bajo costras de pus reseco tras años cuidando las úlceras por las que estallan los poderosos, era difícil imaginar un lado tierno de Madame Ignazi. Me pareció una construcción neurológica trabajada y bella.

–¿Tiene algún álbum de fotos de Albert para que pueda familiarizarme con él?

Me pareció una apuesta segura.

–He preparado unas cuantas.

Se volvió hacia el ordenador, momento que aproveché para verter el tranquilizante en su taza.

–Es un niño muy guapo, véalo usted mismo.

Giró la pantalla hacia mí, y un carrusel de fotos, escenas en parques, con un mastín, caballos, en una playa, con múltiples peluches, comenzó a pasar delante de nuestros ojos.

Bebió el té con intensidad, y lo agradecí. Las fotos del niño, que a medida que crecía se hacía más enjuto, con los ojos más grandes y saltones, claramente más enfermo, empezaban a ponerme nervioso. Los muñecos y los columpios dieron paso a habitaciones de hospital y camas elevadas. Debía de tener ahora unos cinco años. Ni rastro del perro ya.

–Albert lo espera en su habitación. Margot lo acompañará.

Tomó un largo sorbo. Calculé que estaba a punto de pasar.

–¿Tiene alguna pregunta para mí?

Preparé el cronómetro en mi reloj.

–¿Cuándo se le detectó el cáncer exactamente?

–Cuando tenía seis años.

–Entonces, ¿cuántos tiene ahora?

–Pensaba que estaría usted mejor informado. Nueve, tiene nueve años. Me dijeron que no llegaría a los siete... Se puede imaginar usted que desconfíe mucho ya a estas alturas de la medicina tradicional. Para empezar, Albert es un niño milagro, yo no era una jovencita cuando nació... ¿Algo más? Si no, tengo un largo día por delante. Además, me encuentro... cansada.

Bebió un último trago y dejó la taza torpemente sobre el portafirmas. Hizo un cuenco entrecruzando los dedos y, con los codos sobre la mesa, cerró los ojos y apoyó la cabeza. Un segundo después, estaba dormida.

Activé el cronómetro.

Eché el cerrojo de la puerta corredera y, tras sacarle las llaves del bolsillo, cerré el acceso desde la escalera. La tumbé sobre la alfombra, le quité los zapatos, cogí un cojín redondo del sofá y se lo puse bajo la cabeza. Su cuerpo, leve y estricto, como el de un muñeco de madera articulado, se dejó colocar.

Acerqué el vaciabolsillos y coloqué en él los dados. Saqué el material de mi mochila y comencé a trabajar. No me fue difícil encontrar el correcto nivel de sedación. En cuanto fue incapaz de contar los puntos blancos, la situé en la intensidad de conciencia necesaria para que reconociese los rostros en las fotos que Cortázar me había enviado.

Poco a poco, como quien extrae de la piel las púas de una planta, borré los segmentos necesarios. Las imágenes del móvil eran quince. Ella los llamaba a todos por su nombre de pila. Había reyes, primeros ministros, un comisario europeo, tres empresarios, dos actrices, dos presidentes y una princesa muy joven que yo nunca hubiera situado entre la clientela de Madame Ignazi. Las escenas en la memoria de la mujer eran múltiples, y en la pantalla de mi portátil se encendieron una constelación de luces que requerían mi atención.

Mientras el cerebro de Madame Ignazi se abría y cicatrizaba, busqué en el ordenador de la mesa la página web que Cortázar me había indicado e hice clic en el botón de descarga. Al cabo de pocos segundos, la pantalla titiló y se colapsó, quedándose en negro. Entonces el ordenador se reinició y volvió a la misma pantalla de escritorio que tenía inicialmente, aunque faltaban gran parte de las carpetas de la parte izquierda. Un pitido del portátil me indicó que el proceso de borrado había terminado. Madame Ignazi protestó.

–¿No puede ser más cuidadoso? En esta casa no nos gusta el ruido.

–Tranquila, Carita. Ya hemos terminado. Duerma un poco ahora.

Aumenté la sedación, retiré los sensores, recogí mis cosas y la dejé sobre el sofá fucsia.

Bajé por la escalera y, sobre mis pasos, llegué al recibidor principal. De repente, cuando salía del ropero con la chaqueta puesta, apareció Margot.

–Puede hacer uso de nuestro servicio de limusinas. Hay una a la puerta.

–No es necesario.

–Es algo estándar en esta casa.

Con las manos entrelazadas y apretadas contra el abdomen, Margot no hizo ningún gesto humano más allá de hablar.

–Por favor, utilícelo.

Me colgué la mochila y salí. No había cerrado aún la puerta cuando un coche amplio y azul marino, creo que era un Cadillac, con los cristales oscuros se paró al pie de la escalinata. La portezuela se abrió sola, como por resorte. Me subí, y el conductor, al otro lado de una

mampara ahumada, arrancó hacia la verja principal. Cuando estábamos fuera me preguntó el destino por un interfono.

–Al aeropuerto, por favor.

Dejé la mochila a mis pies y me apoyé sobre el reposacabezas. Sentí la satisfacción del trabajo bien hecho.

Al llegar al aeropuerto, le pedí al conductor que me dejase en la terminal transcontinental y cogí un autobús hasta la salida de vuelos europeos. Probé los códigos de billetes de avión hacia Múnich que había anotados en el móvil de Cortázar: uno no había salido aún. Una vez pasado el control de seguridad, me metí en un baño de señoras, desmonté todos los componentes que pude del móvil y los repartí entre los contenedores de compresas y las papeleras de dos cafeterías.

Me compré un café y un sándwich, y busqué un sitio frente a los ventanales cerca de la puerta de embarque. Se había levantado viento y la lluvia se estrellaba contra los cristales. Los aviones aterrizaban como gorriones ateridos. Respiré hondo. Presagié algo así como el inicio de un orden. Supe luego por Cortázar que cuando Carita se despertó no reconoció a su hijo, y aún hoy considero aquélla una obra maestra, uno de mis mejores trabajos. Madame Ignazi siguió regentando su mansión con naturalidad, y Albert murió tres meses después sin tener que someterse al vudú de más sacaperras. Su madre hizo que lo enterrasen en el panteón familiar y encargó a Margot que hubiera flores siempre. Gardenias, creo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

¡Aaah! ¡Tan dulce!

Le pasa a todo el mundo. Salvo una lesión física que queme los puentes, nada hay más embriagador que cierto olor. El cerebro se desdobla y estás aquí y allí, en este y en otro momento al mismo tiempo. Aquella crema de sol de Pilar, Balsasun, Balansun, o algo así se llamaba, un bote alargado, amarillo limón, con una tortuguita naranja... Todavía puedo olerla. La rememoro y casi toco las briznas de hierba alrededor de la toalla con las yemas de los dedos mientras oigo el agua que Matilda corta al nadar y percibo el calor de Pilar tumbada bocabajo a mi lado.

Casi siento la suavidad del pelo de Pilar cuando inclinó su cabeza hacia la mía para la foto en el Jardín Inglés que nos hizo Mario. Hacía un sol tremendo, y Pilar ese día nos untó a todos, aunque esa foto salió borrosa y sólo la de Mario con las chicas acabó en la puerta de la nevera. Recuerdo ese aroma dulce, pese al constante olor de mar burdo que ahora me rodea; y ese aroma es la luz que me lleva hasta la estrella que ardió hace tiempo.

El tiempo. Nada obsesiona más al hombre. Lo convierte en oro, lo intenta ganar, acelerar, detener, ahorrar, medir, revivir... Segundos, décimas, centésimas, milésimas trocean inútilmente lo indivisible, lo realmente inmensurable. ¿Hay algo más relativo que el tiempo, su percepción? Hablamos de hechos: fue ayer, es mañana, duró tres días, ocurre dentro de dos horas... Pero priorizamos la invención, lo que nosotros inventamos. Porque la invención corrobora y expresa a la perfección nuestros deseos, nuestros odios y temores. Los minutos parecen horas hasta que el niño ajeno en el avión deja de llorar y las

últimas semanas felices que hemos vivido al lado de un ser querido se funden en minutos.

Cuando abandoné Bruselas, tenía la sensación de haber pasado allí un tiempo suficiente como para volver a Múnich con un nuevo estado mental, en control. Pilar se marchó dos días después a Madrid para su operación estética y se llevó a Matilda. Me dejó los vuelos prendidos con un imán cerca de aquella foto.

Ellas pasaron tres semanas en Madrid. La operación salió bien y hablamos brevemente cada dos o tres días. Pilar me comentaba la mejora de sus dolores y el progreso a la hora de vestirse sola o coger peso, y Matilda, sus descubrimientos con Mario de cafés y tiendas que en el fondo debía haber visitado por primera vez conmigo. Me las imaginaba a las dos cobijadas bajo la manta de mi hermano.

La soledad del apartamento y la anticipación del dinero que enviaría Cortázar contribuyeron a crear a mi alrededor una sensación de irrealidad, como de domo de nieve. En vez de copos, un sol tenaz resecaba los árboles cansados y las hojas laceradas caían prematuramente como escamas. Múnich estaba empaquetado en un verano herbicida. Las amplias praderas del Jardín Inglés y el Isar mostraban una felicidad miniaturizada, en la que estudiantes ociosos, rentistas con perro, *runners* y adonis jubilados conspiraban contra lo inevitable: la futilidad, finitud y medianía de sus vidas. Los cuervos del cementerio sobrevolaban la cúpula de cristal.

Ante la proximidad de las vacaciones de mayo y el receso de los estudiantes hasta los exámenes de julio, me concentré en tareas pendientes en Memory Lab. Conseguí sacar adelante revisiones de procesos administrativos que me aburrían y lastraban nuestro avance científico oficial. Se requería mi firma para muchos de los trámites burocráticos que legalizaban nuestros progresos, y yo necesitaba traducción para casi toda aquella documentación alemana.

Varios días después, encerrado en la oficina, comiendo pasas, manzanas y galletas saladas y saliendo sólo para dormir y correr, Tomoko me llamó a su despacho. Yo esperaba buenas noticias, al menos una palmadita en la espalda.

–El consejo ha vuelto a rechazar el nivel tres. No lo consideran necesario.

Esa categoría permitía la investigación en seres humanos.

–No lo entiendo... ¡No lo entiendo!

Me levanté hacia la ventana buscando respirar mejor.

–Lauro, no te aceleres, ya sabes que...

–No están interesados en que nosotros seamos los primeros.

–No es eso, Lauro. No creo que nadie esté tan cerca como nosotros.

–Saben que podemos, que estamos a las puertas. Pero quieren que lleguemos todos a la vez. Que abramos el cofre todos a la vez.

–En psicología experimental y neurociencia nadie sabe tanto como para...

–Seguro que están hablando con los suecos, como el año pasado.

–Nadie, Lauro, nadie sabe tanto como nosotros sobre cómo el cerebro humano selecciona, ordena y guarda la información. Nadie tanto como tú... En todo lo que se publica sobre biología molecular, estoy segura, nadie está tan cerca como nosotros de desenterrar la llave, del sentimiento o del conocimiento, me da igual. Nadie. Somos los primeros, tú eres el primero. Sólo tú.

Me mantuve de cara a la luz.

–Eso es.

–Pero tienes que entender que esto es algo grande. Algo muy grande. Estamos hablando de la biología de la conciencia. De resolver la ecuación de la subjetividad, el claustro más interno de la persona. Tiene que haber supervisión, Lauro. El debate no es sólo científico. Hay que reflexionar sobre las consecuencias sociales..., incluso religiosas. Estamos hablando de la mente, la conciencia... ¡El alma!

De repente, me vino a la mente la imagen de Calvino en su butaca blanca y dorada sobre el basurero.

–Los problemas son inmutables, las soluciones son las que varían.

–No estoy segura de entenderte.

Me di la vuelta hacia ella.

–No están pensando si entrar o no. Están buscando otra forma de hacerlo.

Tanteé la mirada de Tomoko, sus ojos reducidos a un fino guion.

–Conocen las notas, intuyen el compás, pero les falta el ritmo. Sólo quieren más tiempo para interpretar la partitura y luego reescribirla. ¿Lo entiendes, Tomoko?

Me acerqué a su mesa.

–Hay personas que no pueden percibir el compás de la música que suena. Oyen sonidos inconexos, la melodía no logra articularse. Pero, si descubriesen el compás y el ritmo, la música se engranaría en su cerebro y tomaría sentido... Son conscientes del valor de lo que pretendemos.

–No te entiendo. Pero, Lauro, escucha: no podemos seguir. Sería un delito grave.

La implicación vital de Tomoko en el proyecto tenía una densidad menor a la mía y las distintas alturas de gravitación comenzaban a cristalizar.

–Eso es, Tomoko. Un delito grave.

–¡Lauro! ¡Vuelve aquí! ¿Qué vas a hacer? ¡Lauro!

Volví a mirarla antes de cerrar la puerta.

–Nada que no haya hecho hasta ahora, Tomoko.

–¡Confío en ti! Todo nuestro dinero y nuestro futuro está aquí... Ahora tengo una reunión con unos inversores rusos. Pero, Lauro, nos vemos luego, ¿quieres?

–Tengo clase en quince minutos.

Cuando salí de la facultad tres horas más tarde, acartonado por la calefacción, el aire gastado del aula y una lección gruesa y pesada sobre el envejecimiento neuronal, el frío nocturno me pareció agradable. Caminé hasta el mercadillo artesanal de Haidhausen, donde me paré a tomar una cerveza y un bocadillo de jamón y pepinillos. Los puestos, sobrecargados de todo tipo de objetos, a veces bellos, pero en su mayoría prescindibles, me devolvieron a lo que acababa de explicar en clase sobre la memoria, que ordena lo que nos pasa en un aparente mundo coherente para dar sentido a nuestra vida. Las bolas de cristal clasificadas por colores, los pueblecitos de madera con su iglesia y su escuela, las estrellas, las lunas y los abetos ordenados por tamaño. Una ilusión de control, de posibilidad de hacerlo bien. De esperanza.

Pero la memoria no supone orden, no supone control, no es fiable. Los añicos de las bolas de cristal estrelladas contra el suelo se barren y no pasa nada. Yo lo sé. Yo lo puedo hacer. Ya.

El cielo, la disposición de los astros y los planetas nos parece inamovible. La arquitectura del espacio marca nuestro norte y nuestro sur, nuestro este y nuestro oeste. Un hombre vivirá mil años, y cada uno de sus días se levantará para ver salir el sol por oriente y desaparecer por poniente. La oscuridad más profunda de la noche anuncia la llegada del día.

Sin embargo, si fuésemos capaces de mover la Tierra dentro de la Vía Láctea, la oscuridad podría durar años. El cielo sería distinto. Veríamos otras cosas, otros soles y otras lunas, cosas del futuro y del pasado, cuando nuestro sol aún no existía o cuando no existirá más. Es cuestión de atreverse a cambiar de perspectiva.

Atreverse.

Al llegar a casa, me alegró la paz de estar solo. Matilda y Pilar permanecerían en Madrid hasta el viernes. El piso estaba recogido, y a duras penas había rastros de mi presencia en la cocina, en el baño o en el salón. Siempre he sido muy ordenado.

Salí a correr tranquilo, por el placer del esfuerzo. Pasé por el túnel del Ángel de la Paz y me fijé en que habían modificado los grafiti. Alguien estaba haciendo un buen trabajo de perspectiva con las columnas. Se veían distintas escenas dependiendo de en qué dirección cruzaras el túnel. Disfruté del oxígeno frío, de la sangre bombeando cuesta arriba, del río pedroso, del barro duro y crujiente. Cuando llegué a casa tenía un mensaje de Matilda en el móvil.

Activé la cámara.

CAPÍTULO VEINTICINCO

–¿Qué tal, Matilda? Perdona la manzana, necesito comer algo.

–Bien. Aquí, con Mario, viendo una peli. Hoy he ido a entrenar. Bueno, a nadar.

Llevaba el pelo en una suave coleta que le caía sobre el tirante rosa del hombro.

–¿Entrenar o nadar?

–He estado nadando con el equipo del club que dijo Mario, el Canoe... Él conoce al entrenador. Pero, para entrenar con ellos, tendría que vivir aquí. *Empadrarme*.

Arranqué media manzana de un mordisco. Podía sentir la mirada de Mario por detrás.

–Empadronarte, te habrán dicho. ¿Y mamá?

–Durmiendo. Hoy ya hemos salido a la calle. Está muy recuperada. Tú la ves y no notas nada. Ya sabes lo que quiero decir. Las tetas sí se le notan... Lo que pasa es que no duerme bien por la noche y se echa siestas. Mañana vamos a ir a comprar ropa juntas, necesita nuevos sujetadores y cosas así. Nos lleva Mario a un *outlet*. ¿Quieres hablar con Mario?

No me apetecía nada. Roí la manzana.

–Sí, claro. Que se ponga. Por qué no.

Asomó sonriente por una esquina de la pantalla, con su pesada tenaza sobre la espalda blanca de Matilda. Llevaba una camiseta gris de manga corta, y en el brazo se podía ver el tatuaje negro de un sol naciente, casi no me acordaba de él. Tenía unos bíceps tremendos y se había afeitado el pecho. Si no, mucho pelo negro habría asomado por el amplio escote

de esa camiseta. Estaba guapo, se le veía feliz. Un padre de familia feliz. De mi familia.

–¿Qué tal, Mario? Hace calor, ¿no? Tú, en manga corta; Matilda, en tirantes...

–Es por Pilar, no queremos poner el aire.

Busqué otro mordisco en la fruta.

–Va bien, Lauro. De la operación va bien. Pero quería comentarte...

Bajó la voz.

–Quizás es por los medicamentos del postoperatorio, pero Pilar ha estado llorando. No ha querido contarme mucho, pero yo creo que cuando vuelva a Múnich tenéis que hablar. Me preocupa. Ya sabes que yo os quiero mucho a los dos. A los tres. Sois...

–Sí, lo sé: tu familia.

–No me quiero entrometer, Lauro. De verdad..., que sepas que estoy aquí para ayudar.

–Sí, sí. Lo sé. Como con lo del Canoe de Matilda y lo de sus estudios en Madrid.

–Lauro, yo sólo quiero...

–Sí, ayudar. Su felicidad, etcétera... He tenido un día largo. Prefiero no hablar del tema.

–Como quieras... –Se estiró hacia detrás de la pantalla–. ¡Pero mira lo que tengo aquí! A Pilar le hizo una ilusión tremenda. Lo habíais dejado en el trastero.

Mario sostenía con las dos manos el gran cuerno de ciervo plateado con el que había llegado a amenazarlo en la cocina de mi casa de Madrid. Lo levantó un poco más. El sol naciente tatuado sobre su bíceps se hinchó como una yema negra.

–Tendrías que invertir más en arte y menos en ciencia. Esta escultora es ahora famosa. Vive en California. Hapi la vio en no sé qué red social. Ed Sheeran, el cantante, ha empezado a coleccionar su obra, y ahora es rica.

Odiaba que no la llamase Matilda.

–Arte... Me cuesta entenderlo. Más allá de su valor terapéutico, claro.

–¿A qué te refieres?

Bajó el cuerno sobre la mesa, y su cámara tembló un momento.

–Curar es el valor fundamental del arte. El hombre hace y consume arte porque le permite respirar, lo salva de algo, de su entorno, de lo que es o de lo que nunca llegará a ser, de la felicidad inalcanzada, de todos los demonios que él mismo se crea.

Chupé la cápsula de las pepitas y lancé el corazón agotado de la manzana al cubo de basura. Fallé.

–Es para lo único que sirve el arte. Mario, cuida de mis chicas. Voy a ducharme, me estoy quedando frío.

–Te llamamos antes del viernes, para darte los datos del vuelo.

Cerré el portátil, recogí del suelo la canasta fallida y me fui a duchar.

Todos los procesos mentales son biológicos y dependen de moléculas orgánicas y procesos celulares que ocurren dentro de nuestra cabeza, recordé. También el amor y los celos.

Justo antes de abrir el grifo sonó el timbre de la puerta. Normalmente lo habría ignorado, no esperaba a nadie. Pero volvieron a insistir, y oí una voz a través de la puerta.

–Amazon.

No había comprado nada. Me volví a vestir y salí a abrir.

Era una caja cuadrada, como de unas botas. Parecía ropa, pero pesaba mucho. Iba a mi nombre. Sentí el sudor frío varado sobre el cuello y las cejas. La dejé sobre la mesa de la cocina y regresé a la ducha.

El agua caliente me dio hambre. Pelé unos tomates y herví un par de huevos. Con los dedos aún calientes después de descascarillarlos, abrí la caja. La cinta de embalar se despegó con facilidad; olía a cartón fresco, había sido empaquetada hacía poco. Las tapas cedieron a la mínima presión. Parecía mentira que un envoltorio tan sencillo pudiese proteger tanto dinero. Había cuatrocientos fajos con cien billetes de cincuenta euros.

Dejé la caja abierta toda la noche sobre la mesa del comedor, a sabiendas de que nunca más podría volver a tener ese dinero al descubierto.

–¿Cortázar? Ha llegado el paquete. Todo correcto.

–¿Me llamas para eso? ¿Qué esperabas?

–Pues... no sé...

–Por un momento, pensé que querías volver.

–Es muy amable por tu parte, pero...

–Lauro, yo no soy un hombre amable. Y menos contigo. No me gustas, no te leo bien. Me cansas. Si no te considerase valioso, no te consideraría en absoluto. Eres el mejor, eres inteligente. Y te das cuenta de que tú y yo somos... ricos en bienes de intercambio. Venimos de territorios remotos entre sí y podemos enriquecernos mutuamente. Mercadeando. Pero me resultas... cargante.

Al principio me apeteció contestarle. Luego pensé que me estaba tomando la medida.

–Hasta los órganos más perfectos necesitan un mínimo de fatiga para funcionar. Si no, se atrofian y dejan de nutrirse. Se mueren. Quizá yo soy tu fatiga, Cortázar.

No sentí que me devolviese la sonrisa, así que seguí hablando:

–No tenemos por qué volver a hablar. Te agradezco que hayas cumplido tu palabra.

–Sí tenemos. Hay hombres que no quieren emprender nada que perviva luego por sí mismo. Pero Calvino no era así, y yo tampoco lo soy. Cuando se tiene el corazón prendido en alto, se acaba por buscar a los hombres más capaces para sostenerlo.

–¿Me estás diciendo que yo soy el hombre más capaz?

–¿Me estás insinuando que no lo eres?

Podía verlo aguantar el silencio, provocándome.

Despreciaba el ojo de la cerradura por el que Cortázar me hacía pasar, pero al mismo tiempo el ejercicio de constricción mental excitaba el resto de células de mi cuerpo, que se agitaban bajo descargas eléctricas y entre nuevas y vivaces moléculas al pensar que volvería a trabajar para él. Siempre se considera que las neuronas son la máxima expresión de una célula, y sin embargo sólo existen para beneficio del resto, para gestionar y modificar a las demás con emociones y percepciones que permitan la supervivencia. Los reyes siervos.

–Si yo no fuese el mejor, no estarías hablando conmigo.

–Tampoco si no creyese que quieres volver a hacerlo.

Miré hacia el papel con los vuelos hacia Madrid de Pilar y Matilda, aún sujetos sobre la puerta de la nevera. Saqué los dados del bolsillo y, mirando hacia el patio, los dejé caer sobre el alféizar.

Colgué.

Pilar y Matilda llegaron en taxi desde el aeropuerto dos días más tarde. Les había prometido que tendría la cena preparada, pero al final alargué mi carrera hasta Olympiapark y cuando abrieron la puerta apenas salía yo de la ducha. Las vi entrar, lo recuerdo, bellas, cálidas, alegres, y sin embargo las sentí transparentes, como las presencias ligeras de otros en una biblioteca cuando toda tu atención está en la línea que sigues.

–Tenemos la paella que Mario nos dio. La calentamos y ya está.

–Siento no haber estado en el aeropuerto.

Pasaron página en su libro y me alegré de que lo hicieran sin interrumpir el mío.

–Seguro que tú también le preparaste a Mario algo rico, algún cuscús o algo así.

–No, Lauro. Casi siempre ha cocinado él. Pero tienes razón, debiera retomarlo.

–Estás muy guapa.

Apoyó la cuchara de madera y volvió la cabeza para mirarme de cara. Por un momento estuvimos solos.

–Mario ha cuidado muy bien de nosotras.

Su presencia se volvió acuosa otra vez, y la conversación transcurrió entre silencios y leves burbujeos sobre el calor de Madrid, la sequía en Múnich, los precios de los taxis y de los cafés en el aeropuerto, y el calendario del día siguiente.

Mientras buscaba en la tableta imágenes de neuronas para mis clases, Pilar se tumbó a mi lado en la cama y comenzó a untarse la crema de manos por los antebrazos y los codos en una coreografía habitual. Ése es uno de esos bancos del pasado donde nunca me senté lo bastante y hoy lo haría con gusto.

–Lauro... Escucha, he estado pensando... En Madrid, con eso de pasar tiempo en cama sin hacer nada... Echo de menos estar en casa. Nuestra

casa. Nuestro barrio.

–Nunca te gustó nuestro barrio.

–El caso es que creo que es importante también para Matilda, tener raíces.

–¿Las raíces son un barrio?

–Unos amigos, vecinos, familia, un colegio... Un sitio al que pertenecen tus recuerdos.

–Tú siempre quisiste una educación internacional para Matilda, el colegio británico, el bilingüismo, ciudadana del mundo, que volase.

–Que vuele, sí. Pero que tenga un pasado, unos recuerdos; raíces, memoria.

Tendió la mano y la posó sobre mi brazo.

–La memoria, Pilar, está sobrevalorada.

La mano se hizo leve y desapareció entre las telas.

–Pero todo es memoria. Todo salvo este preciso instante. ¿Qué somos, Lauro, sino recuerdos?

Mi tableta dejó escapar la alerta de un mensaje.

–La memoria, Pilar, créeme, es fútil y caprichosa. Por ahora, nos quedamos en Múnich.

Apagué la luz de la mesilla y me tapé. Esa noche apenas sentí en el colchón el peso de Pilar, que dormía cada vez más cerca del borde.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Mis experimentos con chimpancés, a falta de alternativas, tomaron cuerpo ese otoño, y mis pruebas con estudiantes, aunque edulcoradas, me sirvieron para mantenerme en forma y centrado. Conseguí con mucho cuidado introducir parte del dinero de Cortázar en esos experimentos y, fuera del radar de Tomoko, avanzar, milímetro a milímetro, hacia la capacidad de descifrar la memoria borrada y almacenada.

Como tantos hombres antes que yo que se adentraron en lo desconocido, a menudo me sentía solo, dubitativo, sin distinguir el camino, porque nadie antes había pasado por allí y a nadie podía consultar. Los anclajes abandonados en la ladera me permitían intuir por dónde avanzaban mis enemigos y cuán cerca estaban, lo que me alentaba para seguir hacia delante, incluso cuando la incertidumbre, el cansancio, la desorientación y la duda acechaban. Seamos honestos: para hombres como yo, estas amenazas avivan el fuego en el que se consume la aventura.

A su vuelta de Madrid, Pilar comenzó a ir a la sauna y al gimnasio de la piscina donde entrenaba Matilda. Las dos pasaban más y más tiempo juntas, e incluso llegaron a compartir clases de yoga dos veces por semana. Otros días, Matilda estudiaba en la biblioteca mientras Pilar hacía sus cursos de decoración o atendía recados. Luego cenaban algo fuera, iban al cine o a dar una vuelta hasta la noche. Cada vez permanecíamos todos menos tiempo en casa. Sus propiedades en el mapa de mi vida ocupaban las mismas hectáreas, pero cada vez de una tierra más yerma.

Era como un implacable reloj de arena. A medida que mi capacidad para modificar el pasado ajeno aumentaba, mi presente se desvanecía.

Un día, al agacharme para atarme las zapatillas amarillas Puma, mis favoritas para los atardeceres soleados de ese otoño, vi dos maletas bajo el escritorio de Matilda.

–Salimos mañana temprano, y esta noche ella ha quedado con una amiga para terminar un trabajo en su casa. No volverá hasta las nueve o así.

–¿Pero para qué son? ¿Salís hacia dónde?

–A Madrid, Lauro. Dos semanas. Matilda empieza vacaciones el lunes.

–¿Ya vacaciones? ¿Otra vez? ¿Cómo que a Madrid? ¿A Madrid por qué?

–A Madrid porque Matilda no tiene clase hasta el 2 de noviembre y no queríamos pasar todos estos días en Múnich sin hacer nada.

–O sea que, si no veo las maletas y pregunto, mañana por la mañana os vais a Madrid tal cual, sin decir nada, y yo me entero un par de días después.

–Los vuelos están en la puerta de la nevera, donde siempre.

Tiré tan fuerte del papel que varios imanes saltaron por los aires. En el suelo aterrizó la foto de ellos tres en el Jardín Inglés, y sólo pude pisarla antes de darme la vuelta hacia Pilar.

–¿Y se supone que me tengo que enterar por este papel de que os vais?

–Lauro, lo habíamos hablado. Compré los billetes hace semanas, te los reenvié por *e-mail*.

–¿Lo habíamos hablado por *e-mail*? ¡Por Dios, Pilar! Vivimos juntos. Todos. En esta casa. Aunque no lo parezca... ¿Y dónde os vais a quedar? ¿En casa de Mario otra vez?

Estrujé el papel y lo tiré al cubo de la basura. La tapa oscilante lo escupió fuera.

–No quiero que vayáis.

–¿Cómo dices?

–Que no podéis ir. Punto.

–Pero si ya tenemos los billetes y Mario...

–Canceláis los vuelos y se acabó. No se hable más.

–Mario también se ha cogido días. Y he quedado con Patricia, que tiene quimio otra vez en un par de semanas.

–Sé lo que va a pasar. No quiero que vayáis las dos solas con Mario, que os coma más la cabeza sobre lo mal que estáis aquí, lo bien que estaríais allí. No puede ser, lo siento.

–¡Pero, Lauro! ¿Cómo te atreves a...?

Me acerqué sin pensarlo y la arrinconé contra la encimera de la cocina. La cólera se escapaba como vapor a presión por todas las fisuras de mi cráneo, los ojos me palpitaban, los oídos me dolían, mi nariz hervía. Me parecía que la cabeza iba a estallar en cualquier momento si seguía controlándome. Hablé lo más lentamente que pude, pegando mi frente a la suya con cada sílaba.

–No... vais... a... Ma... drid. ¿Entendido?

Pilar parecía haberse quedado vacía, estrujada y exprimida contra la encimera.

Mi móvil sonó.

–Sí, Puttmaker. Dígame.

Me aparté de Pilar, que rápidamente se fue hacia el dormitorio y cerró la puerta.

–Su secretaria no quería molestarlo dadas las horas, pero...

–¿Qué hora es?

–Las seis y cincuenta y ocho, señor doctor.

–¿Y?

–Pues que hay aquí un señor, creo que español, que dice que tiene que verlo urgentemente y que no se irá hasta que usted vuelva, aunque sea mañana. Y no sabemos cómo ha conseguido entrar en Memory Lab y hasta en su despacho. Lo está esperando sentado en su mesa. Como comprenderá, señor doctor López Lobo, esto es inadmisible en una empresa de alta investigación. Tiene que salir de ahí.

–¿Y por qué no lo sacan? ¿Quién es? Hablen con seguridad.

–Afirma ser amigo suyo. Tampoco queríamos...

Apreté el respaldo de la silla que tenía entre los dedos.

–¿Cómo se llama?

Oí a mi secretaria susurrarle el nombre con su boca de apio. Cortázar.

–Dice que es un asunto privado.

–Estoy allí en diez minutos.

Entré en el dormitorio. Pilar estaba de espaldas, llorando hacia la ventana. Vacié su bolso sobre la cama, saqué su móvil y borré el mensaje de la compañía aérea con los códigos de los vuelos. Guardé su pasaporte en mi mochila.

–Te veo esta noche o mañana para desayunar. Tengo que irme.

Antes de salir de casa, fui a la habitación de Matilda y me llevé su pasaporte y su carné de identidad.

Cuando llegué a Memory Lab, Cortázar me esperaba en la calle. Se acercó al verme.

–¿Paseamos? Un poco estrecha tu oficina, ¿no?

Me paré en seco delante de él. No acepté su mano de cura, y la tuvo que devolver al abrigo. Alzó las cejas despeinadas.

–¿No te alegras de verme?

–Creí que tenía que llamar yo. ¿Qué haces aquí?

–Venir a verte.

Enseguida sentí sus alas de mariposa cerrándose sobre mí.

–¿No puedes llamar antes o mandar un *e-mail*, como todo el mundo? ¿Qué va a ser lo próximo, plantarte en mi casa? No sé si es lo que más encaja con un servicio secreto. Calvino por lo menos se tomaba sus molestias.

–Y yo las mías. Estoy aquí delante de ti, hablando contigo.

Su labio inferior conservó la leve ondulación, pese a la gravedad.

–¿Paseamos, entonces?

El Isar fluía fuerte y caudaloso, alimentado por la nieve prematura sobre los Alpes. Salvo por las linternas frontales de bicis y corredores y el resplandor de farolas apartadas, el camino estaba oscuro y había que mantener la mirada en el suelo para evitar ramas y raíces, lo que facilitó la distensión.

Cortázar se cerró las solapas en torno al cuello.

–No te haré andar mucho. Estoy pillando un resfriado y ya sabes que tampoco me caes muy simpático. ¿Estás disponible?

–Yo siempre estoy disponible..., dependiendo de para qué.

Se pasó la lengua entre el labio superior y los dientes, no sé si porque algo le molestaba o para contener una expresión incendiaria que quemase algún puente.

–Libia. Máximo cuarenta y ocho horas. Depende de tu eficacia, claro.

–¿Para qué?

Se detuvo. No los veía entre tantas sombras, pero sentí sus ojos centrados en mí. El barro frío crujió bajo sus zapatos al buscar apoyo.

–Lauro, será una misión sin retorno.

–¿Qué quieres decir sin retorno?

–No hay camino de vuelta.

–¿Qué? ¿Me vas a matar después?

–No seas estúpido. He dicho sin retorno, no sin dirección.

Dio un paso hacia mí.

–Es lo más delicado que has hecho hasta ahora. No podemos fallar. Y, sea cual sea el resultado, desde ese momento no podemos correr el riesgo de dejarte solo.

–¿Riesgo para quién?

–La primera regla del poder es saber protegerlo.

Se pasó la mano por la pasta de pelo grisáceo hasta la nuca y volvió a amurallarse tras las solapas.

–Son tres personas. Tres hombres adultos. Con un pasado complejo. Necesitamos que borres una parte sustancial de su memoria y que nos la entregues.

–¿Para qué?

–Para poder usarla más tarde.

–Apenas es aún interpretable una vez extraída.

–Y apenas te queda tiempo para conseguir que lo sea. Entonces podremos reimplantarla cuando sea necesario... Quién sabe, incluso en quien sea necesario.

Retomó su camino. El río acompañaba nuestro silencio.

–Cuando consigas hacer eso, Lauro, estaremos en la cumbre. Nadie tendrá los medios, la libertad, la capacidad que tendrás tú para moverte entre países, entre sistemas, para hacer lo que tú has sido llamado a

hacer. Para cumplir con tu misión, tu vocación, tu llamada. Sin ataduras, sin leyes, sin facturas, sin cortapisas. Ahí arriba, en el reino del cóndor, sin pisar el suelo apenas.

–¿Y por qué queréis alterar su memoria? ¿Qué han hecho?

–¿No prefieres saber antes lo que esto implica para ti después?

Nos apartamos para dejar pasar a dos corredores y esperamos a que se alejaran.

–Quiero diez millones de euros.

–Lauro, no estoy hablando de dinero. Estoy hablando de tu identidad. Tendremos que darte una nueva identidad. A partir de ese momento, trabajarás sólo para nosotros.

–¿Y mi familia?

–El cóndor no tiene familia.

–¿Quieres decir que tengo que abandonar a mi mujer y a mi hija?

Arqueó los hombros.

–Lo cierto es que los cambios de identidad en grupo tienen tanta probabilidad de funcionar como los que se hacen en solitario. Uno no puede vivir sin la persona amada, pero la persona amada podría no llevar bien, digamos, la transferencia a una nueva identidad. Nunca se sabe. Tengo mis dudas de si Pilar estaría dispuesta a seguirte. Esto supone un compromiso vital para todas las partes implicadas.

–Y sin cambio de identidad o un cambio temporal, ¿es posible?

–No. No lo es.

Se respiraba la humedad del agua, pero el frío de la noche debilitaba el resto de los olores.

–Tienes unas horas para pensártelo. De verdad, piénsalo. Entiendo que tengas miedo, que te dé vértigo. Es un vuelo muy alto. Dentro de tres días empezaría el trabajo. Yo estaré en este hotel hasta mañana a las doce. Deja un mensaje o pasa a verme. Te cuento el resto entonces. Si aceptas.

Apenas podía leer el nombre del hotel en la tarjeta; era una parte del río muy oscura.

–Ése es el puente del Museo Alemán, ¿verdad? Nos despedimos aquí. Llámame, Lauro.

La mano densa y pesada, como un vaso de leche untuosa, se coló entre mis dedos, y no tuve más remedio que tomarla. Lo vi difuminarse entre las sombras sobre el puente. Me hizo pensar en la humildad ficticia del poder cuando acecha.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Transcurrieron sólo unas horas hasta que le dije sí a Cortázar en la cafetería del Hotel Leonardo, y yo creo que las viví dos veces.

Por una parte, se desprendía de mí un Lauro primigenio, al que podía sentir abandonando su viejo pelaje en la universidad, en el piso de Haidhausen, en el cementerio de la calle Teng, en los puentes del Isar que pisaba al correr. Y, por otra, este yo que soy emprendía vuelo. Un vuelo fácil, alto, casi sin esfuerzo, sin gastar energía, planeando sobre la corriente cálida que la vocación me provocaba. Imagino que sí, Cortázar tenía razón: como un cóndor.

Con los primeros rayos de sol salí a correr, después de contemplar durante unos instantes a Pilar y a Matilda durmiendo abrazadas en la cama de ésta. Me había asustado al no ver a Pilar a mi lado al despertarme, pero encontré sentido a encontrarlas juntas en la habitación de al lado. El cuerpo tierno de Matilda. Las ondas de Pilar, sus caderas insinuadas, sus piernas destapadas, sus tobillos, sus pechos en voz alta bajo la camiseta. Mías. Haría cualquier cosa por protegerlas.

La carrera me llevó hasta el hotel de Cortázar. Me reuní con él diez minutos, el tiempo mínimo necesario.

Cuando regresé a casa, Pilar y Matilda habían salido ya. Dejé los pomelos que acababa de comprar sobre la encimera. Los pasaportes estaban en mi caja fuerte de Memory Lab, pero fui a comprobar que las maletas seguían bajo el escritorio de Matilda. Tampoco hacía falta ya deshacerlas. Según lo que acababa de hablar con Cortázar, ellas tendrían que abandonar Múnich en los próximos días.

Me di una ducha larga. Quedaba tiempo hasta la primera clase. El jugo del pomelo en la boca me despertó el hambre, y la pulpa de los

gajos me supo a poco, así que me hice una tortilla tierna de tres huevos, que devoré con dos rebanadas de pan negro y un té de jengibre.

Todavía estaba rebañando la yema fresca del plato cuando me entró un *e-mail* de Mario. Lo recuerdo porque manché el móvil con los dedos al abrirlo; cuando tiré al mar el teléfono días más tarde aún quedaban restos de yema entre la pantalla y la carcasa.

Mi hermano había decidido mover la montaña hasta Mahoma. Ese fin de semana. Con la excusa de una feria de escalada, y, dado que ellas no iban a Madrid, Mario pasaría otra vez unos días con nosotros. Pilar y Matilda estaban copiadas en el correo, enviado hacía un minuto. Pilar lo vería cuando terminase su clase de yoga.

Miré el reloj, cogí un chaquetón del armario, la llave de la bici y pedaleé lo más rápido que pude hasta el estudio de artes orientales. El sol temprano había desaparecido y amenazaba una de esas lluvias impertinentes de Múnich. Pude ver la bici de Pilar atada con el candado sobre un árbol. Esperé apoyado contra una valla cercana. Cuando salió, el pelo recogido con una goma y la colchoneta morada enrollada bajo el brazo, se sorprendió al verme.

–¿Caminamos un rato?

Me miró entre asustada y desafiante.

Quizás hubiera sido mejor que no lo hubiese hecho, quedarme en aquella valla, sólo mirar. El cóndor puede pasarse varios días observando una presa antes de bajar.

–Lauro... Está lloviendo.

–Son sólo unas gotas.

Desencadenó la bici y, en silencio, avanzamos de una forma natural hacia el río, por la parte ancha de la acera. Cuando llegamos a la vereda del Isar, llovía con más fuerza.

–¿Nos paramos aquí?

El rostro de Pilar quedaba en la oscuridad bajo el puente, pero podía ver que casi tenía lágrimas en los ojos y que evitaba mirarme. Me acerqué y le toqué el brazo. Se apartó de inmediato. Insistí.

–No llores. ¿Por qué lloras? Shhh... Tranquila, tranquila.

Se dejó abrazar. Por encima de su hombro contemplé el agua precipitándose desde la imposta de piedra, estrellándose contra el suelo ya mojado. Olía a tierra y a ozono.

Le quité la goma, y el pelo se le desprendió sobre los hombros, conservando su forma ceñida.

–Lauro, a veces..., creo que te quiero, pero siento que... que hay un muro de cristal entre nosotros.

–No hay ningún muro, cariño. Mira, te estoy tocando. Te estoy abrazando. ¡Mira!

Sentí sus pechos redondos y rectos contra mí, su pelo caliente, su piel perfumada.

–No nos tienes en cuenta. No nos escuchas.

–¡Te estoy escuchando!

Volví a abrazarla, con una urgencia de tenerla, casi de fundirla contra mí, de devorarla, de hacerla físicamente mía, de penetrarla.

–Lauro, suéltame. ¡Suéltame, por favor!

–¿Qué es...? ¿Quieres ir a Madrid? ¿Quieres volver a Madrid? ¿Es eso?

Noté la fugaz erección aflojándose.

–Es sobre todo...

–¡Volvamos a Madrid! Volveremos, mi vida. Matilda, tú y yo. Volveremos, ¿vale? No ahora, pero volveremos. Pronto. Juntos.

–¿Y Memory Lab?

–Voy a dejar Memory Lab. Vámonos. Los tres. Vamos a dejar Múnich.

Al otro lado del río, el tráfico comenzaba a hacerse más denso y las luces de los coches destelleaban bajo la lluvia.

–¿Tú me quieres, Pilar?

Su cabeza asintió como el giro de una pluma en el aire.

Un grupo de sonrientes turistas japoneses corrió a nuestro lado hacia un autobús, tapándose la cabeza con mochilas y bolsas de plástico.

–Me han ofrecido un trabajo para... curar la memoria de tres personas. Fuera de Alemania. Es algo puntual. Dos o tres días. Pero me pagarán diez millones de euros.

–¿Diez millones? ¿Por qué? ¿Qué supone curar la memoria? Tanto...

–¿Cómo que qué supone? ¡Diez millones porque nadie más en el mundo es capaz de hacerlo, Pilar!

–¿Tú puedes hacer eso? ¿Cambiar la memoria de las personas?

Me pareció oír unos cuervos refugiarse en las arterias metálicas del puente, pero quizás eran los cuervos de El Espinar, que se paseaban por mi cabeza.

Pilar me cogió la mano.

–No lo hagas, Lauro.

–Es un pasaporte para nosotros. Podemos empezar desde cero donde quieras.

–Yo no quiero empezar de cero. No quiero una segunda vida. Quiero vivir la que tengo, quiero avanzar en la que tengo. Ya te lo dije.

–Es todo el dinero que podemos necesitar el resto de nuestras vidas. Y nos llevarán a donde queramos, a empezar de nuevo. Podremos olvidar todo esto, dejar atrás los errores. Ser otros, mejores.

–Yo no quiero olvidar nada.

–Pilar, es una oportunidad única. Es ir a Marte antes que nadie. Es para mí un nuevo universo en el que yo soy el primero en poner un pie.

–Lauro, déjalo... Por favor... Volvamos a Madrid. A nuestro barrio, tu universidad, mi trabajo, el colegio de Matilda, sus entrenamientos.

Un cóndor puede ingerir cinco kilos de carne en un día, y también puede ayunar durante semanas.

–No puedo hacerlo, Pilar. No puedo. No me dejarían.

–¿Qué significa eso?

–Es parte de un plan mayor.

Pilar miró río abajo antes de clavar sus ojos en mí.

–Como le pase algo a Matilda, no te lo perdonaré nunca.

–Pilar, yo no quiero que le pase nada a Matilda, ni a ti. Ni a mí. Precisamente por eso.

Apretó los labios y pareció buscar un apoyo en la carretera embotellada, en sus luces parpadeantes. Los coches apenas se movían. Un trueno se desmoronó sobre el leve susurro del agua.

–Tienes que hablar con Mario.

–¡¿Qué?!

–Tienes que hablar con Mario, es tu hermano y es policía. Él te ayudará. Viene este fin de semana.

–No tiene nada que ver con Mario. ¿Por qué siempre acabamos en Mario? Ni se te ocurra hablar de esto con él.

–Si estás en peligro, si estamos en peligro..., ¡tienes que ir a la policía!

–Esto es la policía, yo trabajo para la policía. Más arriba de la policía. ¡Arriba del todo!

–¡Tienes que hablar con Mario, él te ayudará!

–¡Pilar, no! Mario no puede saber nada de todo esto, ¿de acuerdo?

Le apreté los brazos y casi la levanté en el aire. Me dio la sensación de que a mi espalda el río subía rápidamente.

–¡Pilar, escúchame!

Peiné con las dos manos su pelo hacia atrás y la agarré con fuerza.

–Escúchame bien: no le vas a decir nada de esto a Mario... Tú me quieres.

El pelo tirante apenas le dejaba mover la cabeza.

–Voy a aceptar este trabajo y nos vamos a ir los tres. Con diez millones de euros. Y vamos a empezar de cero en otro sitio, sin errores, sin dudas, sin fisuras entre nosotros. Sin Mario.

–Yo no quiero olvidar, Lauro. No quiero olvidar.

Lloraba, desbordada.

–No vas a olvidar, Pilar. No vamos a olvidar. Vamos a ser nosotros, pero con otra oportunidad. Mejores. Confía en mí, cariño.

La lluvia parecía recogerse.

–Mañana salgo de viaje. Pasáis el fin de semana con Mario, como si nada. ¡No le digas nada! El martes próximo, Matilda y tú os vais en coche hacia Hamburgo, con las mismas maletas que ya tenéis hechas. No preparéis nada especial, no cerréis la casa, no os desapuntéis de nada, no os despidáis, no hace falta ni que llevéis documentación. Sencillamente, os marcháis de viaje, como si fuerais a volver. Por el camino os deshacéis de los móviles, cuanto antes mejor. Ellos se encargarán de proporcionárnoslo todo después. El miércoles nos vemos en Hamburgo. Tengo el hotel, tengo el punto de encuentro, los

contactos, lo tengo todo. Y a partir de ahí, empezamos. Cogemos el lápiz y escribimos en una página en blanco. Página uno, capítulo uno, libro primero.

Pilar se secó la cara. El rímel ensuciaba la nieve de sus mejillas. Mi mujer siempre ha tenido un cuerpo bonito, tanto ligero e insinuado bajo la ropa como poderoso y contundente cabalgando sobre el mío. Pero su rostro es sin duda el fértil valle del centro del mundo.

La besé en los labios, y aceptó un contacto suave y largo.

–Te dejo las indicaciones en casa, bajo tus libros de la mesita. Ahora tengo que irme.

Le acerqué su bici. El asiento estaba apenas salpicado por la lluvia, que ya remitía.

–Recuerda, normalidad.

No solté el manillar hasta que aceptó besarme.

–Hamburgo. En seis días.

La vi irse río arriba por la vereda, en bicicleta, como una golondrina avezada. Unos metros más allá, se paró para ceñirse de nuevo la goma y sin darse la vuelta siguió pedaleando hacia el puente siguiente, y luego, el siguiente.

El día se había vuelto blanco y negro. Hacía más frío. Metí las manos en el chaquetón y encontré el esbozo que había dibujado sobre el Puente de Toledo mientras esperaba a Calvino en nuestra primera cita, siglos atrás. Personas agachadas intercambiando algo valioso. Lo arrugué y lo tiré al río. Ya no se distinguía a Pilar a lo lejos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Mi madre no murió una vez, ni dos. Murió exactamente cuatro, antes de que la encontrasen cubierta en sangre, la cabeza ladeada fuera del colchón. Cuatro veces nos llevaron a Mario y a mí a hogares de acogida, cuatro veces recuperó ella nuestra custodia con propósitos de enmienda, cuatro veces nos devolvió al infierno.

–Olvidaos de mí. Me he muerto. ¡Marchaos de una vez, cabrones! ¡Largo! Estoy mejor sola.

Fue un tiempo extremo, en el que mi hermano y yo nos sentíamos atraídos inicialmente por el rayo de calor de la madre que había sido, pero que luego nos dejaba convertidos en estatuas de sal en cuanto mirábamos hacia delante.

Nos mudábamos nuevamente con ella, ilusionados. Al fin y al cabo, tampoco nos querían en ningún otro sitio. Nos recogía ese primer día siempre recién duchada, con el pelo ordenado, oliendo bien, la ropa limpia. A las tres o cuatro semanas, comenzaba a olvidar hacernos la cena, su pelo se tronchaba en vetas apelmazadas, le apestaba el aliento. Al poco, la ropa sucia se amontonaba y teníamos que recuperar camisetas y calzoncillos, lavarlos en el lavabo, darles la vuelta o disimular las manchas. La nevera se vaciaba, desayunábamos sobras de las que separábamos el moho o espaguetis crudos, latas de guisantes o fuagrás, lo que encontráramos en el fondo de los armarios. Unas semanas más y ni siquiera se levantaba de la cama para despedirnos antes del colegio. El aire de su habitación se hacía denso. Volvíamos de clase y seguía allí.

Yo intentaba llegar a todos los sitios en los que ella no estaba: aprendí a poner la lavadora, a hacer macarrones y arroz, a pedir ayuda a las

vecinas cerrando antes bien la puerta de su dormitorio. Vivíamos semanas enteras a base de cereales y galletas. Pero, cuando la cartera se vaciaba, yo no podía sacar dinero de su cuenta, ni recoger los avisos del juzgado y de los servicios sociales en la oficina de Correos, ni asistir a las tutorías de Mario. Y al cabo de seis meses volvíamos a la pretensión oscura de una nueva familia.

–Dejadme sola. Estoy mejor sola. Y vosotros también. Me equivoqué. Me he ido, me he muerto.

Personalmente, cada vez que salí de aquella casa con una maleta en la mano pensaba que era la última y tenía toda la intención de darla por muerta.

–No te preocupes, Lauro. El caso es que tú y yo estamos juntos. Vamos.

Mi hermano pequeño siempre era el que llamaba al ascensor y me esperaba con la puerta abierta. Yo creo que él tenía menos recuerdos de una familia feliz, menos experiencias con mi padre. Para él yo representaba su familia. Se veía completo así. Pero yo conocía la belleza anterior, yo sentía que algo estaba mal y necesitaba ser corregido.

Ya mayor de edad y con un historial académico sobresaliente, el juez me permitió instalarme en una residencia social para estudiantes en la avenida Séneca, frente al parque del Oeste. Me habría tocado una habitación individual, pero, al hacerme cargo de Mario, me concedieron un pequeño estudio, con cocina y apenas espacio para un armario y dos pupitres. Ocupaba el antiguo palomar del edificio, el viento frío casi azul del invierno se colaba por las ventanas de hierro, y en el verano no se movía un folio pese a todos los intentos de crear la mínima corriente de aire. Sin embargo, teníamos una espléndida panorámica sobre el parque hasta las torres del paseo del Pintor Rosales y se veían completos los dibujos en el cielo de las bandadas de estorninos.

–No sé por qué te torturas a ti mismo así, qué te une a ella ya.

Durante prácticamente toda nuestra infancia y juventud, Mario y yo desayunamos juntos. Yo tenía el hábito de hermano mayor de calentar y servir la leche.

–¿Qué me une a ella? Es nuestra madre, Mario.

–Biológicamente, sí. Pero no ha hecho nada de lo que hace una madre. Está loca, Lauro. Vamos, conmigo no cuentes.

Yo fui a visitarla solo cada jueves de los dos últimos años. Salía de clase y caminaba hasta Moncloa para coger el autobús 314, que durante media hora y al son de «M-80 Grandes Éxitos» recorría cuarenta kilómetros de la carretera de Burgos hasta dejarme en un apeadero a unos quinientos metros de la residencia psiquiátrica en la que la internaron.

Todos esos jueves me identificaba en recepción, la buscaba por el jardín o por la sala de juegos, subíamos a su habitación, calentaba agua en el hervidor y preparaba un Nescafé descafeinado para los dos. Me acercaba a ella, aceptaba su indiferencia, le contaba mi semana y la de Mario e ignoraba sus reproches. Mientras tanto, le echaba Nivea en las manos o en los talones o la peinaba con un peine de plástico rosa y un pequeño símbolo de Acuario en el mango. Su pelo se volvió en ese último tiempo dócil y semitransparente, abarcable con apenas cuatro horquillas. La piel de las manos también perdió consistencia y adoptó la textura de una delicada capa de cera blanda.

–¿Y qué, te ha contado algo hoy la bruja loca?

Alguna vez, Mario se daba cuenta de que era jueves y me preguntaba, pero aparentemente él había conseguido lastrar a mi madre hasta hundirla bien hundida en alguna fosa remota de su memoria.

Mi madre generalmente no hablaba, lo más frecuente eran preguntas cortas y sin sentido con las que interrumpía mi conversación para pedir un cortaúñas o señalar que había corriente, «por dónde demonios entra ese aire», o resoplaba para bufarse o expresar sorna. Nunca me preguntó por Mario o quiso saber de mi vida más allá de lo que le contaba.

Pero, cuando yo le hablaba y ella me miraba, los minutos en los que era capaz de explicarle algo sin interrupciones, ella allí sentada, en una escena que parecía tan normal, una madre hablando con un hijo junto a una mesa redonda con tazas, migas y servilletas de papel, algo revivía en mí. Un calor interior, una especie de lar emocional, de vuelta al origen, que nunca he encontrado en ningún otro sitio.

Supongo que fue ese calor maternal superviviente lo que me impulsó para dar el primer paso, para sajar y extirpar la resignación, tomar el control y creer que es posible, justo y necesario rescatar lo que de bueno hay en la memoria, arrancando de cuajo las destructivas capas de un trauma.

Durante seis jueves, cada semana milimétricamente más cerca, hice avanzar a mi madre por el estrambótico laberinto de su amarillenta memoria. Probé por primera vez en ella los calmantes, los anestésicos, las proteínas y las ondas neuronales que luego aprendería a cartografiar minuciosamente, pero que entonces se me presentaban como cumbres imponentes, valles repentinos, riscos inesperados e inquietantes playas. Eran mis primeros pasos, aún no plenamente consciente del espectro de mi poder, mucho menos de modularlo. Pero sí creo que funcionó, que cada semana, ligeramente más suelta de los espinos, mi madre me recibió con los ojos más habitados, bandeándose mejor en el denso océano de lo que ya no recordaba tan bien.

El último jueves ella echó las cucharadas de polvos de café en la taza y el azúcar antes de que yo me diera la vuelta con el agua hirviendo. Extendió además una servilleta verde de papel y puso dos paquetes de cuatro galletas encima. Yo sentí muy dentro el desgarro de la semilla que comenzaba a germinar y algún día sería un árbol masivo, una secuoya vital.

–Son de las que nos ponen en el desayuno. Las he guardado para hoy.

Eso significaba claramente que su cerebro cultivaba ya el deseo de verme. Anticipaba y confiaba en mi visita. No sé si el jueves siguiente incluso habría iniciado ella el rito del café. Si yo hubiese ido ese jueves.

–¿Contra Empresariales? ¿Y cuándo es?

–El día 10. A las cinco. En el campo de rugby detrás de Ciencias de la Información. Yo me ducho, me afeito y voy. ¿Y tú, Lauro?

Estudiaba primero de Medicina. Casi cada mañana me encontraba con una chica de ojos grises y trenza en el autobús hacia Ciudad Universitaria. Ella se subía más tarde y se bajaba antes, en la parada de Empresariales. Me sentaba siempre delante para poder controlar bien la puerta y verla en la cola por la ventanilla, subir el primer escalón del

autobús, el segundo, sacar su abono del bolsillo, enseñárselo al conductor, rozarme con su mochila o su abrigo, a veces mirarme, luego sonreírme. Una vez se le cayó el abono, y ahí descubrí que se llamaba Pilar.

El día 10 a las cinco fui a ver el partido de rugby de la Facultad de Medicina contra la de Empresariales. Estábamos en primero, y todavía asistíamos a todo lo que se convocase para integrarnos y conocer gente (es decir, chicas). Mi esperanza era que Pilar estuviese allí. Era jueves.

Mario nos buscó un sitio en la grada justo encima de donde estaban Pilar y sus amigas. Cuando llegamos, ella nos miró, sus dos grandes ojos como peces brillantes en el mar de todo lo demás. Me reconoció del autobús y me saludó. Mario, que siempre ha sido más impulsivo que yo, se encargó de que hubiésemos quedado para unas cañas al final del partido, ganase quien ganase.

Esa noche, en Malasaña, Pilar y yo hablamos mucho: de su pasión por todo lo inglés, por el agua, el buceo, de sus veranos de niña en Astorga, del pasado jipi de sus padres en una comuna en La Cabrera, de que montaba mal en bici, de que escalaba mejor y de que hacía Empresariales porque no sabía qué estudiar. Se tejía una y otra vez la trenza, pero su pelo, radiante y abultado, se escapaba lentamente con esos movimientos suaves de su cabeza con los que ella acentuaba en el aire todo lo que le importaba, todo por lo que ella sentía. Pilar radiaba entonces entusiasmo.

Mi madre se suicidó ese domingo. Imagino que coincidiría más o menos con el tiempo que yo pasé con Pilar tumbado en el parque del Oeste o quizás incluso cuando hicimos el amor por primera vez. Mario iba camino de los cines Ideal, y nosotros nos quedamos en casa con la excusa de seguir viendo la tele. En ese mismo día blanco, anónimo e inocuo en el universo, coincide la parte más convexa de mi placer físico con la caverna más angosta de la mente de mi madre, cuando decidió cercenarse las venas y, esta vez sí, dejarnos para siempre.

El equipo de atestados se había quedado atrapado en un atasco en la M-30, y Pilar y yo llegamos antes en su Ford Fiesta. Yo había jugado todo el camino con un posavasos en el que había hecho un dibujo para

Pilar aquella primera noche por Malasaña y que ella guardaba en la guantera abierta del coche. Aún lo llevaba en la mano cuando entré en el cuarto de mi madre. Era de noche, la pareja de la policía local había salido a fumar y nadie guardaba la puerta. Su cabeza, caída hacia atrás al borde del colchón, parecía huir del cuerpo desinflado y hundido en una mancha de sangre negra.

–¡Por fin solos! Joder, Lauro. Me parece una noticia cojonuda. Ojalá arda en el infierno la bruja esa.

–Mario, por Dios...

–Que sí, hombre. Así te deja en paz. Fin de la historia. Cuelga, sal de la cabina y lárgate de ahí.

–Ha dejado una carta.

–¿No me digas? ¿Algún sortilegio...? O mejor, ¡somos ricos! ¡Una herencia secreta!

–Nos echa la culpa de todo. Le recordábamos demasiado a papá. Sin nosotros..., sin nosotros habría sido capaz de rehacer su vida, dice.

–¡Loca de atar! Mañana tengo examen y son las dos de la mañana. De verdad: que le den por el mismísimo culo. Lauro, ven a casa. Tira la carta esa a la primera papelera que veas. Lo importante de verdad es que no nos deje deudas. Si la quieren tirar al Manzanares, que la tiren. Yo no pienso pagar un duro por nada. Es que no lo tengo.

–Mañana o pasado la incineran, cuando haya hueco en el crematorio. Está todo cubierto por el seguro que hizo papá, me han dicho.

–Y después que la echen por el váter y tiren de la cadena bien fuerte. ¿Tienes cómo volver?

–Sí, estoy con Pilar. Pilar me lleva.

–¡Ah, con Pilar! Muy bien. Pues nada. Hasta mañana.

De vuelta a Madrid en el Fiesta blanco de Pilar, con la cara apoyada en la ventanilla, el cristal frío un poco bajado para sentir el aire y descongestionar, sí que había en mí un cierto pesar, una empatía humana básica por la muerte de mi progenitora. Pero fundamentalmente sentía frustración por el final abrupto e involuntario de un experimento que acababa de empezar y que iba bien, creía. Un

experimento que me llevaría toda la vida y por el que aún hoy sigo absorto.

Cuando Pilar me dejó en casa, antes del amanecer, algo me obligó a salir a correr. Sin fin, sin reloj, sin recorrido.

Sigo corriendo desde entonces.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El mismo día de la muerte de mi madre pasé por primera vez frente al vertedero de La Austriaca. No entré, pero me detuve delante del acceso de camiones de la calle Reinante para observar a los cazatesoros en torno a las hogueras, endiosados por el fuego y la oscuridad. Alargué la carrera hasta el parque del Retiro, buscando dejar mi enfado enganchado en las ramas de los árboles. En vano. Llegué a la residencia, me duché con agua fría, y todavía seguía frustrado.

Tardé días, quizá semanas, en transformar ese chasco, por la privación repentina de la fruta ya probada, en determinación. La misma determinación que aún impulsa mi cruzada contra la buena memoria nociva.

No todo lo que he hecho estos años está bien, pero sí todo es lo correcto.

Todas mis carreras posteriores en Madrid pasaron por La Austriaca, y en cada una, también la que me llevó hasta Calvino, recordé allí mi origen y la razón de mi existencia. Y el deber de coser lo que se hilvana. Atar los cabos, alzar los levadizos, custodiar la llave.

Creo que fue una vez más al ir a correr, esta vez sobre el sudario mohoso crepuscular de Múnich, cuando me di cuenta de que todo era lo mismo. Que no debía tener en cuenta mis miedos, mis deseos, sino aquello para lo que había sido llamado. Continuar mi misión.

Cortázar ya tenía mi confirmación desde el día anterior. Faltaban cinco horas para el vuelo comercial de Múnich a Valencia que él me había reservado. Desde allí me llevarían por carretera hasta el avión privado con el que volaría a Libia. Sólo tenía que darme una ducha

después de la carrera, preparar una pequeña maleta y despedirme hasta la semana siguiente.

Cuando abrí la puerta del apartamento, arrojé las llaves sobre el frutero de metal. Al fondo sonó la risa clara de Pilar. Por fin parecía relajada.

Me agaché para desatarme las zapatillas y, al levantar la mirada hacia la mesa de la cocina, vi pasar a Matilda descalza, dejando caer migas de galleta, camino de su habitación.

–¿Por qué no te comes eso en la cocina, Matilda?

–Tenéis visita.

Cerró la puerta de su cuarto empujando con el pie.

–Lauro, han venido a verte.

Cortázar apartó la silla como por levitación y se levantó, sin hacer un ruido. Sin el gabán de buhonero, que colgaba perfectamente doblado sobre la silla de al lado, imponía menos. Sus cejas amplias y despeinadas destacaban en su rostro, recién afeitado. Llevaba una chaqueta verde de lana con cinco botones de madera, todos abrochados sobre la camisa de cuadrícula marrón. Tenía aspecto de vendedor de electrodomésticos, por supuesto que le habría comprado una nevera. Me ofreció su mano de nata cuajada. Únicamente la mirada amurallada en torno a mí lo delataba.

–Tienes un compañero encantador, Lauro. No sabía que había otro español en Memory Lab.

Ella permaneció sentada a la mesa. Podía ver que bajo su apariencia amable Pilar guardaba nubes de resentimiento y miedo, que se concentrarían y estallarían como una tormenta sobre el primer campo despejado.

–Trabajo para ellos como consultor, ¿verdad, doctor López Lobo? ¿Cómo estás, Lauro?

Aún tenía su espesa mano en torno a la mía.

–Bien, bien... Pero ¿qué haces aquí?

Intenté contenerme. Una gota de sudor rodó fría hasta mi párpado derecho, y me pasé la mano por la frente. Sentí que perdía temperatura por todas partes.

–Venir a verte. Me urge que cerremos los detalles del último contrato... Y, como estaba por aquí, no podía dejar pasar la oportunidad de conocer por fin a tu maravillosa esposa. ¡Es tan fácil en Alemania, con los nombres en los telefonillos del portal! Y a tu hija, Matilda. ¡Qué mayor! Me la imaginaba más niña.

–¿Te parece normal aparecer en mi casa?

Sonreí para que la voz saliese al menos templada.

Pilar me miró de reojo y movió un libro sobre la mesa.

Cortázar sonrió, y me recordó a un conejo, quizás al de Alicia en el País de las Maravillas. En cualquier momento sacaría un reloj sin agujas y todos nos perderíamos por una madriguera sin fin.

Miré hacia la novela de García Márquez de la que sobresalía el papel doblado con los detalles del hotel en Hamburgo para Pilar.

–Creía que estaba todo aclarado y cerrado ya, Cortázar. Me ducho y nos vamos. Hablamos camino de la oficina.

Salí hacia la habitación con *El coronel no tiene quien le escriba* en la mano.

–¿Y Matilda?

–Ha quedado para hablar con Mario por el ordenador.

Sentía el sudor resbalar por mi frente. No quería estallar, necesitaba mojarme la cara. Podía dejarlos solos cinco minutos, nada podía ir peor. Cerré la puerta del baño. Sentado sobre la taza del váter, mordí la toalla para no gritar.

Ya en la calle, bajo un cielo plomizo que decoloraba los edificios pastel de Haidhausen, tardé varios minutos en dirigirle la palabra.

–¿Se puede saber qué coño haces en mi casa?

–Pensé que era una buena oportunidad de conocer a tu familia.

–Deja... a mi familia... fuera... de esto.

Con cada bloque de palabras golpeé mi puño contra la palma de mi mano.

–Ya sabes que en este caso eso no es posible.

Buscó en los profundos bolsillos de su guardapolvos.

–¿Crees que éstas están bien?

Había sacado dos o tres fotos de Pilar y Matilda del bolsillo. Eran de los días que habíamos pasado en Starnberg con Tomoko nada más llegar a Alemania.

–¿De dónde has sacado eso?

–De tu álbum, de dónde, si no. No te preocupes, no se ha dado cuenta. Se fue a hablar con Matilda, posiblemente para que no saliese de su cuarto mientras yo estuviese allí. Las necesito para la documentación. No sabía cuánto le habías contado ya... ¿Te parecen bien o no?

La cara sonriente de Matilda, sus hombros desnudos marcados por el tirante amarillo del bañador, me hizo volver a oler aquella crema solar, ver en alguna parte a la pequeña tortuguita naranja.

–¿Me estás diciendo que te has colado en mi casa por unas putas fotos de pasaporte?

Dobló las fotos lentamente, marcando bien el doblez con una uña recta, gruesa y cortante, y volvió a cerrar sus ojos en torno mí.

–He entrado en tu casa...

Se acercó un paso más. Olía a café y a un suave *after shave*.

–... Para que esta misión salga bien.

El conejo tiñoso de las desmaravillas volvió a asomar por su boca, los labios secos y grises.

–¿Y sabes qué, Lauro? Saldrá bien. Cuando nos vimos en la cafetería, tuve alguna duda. Pero ahora...

Sentí la presión de sus manos gruesas y romboides, casi sin dedos, como pezuñas de cerdo, sobre mis hombros. Con la derecha llegó a tocarme el cuello.

–Ahora me voy tranquilo.

Me dio unas palmadas en ambos brazos, a modo de despedida. Pensé en Calvino, en los zapatos puntiagudos asomando por la sábana, en los trozos de su cuerpo apilados en los bajos húmedos de un museo fracasado. Silenciosamente, el árbol del miedo comenzaba a tomar cuerpo dentro de mí y presionaba el interior de mi piel, haciéndome inflexible.

–Cuídate, Lauro. Y cuida a esas dos reinas... ¡No hay como conocer a la familia de un hombre para entenderlo mejor!

Desde entonces, sólo hemos hablado por teléfono o a través de intermediarios, nunca en persona. Pero en más de una ocasión, en un vagón de metro o en el asiento de un avión, me he girado creyendo ver su mano ovalada asomar desde el agujero de una manga.

CAPÍTULO TREINTA

Debió de ser por la ley de la escasez: se valora lo que falta.

Según aterrizábamos sobre la ardiente manta de arena del desierto libio, sólo se me ocurrían canciones con la palabra «lluvia».

–Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva, los pajaritos cantan, las nubes se levantan...

Cuando canto, se me pone voz de gallina, pero desde la cabina el piloto no me oía.

–El patio de mi casa es particular, cuando llueve, se moja como los demás... ¡Madre mía! Quema con verlo.

La arena tenía el color vivo del pan al salir del horno. Encogí instintivamente los dedos de los pies.

Rodamos por una pista que el piloto debía saberse de memoria. Yo únicamente distinguí una sierra de dunas, todas iguales. Cuando abrió la puerta y la volteó para que sirviera de escalerilla, un globo de aire ardiente inundó el pequeño aeroplano.

–Los patitos en el agua meneaban la colita. Uno a otro se decían: «Ay, qué agua más fresquita».

El piloto ni me miró. Se despidió con un saludo militar e, ignorando mi musical descenso, trepó de vuelta por los cuatro peldaños y cerró la puerta del avión tras de sí. Sólo entonces distinguí a lo lejos un *jeep* marrón, camuflado sobre la arena salvo por su estela de polvo.

–Doctor López Lobo, bienvenido.

Un hombre corpulento con fuerte acento francés se levantó del asiento del copiloto. Me estrechó la mano, agarró mi mochila y la lanzó en la trasera, todo de un movimiento. Me invitó a subir indicándome donde tenía que poner el pie. El conductor giró ciento ochenta grados y

aceleró, creando una nueva lengua de polvo al lado de la que aún flotaba sobre la arena.

–No he entendido su nombre.

Veía su cuello grueso, barnizado por el sol y fúlgido por el sudor, coronado por un áspero corte de pelo. Esperaba antes que nada un cargo militar sobre el que empezar a construirme un contexto. Tardó unos segundos.

–Julius.

Le dio indicaciones en francés al conductor y no dijo nada más. La arena en suspensión, el sol azotándonos directamente y el ruido del motor que rugía bajo el asiento de plástico me hicieron desistir de entablar más conversación.

Cuando el *jeep* redujo la velocidad, de repente, una tras otra, como en un juego de espejos, varias tiendas militares tomaron forma. Eran extensos rectángulos de camuflaje apuntalados en la arena. Había al menos diez de menor tamaño, ordenadas en fila y, enfrente, tres más grandes. Ninguna tenía ventanas al exterior. A simple vista parecían aisladas, unidas quizá por algún túnel subterráneo. En una de las tiendas más pequeñas se percibía un trozo superpuesto de la misma tela, dejando entrever la negra costura de entrada.

Julius se bajó con un salto felino, cogió mi mochila y le dio una orden breve al conductor, que arrancó en cuanto yo estuve fuera del todoterreno. Salió de la pequeña plaza creada por la disposición de las tiendas y despareció entre ellas.

–Sígame.

Avanzó a zancadas pese al calor y la arena.

Las canciones infantiles se solapaban en mi mente, no sé si buscando el refugio de la lluvia invocada o la banalización del abismo. Sentía el sudor embalsarse en cada pliegue y rodar piel abajo.

Julius se paró de golpe delante de una de las tiendas, agarró con certeza la costura por la que abrir y sonrió.

–Usted dormirá aquí.

Soltó la mochila sobre el camastro casi con delicadeza. Se notaba que controlaba cada uno de sus movimientos. Por primera vez le vi los ojos

al levantarse las gafas de sol. Me parecieron oscuros y grandes. De cerca era todavía más alto.

Levanté el fino colchón de espuma. Estaba apoyado sobre un catre parecido a los que Mario y yo habíamos usado en acampadas. Ideal para dormir de lado, ocupaba casi la mitad de la tienda. La otra mitad la llenaba un baúl a modo de banco y un espejo.

–¿Y la ducha? ¿El servicio?

–El *toilet*, a cinco metros en esa dirección. Acuérdese de echar arena encima cuando termine. La ducha...

Abrió el baúl y sacó un paquete de toallitas mojadas.

–Guárdelo siempre aquí o será seco. Pero yo no creo que usted tendrá problemas. ¡A casa pronto!

Sonrió de nuevo, dejando ver unos dientes cilíndricos enmarcados en sarro, como rollitos de arroz.

–Si todo es correcto, vamos a su zona de trabajo.

–Lo estoy deseando.

Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva.

Al salir, me quedé ciego unos instantes por el sol.

–Tome. Necesitará unas de éstas. Yo tengo más.

Sentí a Julius clavándome las patillas húmedas de sus gafas. Toda la montura estaba sudada. Agarré los tirantes de mi mochila.

–No puedo aceptar sus gafas, Julius.

Me las separé de la cara.

–Claro que usted puede.

Empujó de nuevo las gafas sobre mi nariz con su grueso índice, ajustándolas con fuerza.

Los pajaritos cantan, las nubes se levantan. Que llueva un chaparrón.

–Todo está listo para usted.

Atravesamos la plaza de arena hacia la tienda principal, del tamaño de una pista de baloncesto. El ronroneo de unos motores y un fuerte olor a gasoil me distrajo del ardor de la arena. Julius abrió una cremallera en uno de los laterales y luego otra interior en lo que parecía una pared de plástico rígido. Hizo ademán de que pasara rápido y cerró

consecutivamente cada cremallera. Abrió entonces una tercera en una cortina semitransparente.

Fue como saltar a una piscina. El calor desapareció, la presión disminuyó, los aldabonazos en mi cabeza se amortiguaron. Al fondo, pude ver el escáner de PET-CT, impoluto, resplandeciente, de última generación, y una mesa con material de reanimación e instrumentos quirúrgicos. A la izquierda había tres pantallas planas con constantes vitales reflejadas, cada una con su teclado sobre una mesa de formica blanca larga sin cajones. A la derecha, dos hombres con bata blanca miraban datos sobre un cuarto ordenador, del que salían cables de varios colores hacia las tres camillas en el centro de la habitación.

Los hombres tumbados en ellas parecían cada uno dormir su sueño en un huevo de luz, tres cáscaras blancas pendiendo de tres lámparas de quirófano. Tenían una vía en cada brazo. Salvo por el murmullo de los motores de gasoil generando electricidad, el silencio era casi total, y hasta pude oír el teclear en el ordenador antes de que las dos personas con bata blanca se dieran la vuelta.

–¡Doctor López Lobo! ¡Cuánto honor!

Dejé la mochila en el suelo para estrecharle la mano. Me saludó en un perfecto español, pero me pareció intuir un acento alemán.

–Soy el doctor Schwarzkopf. Éste es mi ayudante, el doctor Roth.

Bingo. El nombre de Schwarzkopf me sonaba, aunque su rostro, blando e iluminado por una semicircunferencia de pelo blanco, no me decía nada. Quizá de alguna publicación. Siempre he sido un desastre para las caras. De Roth ya ni me acuerdo.

–Estamos a su servicio. Hemos estabilizado a los pacientes en un nivel óptimo de inconsciencia, según los parámetros de sus investigaciones.

Hizo una pausa buscando mi aprobación. En vano.

–Esperamos sus indicaciones sobre cómo proceder. ¿Qué podemos hacer por usted?

Miré alrededor y trasteé un poco con su ordenador. Podría estar en un laboratorio en Nueva York o en Fráncfort. Olía levemente a combustible y a menta, y en una pequeña mesa redonda cerca de la puerta había una bandeja plateada llena de pequeños vasos de cristal con

filigranas doradas, algunos usados y otros limpios, apilados en torno a una tetera metálica y esbelta. No había grandes diferencias con los laboratorios de mi universidad.

–Café.

–¿Cómo dice?

–Un cortado me vendría bien. Me he levantado muy temprano hoy.

Se miraron entre sí.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

–Café no va a ser posible, señor doctor. Y menos un cortado. Podríamos intentar que alguien le hiciera un café turco. Sin leche... La leche no es posible.

Me acerqué a las camillas. Dos eran caucásicos y otro árabe. Los tres jóvenes, altos y de corte atlético. Los tres con el pelo rapado y la barba perfectamente afeitada. Estaban desnudos, pero la sábana gris sólo dejaba ver su cabeza, apoyada sin almohada sobre la misma camilla. La temperatura dérmica era normal al tacto, algo baja, y estaban completamente sedados. Me dejaron un olor a desinfectante en los dedos.

Pensé en las dificultades para eliminar el poso del café de la boca, dadas las instalaciones de aseo.

–Té está bien. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

–Ése desde el jueves. Los otros dos ya llevan cuatro días.

–Me refiero al té.

–¡Ah! No, no. El té es de hace menos de media hora. Lo cambian seis veces al día. Nos pareció suficiente.

Palpé los músculos del brazo de uno de los hombres blancos, como las pechugas de pavo en las que queda la huella de la mano al apretar.

–Cuatro días ya, ¿eh? Sedados siempre.

–Sí, señor.

–¿Y alimentación intravenosa?

–No, señor.

–¿De qué tipo?

–Ninguna, señor.

Sus ojos me devolvieron la interrogación como un espejo.

–¿Y cuánto tiempo piensan tener a estos hombres muriéndose de hambre?

–Esperamos que usted termine su misión cuanto antes y estos soldados puedan recuperarse físicamente... Ante la incertidumbre, nos pareció... innecesario.

Soldados. Me pregunté qué atrocidades necesitaría extraer y para qué, y dónde estaba la cota ética inferior de Cortázar.

–Su té, señor.

Me lo bebí de un trago. El azúcar se me pegó en la garganta. Mi cuerpo agradeció el líquido, y mi cerebro, la glucosa.

–Acérqueme la silla con ruedas. Y la mesa de té. Enchufe por favor mi portátil donde pueda.

El investigador más joven buscó la aprobación de Schwarzkopf antes de rodar la silla hacia mí.

Me puse en la cabecera de la primera camilla, ajusté la altura y la luz sobre ella.

–Y su bata, señor. Aquí la tiene.

Mejor parecer parte del equipo.

–¿Cortázar les dijo que los sedaran así?

–¿Quién?

Se miraron con una extrañación sincera. Miré hacia la puerta buscando a Julius, pero ya no estaba.

–Están demasiado sedados, casi en coma. Hay que despertarlos.

Saqué los dados de mi bolsillo y los dejé sobre el teclado del portátil. Pensé en Pilar y Matilda brevemente; mañana tendrían que salir hacia Hamburgo. Con la yema del dedo acaricié los lunares blancos sobre las caras de coral: era un cinco.

–¿Despertarlos?

–No del todo, claro está. Elevarles la frecuencia de las ondas gama. Las alfa están bien.

Recoloqué los sensores sobre el lóbulo occipital y temporal y comprobé el resto. Señalé hacia la pantalla.

–Fase REM, doctor Schwarzkopf. Fase REM.

Sabía que era una información lo suficientemente vaga como para dejarlo pensando mientras yo realizaba mis mediciones personales y alteraba la sedación.

Quizás en el futuro, pero entonces no. Y aún no. Yo sigo siendo el único. El istmo.

Coloqué el USB de Cortázar en el portátil y lo acerqué aún más. Abrí el documento con sus indicaciones sobre los tres hombres.

La nueva combinación química bajó por el tubo de plástico como agua de vida, y sin ninguna dificultad entró en las venas del primer hombre, que en cuestión de segundos recuperó temperatura corporal y movió la cabeza.

Cortázar había preparado la información que me permitió localizar la memoria que debía ser eliminada en los tres soldados. En todos los casos, era una extensión amplia y alcanzaba varias partes del cerebro. Yo era consciente de las alteraciones que esto supondría en sus vidas. No reconocerían a sus hijos, no sabrían los idiomas aprendidos de adulto, tendrían que volver a aprender a conducir, y quizá volver a enamorarse.

Los indicadores que fosforescían sobre la pantalla orientaban mis pasos. Yo descendía por la escala preparada por Cortázar, pregunta a pregunta, adentrándome en el jardín subterráneo de esas personas. Los hombres daban respuestas precisas y cortas, siempre culminadas con «sí, señor» o «no, señor».

El hipocampo resultaría gravemente afectado en los tres casos. La pérdida de esta zona cerebral destruye la capacidad de convertir los recuerdos a corto plazo en recuerdos permanentes, por lo que a partir de ahora los tres quedarían quizás incapacitados para consolidar memoria. Reconocerían a una persona durante unas horas, pero al día siguiente o a los pocos días podrían volver a conocerla por primera vez. Tendrían que aprender el camino a casa regularmente.

Amentes. El riesgo existía. Peor que muertos.

A medida que descendía, las plantas eran más exóticas, el perfume de las flores más afrutado, sentía la senda interior convertirse en descendente y mi corazón apresurarse, como el del descubridor que

pone pie en la playa y aparta las ramas de la tierra nueva, inexplorada, para ver más. Más.

Que llueva, que llueva. La virgen de la cueva.

La tetera lanzó un destello en la penumbra en torno al círculo iluminado de las camillas. Les pedí que controlaran las constantes vitales desde la mesa alargada junto a la pared. Llevaban cuatro horas allí sin moverse, mirándome.

Los pajaritos cantan, las nubes se levantan.

Cortázar pretendía formatear a esas personas y dejarlas con una funcionalidad mínima. Y, además, por alguna razón, poseer lo recortado. Fragmentos de sus vidas.

O puede ser que pretendiese solventar un proceso al que ya se les había sometido. Recordé que Tomoko mencionó meses atrás, en una de nuestras comidas cuando aún conversábamos, una investigación no oficial para maximizar el comportamiento de los soldados en el frente de batalla a base de fármacos.

El tercero de los soldados me costó un poco más. Las experiencias de los últimos meses le habían impregnado especialmente. Su cerebro revertía también una mayor complejidad, la parte del idioma estaba especialmente poblada e irrigada. Su jardín era más frondoso y fértil que el de los otros dos. Su vida como soldado tocaba aspectos de una memoria vieja, posiblemente de su infancia, quizá relacionados con una familia de militares.

Reforcé las ondas gama para evitar profundizar más en la destrucción de su memoria implícita. Las experiencias quedan principalmente almacenadas en la memoria explícita. El problema es que también a veces éstas acuñan la memoria implícita, a la que no se tiene acceso desde la consciencia, pero que sin embargo influye mucho en nuestro comportamiento. Él no debe saber sabe por qué, quizás un abuelo en la reserva con los bolsillos llenos de caramelos o un vecino militar que le enseñó a acampar, pero este valiente soldado siempre ha querido dedicar su vida al ejército.

Que caiga un chaparrón.

Sólo con él casi estuve cinco horas. Al salir de la tienda para tomar aire, el sonido de la cremallera alteró el sopor de Schwarzkopf, que hizo como que tecleaba algo, mientras que Roth siguió dormitando, la cabeza ladeada hacia atrás y emitiendo un leve ronquido, como una abeja. Fuera, un alba rosa y tersa daba al desierto un tamaño acogedor. Respiré la brisa intacta. Venus lucía aún.

Cuando se borra la mente de las personas, se quedan sin pasado, sin capacidad de interpretarse, de entender quiénes son. La estructura de la persona se colapsa, la mente pierde los planos, no puede dar sentido a las partes. La consciencia se hace leve, casi inexistente, y uno es entonces más robot que persona.

Soldados, bienvenidos a la guerra.

Que rompa tus cristales y los míos no.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Toda una vida no es suficiente para contemplar una estrella. Una mente humana no puede observar su espectro completo. Las personas se pasan información unas a otras y, generación tras generación, consiguen finalmente clavar alfileres al astro y diseccionarlo. Por ejemplo, hace mil años los chinos registraron durante décadas que había dos soles. Hoy se sabe que el segundo sol era una supernova.

Yo aspiro a que mi disección del cerebro permita algún día que todos los alfileres sean puestos por la misma mente. Diríamos, por la misma persona.

Dejé la mochila sobre la arena fría y contemplé de nuevo el horizonte, que había cambiado del rosa al violeta. Venus y un arañazo de luna parecían celebrar el éxito. La verdad es que la escasez de astros visibles me decepcionó mucho en mi primer amanecer en el Sáhara. En el centro de la Vía Láctea la densidad de estrellas es mucho mayor que en nuestro sistema solar; sería de día siempre si la Tierra estuviera situada allí. Cerré los ojos e imaginé esa luz estelar permanente.

Cuando los abrí, Julius estaba a unos metros, venía de los servicios. Guardó su paquete de toallitas en el bolsillo a la altura de la rodilla y se acercó.

–Buenos días, doctor. ¿Todo bien?

–Terminado.

–Bravo. ¡El mejor de los pronósticos!

Hizo un gesto de estrecharme la mano, pero la retiró.

–¿Con qué resultado?

Lo miré afilando los ojos e hice una pausa. En el desierto, estas pausas son absolutamente silenciosas, las he probado más veces. Agravé la voz.

–El acordado.

–Claro, claro... ¿Y eso quiere decir que... los soldados... podrán regresar a casa pronto?

–Depende de lo que entienda por regresar, Julius.

Me dio pereza nada más oírlo salir de mi boca, así que lo arreglé.

–Por supuesto, podrán regresar. No hoy, porque están muy débiles. Mañana o pasado.

–Estupendo... Desayunamos. Allí, en la primera tienda. Pase a la mesa de oficiales, al fondo. Lo veré en un momento. Tengo que hablar antes con los doctores Schwarzkopf y Roth. Protocolos.

Sentí la lengua como un ovillo de cuerda, la saliva gruesa enganchada entre los dientes. Me llegó de repente un olor a pan y aceite caliente. Mi estómago rugió.

Apreté los dados en el bolsillo. Recogí la mochila y me dirigí hacia la tienda indicada. Todo era arena hasta donde se perdía la vista. Una cárcel perfecta.

Dentro de la tienda, apenas se difundía la luz entrante a través de la tela que hacía las veces de puerta. Había un par de mesas corridas con bancos a los lados y dos grupos de cuatro jóvenes sentados, uno en cada mesa, todos varones, de espaldas cuadradas, brazos como husos y pelo esculpido al ras del cráneo. Parecían el *merchandising* de una película de guerra en el golfo Pérsico. Al fondo, una tercera mesa estaba cubierta con un hule verde oliva y tenía en el centro una triste margarita de plástico en una botella de cerveza a modo de florero.

Cuando entré, se hizo un breve silencio. A mis espaldas se reanudó pronto la conversación y el tintineo de los cubiertos. El soldado tras la barra, algo más joven que los otros, se acercó a la mesa con una cafetera de cristal en la mano y un tanque de estaño.

–¿Tostadas o cereales, señor?

Dejó el tanque en la mesa, sirvió el café, del que no salió ningún vapor ni aroma, y puso al lado un cuenco con bolsitas de leche en polvo y de azúcar. De algún sitio sacó unos cubiertos perfectamente envueltos en una servilleta de papel, también verde. Despegué la taza del hule y sorbí. Sabía a cuero y metal, como si hubieran hervido el agua en una

olla desconchada y luego la hubieran escurrido con una manga de piel de vaca.

–¿Los cereales son con leche en polvo?

–Sí, señor.

–Tostadas. ¿Con mantequilla?

–Con aceite, señor. O pasta de avellanas. También hay queso de camella.

–Aceite está bien.

No pude evitar comprobar la higiene en los cubiertos.

–¿Cómo lavan todo esto luego? Quiero decir, el agua.

–Se recicla, señor.

Antes de que pudiera preguntarle más, se dio la vuelta y dio instrucciones a otro soldado, que empezó a sacar finas tortas de pan de un saco de plástico y a repartirlas sobre platos de estaño. El primer soldado volvió con uno de esos platos y una garrafita con aceite casi iridiscente.

Tenía un hambre atroz y estaba sediento. Miré hacia el tanque de café negro.

–¿Quiere una Coca-Cola?

–¡Por favor! Una Coca-Cola, ¡qué bien!

El soldado sacó una lata de detrás de la barra y la dejó sobre el hule. Al abrirla, los soldados de las otras mesas volvieron las miradas hacia mí.

–Están racionadas. Exclusivamente para oficiales.

Debía de ser especial para el ejército, nunca antes una Coca-Cola me había sabido bien. Aunque la he probado luego en varias ocasiones, nunca después tampoco.

Me comí el pan con aceite rápidamente y le pedí otras dos tortas al que ya consideraba mi mejor amigo en el campamento. También las devoré, el aceite resultó exquisito, y hasta me bebí la mitad del café semisólido.

Pude distinguir entonces que los soldados no iban vestidos como tales, sino que llevaban camisetas de civil, entre ellas al menos una de los Nicks, una de la Universidad de Pensilvania y otra del París Saint

Germain. Hablaban inglés y francés, aunque también me pareció oír alguna palabra en árabe. Llevaban pantalones miliares oscuros, todos iguales. En una mesa estaban hablando de baloncesto, NBA, y en la otra me pareció que la conversación versaba sobre una alternativa para una ruta que habían hecho el día anterior hasta la casa de un cabrero, aunque cuando cambiaban al francés me perdía.

Julius apareció de repente, distinguí la cabeza prismática al contraluz, y se acercó hasta mí. Daba la impresión de ser un hombre que sólo sabía caminar a zancadas.

Me limpié la boca con la servilleta de papel y le hice un gesto para que se sentara delante de mí. En alguna parte de su angulosa cabeza guardó lo que había venido a decirme y se sentó.

–En breve tiene que salir usted, ya ha terminado su trabajo con nosotros.

Enseñó sin reparo los astilleros oxidados de sus dientes. Tuvo que haber sido un joven guapo.

Le sirvieron un café como el mío.

–No, gracias. Una Coca-Cola, por favor... Nada más, ya he desayunado antes.

El soldado produjo otra lata milagrosa, y nuevamente nos llovieron miradas de celo.

–El café me da diarrea.

A buenas horas.

—¿Chinchín?

Levantó su lata en el aire.

–Por el éxito de su misión. Y por lo que es más importante: ¡un buen regreso a casa!

No sabía si se refería a los hombres de las camillas o a mí.

–Pensé que querrían que yo estuviera presente cuando se despertasen.

–No es necesario. Si hubiera algún problema, sabemos dónde encontrarlo... Y es importante enlazar bien el transporte, si no, podría usted pasarse aquí un mes.

Apreté la Coca-Cola.

–El vehículo está listo ya, pero aún espero un maletín para usted.

–¿Un maletín?

–Con un millón de euros. Y los pasaportes. El resto del dinero le espera en esta cuenta.

Me dio una pequeña ficha de plástico naranja, del tamaño de un euro y con un agujero en el centro. Sobre una cara llevaba inscrita una larga cifra de una cuenta bancaria. Sobre la otra, lo que parecían una clave muy rebuscada de una wifi.

–No la pierda..., o tendría que volver a trabajar para nosotros.

Se le escapó una risa corta y aguda, como si tuviera un grillo en la garganta.

–No tengo intención, gracias... Entonces, ¿antes del mediodía?

Cualquier alternativa anterior a la hora de comer sería mejor.

–O menos. En cuanto podamos. Necesitamos aprovechar el próximo enlace.

Estaba claro que Julius intentaba ser amable y que no tenía práctica. Inserté la ficha en el mosquetón con el que amarraba mis USB.

–Hoy va a hacer por fin dos grados menos. Tarda en llegar el invierno más y más.

–¿Y eso cuánto es?

–Cuarenta y ocho. Usted no lo notará, doctor, pero su cerebro sí.

Me hizo gracia.

–Beba, le vendrá bien. El azúcar también.

Sin duda, Julius era como uno de esos dibujos donde si te fijas en unas líneas ves una encina, y si te fijas en otras, una señora con sombrero fedora. No sabía muy bien si era un tonto con trazas de listo o un listo haciéndose el tonto.

Me pareció que se terminaba la lata en el segundo trago. Acercó su rostro sobre la mesa para hacerme otra confidencia mientras me guiñaba un ojo.

–Le daremos otra Coca-Cola para el viaje.

Bebí.

–Dígame, Julius... Nunca había visto un grupo de soldados tan... cortados por el mismo patrón. ¿Los escogen por el aspecto? ¿Es antes el huevo o la gallina?

Miró hacia los soldados mientras tragaba con disfrute lo que parecía ser definitivamente el último sorbo.

–Son individuos reconocibles y distintos, doctor. Lo que plantea es simplista, especialmente viniendo de una persona tan inteligente y cultivada como usted, capaz de observaciones precisas y máximas.

La señora del sombrero.

Buscó las palabras en el fondo de la lata.

–Además, doctor, no se trata de la ortodoxia, sino de la ortopraxia. Lo importante es que actúen todos como un solo hombre cuando se enfrenten al enemigo.

La encina.

Desde la luz de fuera se acercó un soldado con una mochila. El contraste con la oscuridad de la tienda cada vez era mayor, y también empezaba a percibirse que ahí dentro estábamos al fresco, al menos en comparación.

El soldado le entregó la mochila y, tras los pertinentes saludos militares, desapareció por donde había venido. Era una bolsa de tela de camuflaje con dos tiras rematadas con hebillas. El hebijón apenas asomaba por el último agujero, y las costuras no daban más de sí.

–Nunca me acostumbraré a lo que ocupa un millón de euros. Deben de ser billetes de cien. Aquí tiene, doctor. Lamento que no sea un maletín.

–No importa. Está bien así.

Di un par de palmaditas sobre la barriga de la bolsa, como si fuese el lomo de un perro. Levantaba un palmo sobre la mesa.

–Pues ya estamos listos, ¿no? Tengo todo mi equipaje conmigo. Por cierto, no he llegado a acostarme, así que no tienen que lavar nada... Si acaso pensaban... Hablando del tema, ¿cómo es eso del agua reciclada? ¿Para fregar?

–Doctor, listos no estamos, ¿no?

Otra vez la encina.

–¿A qué se refiere?

Me acerqué más la bolsa de camuflaje, apretándola.

–Necesito lo que ha borrado. De las mentes de esos hombres. Era parte del trato, ¿no es así?

Busqué un bolígrafo en el bolsillo de mi camisa.

–Está en un servidor de mi universidad en Alemania. La clave es ésta.

Escribí la combinación de veintiocho cifras y letras sobre la servilleta verde. La partí en dos y le acerqué un trozo sobre la mesa.

–El resto, cuando mi familia y yo estemos en destino... No la pierda, o tendrá que volver a pagarme.

Le guiñé un ojo.

–*Allons-y*.

El que me parecía el mismo *jeep* del día anterior nos esperaba a la sombra de las tiendas alineadas. Hubiera jurado también que era el mismo conductor.

–No, súbase a su lado.

–¿Usted no viene?

–Disfruto mucho de su compañía, pero tengo otras tareas hoy.

–Encantado..., Julius. Es su nombre de verdad, ¿no?

Se rio forzadamente, los astilleros al aire.

–¡Pero qué simpático es usted, doctor! Bien, hoy el satélite va en hora.

Miré hacia el cielo. El azul pálido camuflaba el infierno de cuando el sol fuese todopoderoso.

–Eso es Venus, ¿no?

–No, doctor. Eso es nuestro satélite. Buen viaje.

–Julius, todavía tengo una pregunta...

Con un pie aún en el suelo, me giré hacia él.

–Si va a preguntarme por el agua de fregar, doctor...

–Hoy por hoy, ¿no sería más práctico matarlos?

–Doctor, qué cosas tiene... Necesitamos a estos hombres. ¿Cómo, si no, aprenderemos? ¿Cómo hacerlo mejor? Necesitamos sus reacciones, su memoria.

–Pero ahora serán casi como robots formateados, vacíos. Personas vacías.

–Mucho más eficiente humanos robotizados que robots humanizados. Posiblemente el soldado perfecto esté en algún punto entre estos dos,

¿no cree...? Buen viaje, doctor.

El *jeep* arrancó con fuerza y tuve que sujetarme al parabrisas, apretando mi equipaje entre los tobillos.

Levanté la mano en forma de despedida, sin volver la vista, cuando ya cogimos ruta.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Cuando el mar de zinc apareció a lo lejos, radiante y casi liso, como el tejado del hogar visto por fin desde la última curva de la carretera, pensé ingenuamente que estaba llegando a algún sitio, que era el fin de algo. Bien pensado, quizá lo era. Era el fin del principio.

El conductor, que dijo llamarse Marcus y sólo hablaba armenio y algo de francés, acercó el *jeep* al borde del agua y recorrió varios kilómetros de playa hasta que pareció reconocer una duna o unas hierbas. Parecía ver señales de tráfico donde yo sólo veía dunas, más o menos grandes, más o menos anchas, más o menos chatas. Curvó y detuvo el vehículo, sin parar el motor. Sacó una botella de agua de debajo de su asiento y me la ofreció, haciéndome gestos para que me bajase. Tiré las mochilas a la arena y salté fuera. Arrojó la botella junto a las mochilas.

–*Good luck.*

Sin un mínimo de expresividad, aceleró y se alejó por donde habíamos venido. Cuando estaba a un par de kilómetros, dio la vuelta y llegó de nuevo hasta mí. Volvió a meter la mano bajo el asiento.

–*C'est pour vous.*

Tiró una lata de Coca-Cola junto a la botella de agua y nuevamente desapareció playa adelante. Agradecí las gafas de Julius. Agua, arena y cielo eran ya una pirámide bruñida bajo el sol imperial. Cuando el vehículo era tan pequeño que casi ya no distinguía la cabeza del conductor, giró a la derecha y desapareció.

Esperé cuatro horas y media en aquella playa, amplia, larga y desierta como las de los paraísos. Me bañé dos veces, y dos veces se me secó la ropa. A lo lejos se veía un islote cubierto de gaviotas, golondrinas de mar y cormoranes, y más allá, varios cargueros del tamaño de una

cerilla, aunque debían de ser grandes como castillos. Distinguía los contenedores de uno, naranjas, rojos y marrones.

Se me había pasado el hambre y tampoco tenía sed, lo que comenzaba a preocuparme. Pasados unos límites, el cerebro bloquea cualquier gasto inútil de energía, las compuertas del deseo se cierran y se concentra exclusivamente en la supervivencia. Quieres estar tumbado, nada más; cualquier movimiento se hace inadmisible. La camisa comenzaba a rasparme por el salitre pegado a la piel recalentada. Cerré los ojos y me concentré en el sonido de las olas. Quería contar hasta tres mil olas antes de permitirme quedarme dormido.

Entonces sentí el diapasón quebrado, las olas dejando de ser harmónicas. Una ola se deslizaba sobre la arena y, al segundo, dos más pequeñas resoplaban detrás. Un nuevo manto blanco de espuma tersa caía sobre el espejo de la playa, y ahí estaban otra vez, dos o tres bufidos de agua en cola. Reuní fuerzas para levantar la cabeza de la arena y entreabrí los párpados.

Un bote neumático con el motor izado se acercaba hacia mí con un hombre de camiseta violeta remando con fuerza, de espaldas a mí. Me levanté todo lo rápido que pude, me mareé y me caí, pero volví a levantarme. Primero de rodillas, después de pie, agitando los brazos. El hombre se dio la vuelta y, al ver la cercanía de la costa, me hizo gestos para que yo caminase hasta él.

Con mucho esfuerzo, conseguí que las dos mochilas llegasen hasta el bote sin mojarse, pero dio igual, porque en el interior había varios centímetros de agua. Mi bolsa, con la base de tejido plástico, sería impermeable durante un rato, pero la del dinero estaba ya húmeda. Me agarré a las cuerdas laterales del bote y puse mi vista al frente.

–¿Ése? *That one?*

El hombre, con el rostro curtido y unos ojos asiáticos aún más estrechos por las arrugas, asintió. Íbamos hacia el carguero de los contenedores rojos y naranjas.

–*The motor. Use the motor.*

–*More time, more time.*

Agitó la mano hacia delante, como quien marca una dirección. Cuando nos habíamos alejado de la playa doscientos metros más, encendió el motor, el bote se empinó, y las mochilas rodaron hacia la popa, varadas en un gran charco de agua. Apreté los amarres entre mis manos. Nadie ha rechazado nunca un billete de cien euros por estar arrugado. Después de la lentitud impuesta por la costa, me pareció que volábamos sobre el mar.

El carguero llevaba su nombre pintado a estribor cerca la proa, con grandes letras blancas sobre un color que debió ser rojo años atrás: *Saile Samot*. Nos izaron con el bote e hice pie sobre un suelo de metal, cincuenta metros sobre el agua. El barco parecía inmenso, pero la sensación era de encajonamiento. Como un túnel a cielo abierto. Largo, alto y estrecho.

Hacia arriba, el espacio era infinito, pero hacia los lados no podías extender ambos brazos. Me confinaron al final de un estrecho puente a babor, donde me dieron un camarote con un camastro pardo, un espejo cuarteado y un lavabo del tamaño de un cuenco en el que un grifo del mismo rojo de las paredes escupía agua tibia y salada. Todo había sido repintado varias veces, capa sobre capa, y olía a óxido y lejía. La cocina estaba justo detrás del muro de metal, y podía oír el aceite chisporroteando junto a mi cabeza y las frases cortas y puntiagudas del cocinero. Me pareció que hablaba en chino o en algún idioma parecido.

Sólo podía ir del camarote al comedor, y siempre por el mismo camino. El hombre ruso que me recibió a bordo y me dio todas las instrucciones, el único que me habló durante toda la travesía, me advirtió de que tenía permiso para matarme si me salía del perímetro y que tardaríamos tres días en llegar a Hamburgo. Podía fumar en el puente, pero, si me pillaba haciendo pis desde la cubierta, me quitaría la llave del servicio para toda la travesía. El desagüe con puerta estaba dos camarotes más allá, un rollo de papel higiénico colgaba de una cuerda, y lo cerraban de noche. No debía intentar entablar conversación con nadie más y, *I repeat*, no pasearme por el barco.

El primer día se hizo corto. Comí todo lo que pude, sobre todo pasta, arroz con una carne dura pero sabrosa, quizás era la salsa naranja con

mucho ajo y comino, y galletas, y dormí mucho. El segundo día se alargó. Esperé casi todo el rato a que se hiciera de noche, el mar se tornó monótono y previsible. Siempre había pensado que era como el fuego, que lo podías mirar indefinidamente, pero no es así. En el fuego debe de haber algo atávico que no hay en el mar.

Recorrí el trozo permitido del puente varias veces. Al final, desde la esquina, se veía una fina separación entre dos columnas de contenedores. Doce en cada columna, al menos treinta columnas. Cerca del puente de mando localicé dos o tres contenedores apartados, uno de ellos gris.

Por otra separación perpendicular algo más ancha, contemplé la estela del carguero. Imaginaba que estaba fuera de mis límites. No se veía a nadie por ningún lado y se oía el mar rompiéndose como la respiración de un lobo dormido. La luz de la espuma blanca me atrajo. Pensé en el ordenador donde guardaba realmente la memoria de los tres hombres. Cogí mi mochila, aún húmeda, y caminé entre las columnas de contenedores, hacia la popa. Soplaba un viento bullicioso. Arrojé el portátil por la borda y conté tres segundos antes de que se estrellase contra el agua blanca, como una piedra engullida por una avalancha oceánica. Luego saqué mi móvil, aún con migas amarillas en el borde de la carcasa, y lo dejé caer.

Sentí como si fuese un trozo de mí, el tragado por las aguas. Un caparazón grueso, una dureza parasitada, un postizo díscolo y pesado, arrancado por fin. Lo que quedaba era un nuevo yo, allí, asomado a la barandilla de mi vida por estrenar.

Nuestra identidad, por supuesto, es plástica y se adapta a nuestra memoria. Somos lo que recordamos que somos. Lo que resulta más interesante es que nuestra memoria es también plástica y se adapta a nuestra identidad. Es decir, somos lo que recordamos, que no deja de ser una versión.

A lo lejos distinguí tres barcos mínimos en la infinita agua que los rodeaba. Pateras de emigrantes. Hombres y algunas mujeres. De pie, mirando al frente, aspirantes a cambiar su memoria de plomo.

Supuse que pasarían muchos cargueros por Singapur, y quizá yo los pudiese avistar desde mi nueva casa. Esperaba que el que nos llevara hasta allí fuese más cómodo que ése.

El viento silbaba por los recovecos de los contenedores. Seguía sin ver a nadie, y decidí caminar hacia la proa. La hoja metálica colosal del barco cortaba la inmensidad del nuevo mar y abría una herida gigante en la que cabía todo el buque y que sin embargo se cerraba a nuestro paso sin dejar huella. Y el mar era nuevo otra vez.

Tenía que volver al camarote antes de que me viera alguien. Cuando encontré mi reloj en el bolsillo del chándal que había dejado sobre el camastro, vi que faltaban aún dos horas para la cena. Me entretuve tirado sobre la manta de lana, imaginando en el techo rojo a Pilar y Matilda en coche hacia Hamburgo, la radio puesta con alguna canción alegre, las dos con gafas de sol, alguna bebida en el portavasos, quizá Matilda con un caramelo en la boca.

Me quedé dormido. Cuando me desperté, ya era noche cerrada y se había pasado el turno de la cena. Decidí, pese a que volvía a ser contra las instrucciones del ruso, acercarme a la cocina. Quizás habría algún resto, alguna olla sin fregar, algún bote abierto.

El cocinero y otros dos marineros estaban comiendo de cuclillas en el suelo mientras jugaban a una especie de taba con las vértebras secas de un animal pequeño. Me miraron los tres a la vez. El cocinero señaló rápidamente, sin levantarse, hacia un cuenco junto a las cacerolas y volvió al juego y a su propia cena. Tomé una porción de arroz con carne y salí a comerla fuera, la noche no era fría y se veía un mar de estrellas. Comí con hambre. Me habría apetecido un café o un té. Y un sofá. Y la piel de Pilar, y su olor, y las hojas grises de sus ojos abriéndose suaves hacia mí para luego cerrarse de nuevo en la confianza de mi abrazo. Mañana. Mañana estaríamos ya juntos.

Devolví el cuenco a la cocina y me encaminé hacia mi camarote. Al mirar hacia el fondo del puente, me pareció que salía luz de uno de los contenedores amarillos, amarrados frente a la cabina de mando.

Cuando amaneció, ya subíamos río arriba por el Elba hacia Hamburgo, que fue apareciendo tímida en el horizonte. Las grúas

descomunales del puerto se inclinaban apabullantes sobre el perfil discreto y recortado de una ciudad rojiza como los ladrillos de un horno de pan.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

–¿Por qué no la sueltas ya? ¡Es un lastre! Olvídate de ella.

–Mario, no es tan sencillo.

–De verdad, no lo entiendo. ¿Qué recuerdos buenos guardas de ella...? ¿Cómo contribuye que... que la mantengas en tu vida? ¿En qué te ayuda?

Mi hermano se enfrentó muchas veces a mí cuando el recuerdo de mi madre reflotaba por una razón u otra. No entendía que yo pagase el alquiler de su nicho, cualquier dinero era mucho dinero. Y por supuesto nunca comprendió por qué mi hija llevaba su nombre.

–No es tan sencillo, Mario... No siempre fue así, como al final, como tú la recuerdas. Tú eres más pequeño.

–Una bruja, eso es lo que era. No hacía más que abandonarnos. Nos recuperaba para cobrar, o cuando de brevas a higos se despejaba su nublada puta cabeza, pero luego nos abandonaba. Se mereció todo lo que le pasó.

–¿Y nosotros, Mario? ¿Nos merecimos lo que nos pasó?

Creo que él era capaz de ser maniqueo porque sólo recordaba un lado de mi madre, el putrefacto. Pero yo sí me acordaba del otro lado, de cuando mi padre estaba vivo: el delantal de las paellas en el campo, las siestas juntos sobre una manta de cuadros azules y verdes bajo las ramas de un árbol. Las cosquillas para el perdedor al parchís contra un sofá de piel granate. Las tardes de sábado viendo la tele con pipas y gominolas. Su mano suave, pidiéndome pinzas de colores para tender sábanas, claras y olorosas. O sujetando la mía, una moneda caliente apretada en la otra, para ir a comprar polos de limón, el mostrador de la tienda a la altura de mi nariz... Y en todos estos recuerdos, fragmentados y

azogados como me llegan ahora, mi madre es luminosa, protectora, perfecta.

–Feliz.

–Pues luego se volvió loca. Se volvió loca, no pasa nada. ¡Se volvió loca, ya está! ¡Punto!

–Estaba mejor al final, créeme. Yo creo que si yo...

–Ya sé por dónde vas. Olvídate, Lauro. No quiero oírlo. No tienes razón. Repito: su recuerdo no me sirve. No me ayuda. No lo necesito. Déjala caer.

–No todo el dolor es malo.

–Por alguna razón, tú te agarras al dolor, a la pesadilla. No sé, quizá te encuentras seguro ahí.

–Hasta las pesadillas son útiles, Mario. Sin los malos sueños, la humanidad no estaría aquí. Con las pesadillas, el cerebro pretende anticiparse, prepararse ante el peligro.

–Lo que tendrías que hacer es prestarle más atención a Pilar. Y dejarte de tonterías.

–El cuerpo humano se queda quieto, inerte, la conciencia en *off*. Tu cerebro se activa y sientes todas esas sensaciones que hay en un sueño como si fueran reales. Tiene que haber una razón para soñar, ¿no crees?

–Lauro, no sé cómo hemos cambiado de tema. Acompaña a Pilar a la consulta. No hace falta que vayas hoy al cementerio. Si no renuevas el nicho hoy, lo haces mañana o la semana que viene. Hazme caso. Tienes que cuidar mejor a tu mujer.

Mi mujer. Las dos palabras pasaron como por un vial de brazos mecánicos, algunos de éstos se activaron para colocarlas en determinados ficheros, atendiendo a su significado. Mujer. Mía.

Existe una base de nuestro conocimiento que es implícita, como mapas en el cerebro que nos ayudan a clasificar la información nueva de forma rápida, interpretarla y reaccionar. Miles y miles de mapas interconectados y sobrepuestos. Es una base inconsciente que nos permite sobrevivir, siempre lista para ser estimulada e interconectar memorias concretas.

El lugar que Pilar ocupa en mí. Matilda. Mi madre. El lugar de Mario. Mapas móviles y variables, según la nueva información.

La terminal de Eurogate Containers en Hamburgo estaba al final de uno de los muelles. Caminé al menos cinco kilómetros entre montañas cambiantes de contenedores antes de salir del puerto. Saludé al hombre de la garita con una leve inclinación de cabeza, me ceñí la mochila del dinero a la espalda, la otra colgada de un hombro, pasé la barrera, y enseguida identifiqué la rotonda que había visto en el plano antes de salir de Múnich. Media hora más y llegaría al cementerio de Öjendorfer. Dudaba que ellas estuvieran ya allí, habíamos quedado al mediodía.

El cocinero, que era de Sri Lanka, me había regalado dos mandarinas a cambio de un dibujo que me había visto trazar, un niño descalzo pescando en un río desde un puente. Lo clavó con una chincheta verde sobre la puerta del armario donde guardaba el arroz.

La piel suave y blanca de la mandarina se me quedó en la yema de los dedos. Sentía la boca seca, y el azúcar me vino bien, tenía un incipiente dolor de cabeza. Los nervios de empezar a ser otra persona, podría haber pensado, en el caso de que hubiese estado nervioso. Más bien un catarro, en realidad, o la falta de sueño por no descansar en una cama normal, me dolieron los huesos varios días.

Öjendorfer estaba vacío salvo por un jardinero que rastrillaba hojas de parra a lo lejos, el mango de metal reflejaba el primer sol, y por unos cuervos tan negros que eran casi azules. La tierra solidificada por la escarcha producía un agradable crujido bajo los pies. Un ganso aterrizó en una senda cercana y se acercó buscando comida. Engulló la primera piel de mandarina que le tiré. Enseguida se alejó a picotear el mirto de una corona funeraria: la de Dietmar Bär, nacido en 1956 y fallecido hacía seis semanas. Los cementerios siempre me han parecido un símbolo del engreimiento humano, tan incapaz de asumir su finitud. Nunca he sabido si están más llenos de recuerdo o de olvido.

–¡Pilar! ¡Hola!

La abracé, la miré y la volví a abrazar. Olía a restos de colonia en la ropa.

–¿Y Matilda? No os esperaba tan temprano.

–En el hotel. ¿Qué tal tú? ¿Cómo te ha ido?

–Todo bien. Ya está. Hice el trabajo. Y aquí está el dinero. El primer millón. Menos quince mil euros que he tenido que pagar ya por el viaje a Singapur. Mordidas incluidas.

Sacó su mano del bolsillo del abrigo y la lana gris se convirtió en plata bajo el reflejo del sol. Tocó la mochila con la punta rosada de los dedos y los devolvió instintivamente al bolsillo, como una anémona asustada.

–Abulta, ¿eh? Salimos mañana a las 11:00 desde el muelle 101 de la compañía Mondoship. En el carguero *Loka*. Tenemos que estar a bordo a las diez y media.

Quería hacerle ver que lo tenía todo bajo control.

–Iremos en contenedores, más espacioso que un camerino y más seguro. Dos contenedores distintos, me han explicado que es mejor así. En cada contenedor han preparado espacio suficiente para una persona, pero Matilda tiene que viajar con uno de nosotros... No va a viajar sola, claro. Y es para dormir o cuando haya alguna emergencia. Si no, podemos salir a cubierta... En alta mar y eso. Así que no está tan mal. Son treinta y cinco días. Llegaremos a Singapur justo con el calor y la humedad. Da igual. ¡Habrá que acostumbrarse!

No me devolvió la sonrisa. Estaba preciosa con su pañuelo morado anudado al cuello, como la cinta de un ramo, los ojos redondos y plenos. El botón superior del abrigo se estaba desprendiendo, y un hilo negro caía en espiral.

–¿Te he dicho que el carguero se llama *Loka*? Con «k». Es un buen nombre, ¿no? Digo, para empezar una nueva vida. A Matilda le va a encantar... ¿Se ha quedado sola en el hotel?

Pilar miró hacia los patos que se bamboleaban en torno a un charco.

–Está con Mario.

–¡¿Qué?!

–¿Qué querías que hiciese? ¡A ver! Él nos llama, viene a Múnich, ya había quedado con nosotras... ¡Había que decirle algo! Le solté que nos íbamos de vacaciones. A Sylt, le dije. Lo primero que se me ocurrió. Y ya sabes cómo es. Se apunta a un bombardeo. Así que se vino con

nosotras. No supe qué decirle. ¡No supe cómo deshacerme de él! Se me cayó todo un poco encima, ¿sabes?

Su mano derecha revoleteaba entrecortadamente entre ella y yo. Se colocó un mechón detrás de la oreja, y el ave blanca buscó refugio otra vez en el bolsillo.

–A ver, a ver. Déjame, a ver si lo entiendo.... Vamos a cambiar de país, vamos a cambiar de continente, vamos a cambiar de identidad. Se supone que no teníamos que traer con nosotros ni un pasaporte ni un DNI ni un puto teléfono móvil. ¿Y nos traemos a un policía?

–Es tu hermano, Lauro, por Dios. No es... un policía.

–¡Es un policía!

–Sí, pero no es un policía cualquiera y no únicamente policía. Primero es tu hermano. No sé, Lauro... Tienes que entender que todo esto me sobrepasa un poco, ¿sabes?

El mechón volvió a escapársele. Un cuervo voló de forma pesada hasta el respaldo del banco en el que yo había estado sentado y giró su cuello hacia nosotros, marcándome con su oscilante pico imantado.

La consciencia de uno mismo, así de sencillo. Las cualidades y las funciones de un organismo triunfan o caen en el olvido dependiendo de su contribución a la supervivencia del mismo. Lo que no sirve se pierde naturalmente. Si la consciencia del ser humano no fuese parte fundamental de nuestra supervivencia, no la habríamos desarrollado. Reconocernos a nosotros mismos nos permite optimizar nuestras respuestas.

Y yo me reconocí en aquel córvido anónimo, atemporal y omnipresente, posado sobre el banco de un cementerio. Quiero decir, en aquel preciso momento, Lauro aspiraba a ser el que ya era: el deseo y él ya habían hecho clic.

Lo que pasa es que a menudo ese reconocimiento, ese clic, no ocurre en un paso, no es como los flechazos de las películas o los descubrimientos en los libros. A veces es un clic clic. O un clic clic clic.

Como árboles cubiertos de nieve, por ejemplo. Los recuerdo perfectamente en Múnich. Ves el árbol, esquelético, negro, rígido. Y

encima, la nieve espumosa, subrayando fielmente cada rama, cada agalla en el tronco, cada requiebro.

Ves el árbol. Clic. Pero en el fondo todavía no, lo que estás viendo es sobre todo la nieve. Clic clic. Se parece mucho al árbol, pero éste aún no, no lo ves realmente. Ves un árbol de nieve e intuyes el árbol que viene, el que verás luego. Clic clic clic.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

La abracé. Le besé el pelo y se lo acaricié, devolviéndoselo a su sitio.

–Esta noche lo solucionamos, Pilar. No te preocupes.

Se dejó abrazar y posó sus manos en mi cintura.

–¿Qué quieres decir?

–Confía en mí, Pilar.

Le levanté las solapas esponjosas de lana gris y arropé su cuello, tierno y suave como el tallo de una flor, con el fular morado. Vi que tenía un diseño con unas motas verdes. Busqué el mismo color en sus ojos.

–Tengo miedo. Por favor, no te olvides de quién es. ¡Es Mario! ¿Y Matilda? ¿Cómo se lo vamos a explicar a Matilda? Ella aún cree que estamos de vacaciones.

Me miraba fijamente a los ojos. Las mayores traiciones están a menudo en los pequeños gestos.

–Chsss... Tranquila. Confía en mí... Mira, toma.

Le saqué la mano del bolsillo caliente, la abrí y posé en la palma blanca la ficha con los números de la cuenta bancaria.

–Es resto del dinero. Los otros nueve millones de euros.

Pilar me miró y cogió la ficha. Luego abrió una estrecha cremallera dorada a la altura del pecho, casi oculta por el pelo de la lana, y la guardó. El tirador de la cremallera, rematado con una minúscula esfera de oro, me pareció un guardián de nuestro tesoro.

Le acaricié la mejilla.

—Todo irá bien.

Esa noche decidimos cenar los cuatro en el apartahotel junto al aeropuerto que Pilar había reservado a través de una página web. Apenas entraba luz del exterior, salvo por los reflejos de las farolas que

llegaban desde la autopista cercana a través de unos cristales paralelos al techo. Imaginé que, desde fuera, el edificio parecería moderno, pero, desde dentro, las ventanas, por encima de nuestras cabezas, no tenían sentido. La moqueta era áspera y gris, con pequeños lunares naranjas.

En la habitación, un cuarto estrecho con una cama doble bajo un ajado edredón beis, había dos lámparas de cristal naranja, una a cada lado de la cama. A los pies habían puesto una cama individual plegable. El riel de la cortina del baño y el portarrollos de papel higiénico también eran naranjas, como si en algún momento, en otra vida anterior del hotel, alguien hubiese tenido la intención de dar sentido a la decoración.

Olía a moqueta y aire cerrado.

–El sofá tiene una pinta asquerosa. Pobrecito Mario, lo siento.

–A ver si te va a tocar a ti, listilla.

–Yo voy en la supletoria en el cuarto de mis padres, guapete. Y te recomiendo que te quedes en el sofá, el suelo no tiene mejor pinta.

–Voy a darme una ducha y a lavarme el pelo, chicos. Luego pienso qué cenamos.

–No te preocupes, Pilar. Yo me encargo, voy a comprar algo. ¿Dónde has puesto la llave de la habitación? ¿Te vienes, Matilda?

–No, Mario y yo vamos a ver el final del europeo de natación, termina ahora.

Pilar había preparado una fiambrera con cuscús y yo compré un pollo asado, helado de fresa y vino blanco en una gasolinera cercana. En el apartamento había unas copas con dos líneas azules en el borde. Yo era el único que sabía sacar un corcho con un tenedor, no me fue difícil verter la droga de Mario en su copa. No encontraba ningún sentido a sincerarme con él.

Era una composición de acción lenta y tendría mucha memoria que borrar, pero mejor que cayese poco a poco, sin llamar la atención de Matilda, sobre todo. Los dos dados de coral repicando puntualmente en el bolsillo me daban tranquilidad y me mantenían concentrado en mi objetivo. No me importó volver a la cocina para descorchar la segunda y la tercera botella.

La cena transcurrió entre chistes. Bastantes, contra mí. Divagaciones sobre el porvenir de España, comentarios sobre series de televisión y recuerdos de antiguas vacaciones. Era increíble en cuántos estaba Mario presente. Desde el primer viaje al mar Rojo con Pilar para bucear los últimos días del verano en Starnberg, con su olor a barbacoa y a arcilla de río, mi hermano era el ingrediente en todas las salsas.

Observé a Matilda. Tan bella, tanta vida por delante.

Pilar, Matilda y él reían sin cesar con anécdotas compartidas, enganchadas unas a otras como zarcillos de parra, que el vino traía a la memoria. Y yo los seguía. Matilda encontró una emisora musical en la televisión, apagó la luz del techo y sacó a su madre a bailar. Mario se les unió, y yo me quedé apretando los dados en el bolsillo.

Ella se acercó a la mesa, me pasó el brazo por la cintura y puso sus labios junto a mi oído. No conseguí clasificar su olor. Me ocurría a veces cuando viajábamos.

–No le hagas nada, Lauro, por favor... Si se lo haces a Mario, ¿qué vas a hacer después? ¿Borrarnos a los tres?

Me besó en la sien y regresó con la copa en la mano al pequeño espacio entre el sofá y la televisión donde los tres habían organizado la pista de baile. La pequeña luz blanca bajo los armarios de la cocina, la única encendida, los convertía en siluetas. La música de los noventa me hizo pensar en otras fiestas en las que ellos también habían bailado juntos.

De repente, Pilar tropezó con una de las sillas y se cayó. Mario y yo corrimos a ayudarla mientras Matilda, que algo había bebido, se desternillaba sobre el sofá.

Alargamos la mano hacia Pilar, que se reía sin parar con las piernas en el aire, sus manos blancas intentando parar en vano la risa que le brotaba incesante, el pelo espeso abierto en cascada sobre la moqueta.

Fue una parte infinitesimal de un segundo, y sin embargo el punto de apoyo sobre el que quizás el barco viró. Pilar abrió los ojos y se cruzó con los de Mario, que la agarró del antebrazo desnudo y deslizó por él su mano hacia la de ella. Las dos manos se estrecharon y sólo entonces

ella me buscó a su izquierda y aceptó también mi mano, que aún la esperaba.

–Voy al baño.

–No tardes, Lauro. Estamos acabando esta botella. Sólo tú sabes usar ese sacacorchos.

–Hay otra abierta ya en la cocina, junto a la nevera.

–Venid, venid. ¡Esta canción es buenísima!

Incluso con la puerta de la habitación y del baño cerradas se podían oír sus voces, haciendo coros y riéndose, Pilar pidiendo a Mario que le dejara su copa. En el espejo cuadrado pegado a la pared del baño, un Lauro algo despeinado, quizá con necesidad de un buen afeitado, pero fuerte, entero y válido me devolvió la mirada.

Me lavé las manos, hice pis, tiré de la cisterna y me subí de pie a la tapa del váter para mirar por la ventana los coches que pasaban por la autopista. Esperé a que un avión terminase de aterrizar, sus luces como estrellas fugaces deslizándose sobre la pista negra del aeropuerto.

Apagué el interruptor del baño y abrí la puerta. La luz anaranjada de las lamparitas de noche se reflejó sobre al abrigo plateado de Pilar, tirado sobre la cama. Me tumbé y lo abracé. La lana enseguida se volvió cálida. Olía a un mosaico de Pilar, cada tesela un perfume. Pasé la mano por los botones grises, el superior ya se había desprendido. Busqué el botón debajo del abrigo y por la cama, y en los bolsillos, sería una pena que se perdiese. A través de la pared llegaron los primeros acordes de una canción de The Cure. Los tres cantaron al unísono: «¿Por qué no puedo ser tú?».

Dentro del abrigo estaba el fular violeta. Me lo eché sobre la cara. Vi las motas verdes sobre el fondo malva como estrellas medievales. Olía a la Pilar de hoy, a la misma del cementerio. Me acordé de la aldaba dorada de la cremallera.

Me quité el fular de encima y busqué el bolsillo superior del abrigo. La ficha de la cuenta bancaria ya no estaba allí. Registré todos los bolsillos, pero no la encontré.

No había mucho más por donde buscar. Pilar y Matilda se habían traído un equipaje mínimo, como les pedí. Arrastré la maleta de Pilar al

baño y cerré la puerta. Lo saqué todo con cuidado y lo registré. En vano. Al devolver las cosas a su sitio, me di cuenta de que sobraba espacio, algo inusual cuando tienes una maleta de mano para meter toda tu vida.

Pilar había dejado su neceser sobre la repisa de cristal de la ducha. Lo alcancé y lo volqué sobre la encimera anaranjada de formica. En ese momento, unos pasos me avisaron de que alguien entraba en la habitación.

–¡Sigue en el baño! Lauro, ¿estás bien? Vamos, que te estamos adelantando.

–Enseguida.

La música volvió a bajar de volumen.

La ficha tampoco estaba entre los lápices de ojos, las cajitas de sombras y los tubos de cremas. Lo recogí todo y me senté en el suelo frío del baño. Me había entrado todo el cansancio de la última semana de repente. Cogí un lápiz de *kohl* y saqué el recibo de la gasolinera del bolsillo. Por la parte de atrás empecé a dibujar un carguero, lleno de contenedores, y arriba, en lo más alto, sólo uno, descolocado, expectante.

La punta del lápiz se acható y rebusqué de nuevo en el neceser. Pilar siempre llevaba un sacapuntas especial para sus lápices de ojos, uno intocable. Busqué algún bolsillo pequeño y remoto. Había cuatro, todos seguidos, forrados del mismo raso de rayas rosas y rojas. En el primero no había nada. En el segundo, un imperdible. En el siguiente, la ficha de la cuenta bancaria y un sacapuntas amarillo.

En el último, un dado de coral.

El tercer dado de El Espinar.

Clic clic clic.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Como el cóndor, aguardo donde antes sale el sol. Me gusta estrenar la luz.

También a Locke, mi pequeño alacrán adoptado. Mi nueva familia. Tiene las pinzas demasiado pequeñas para inmovilizar a los ratoncitos, así que a veces los drogo un poco. En cuanto les clava el aguijón, duran un par de minutos. Los escorpiones son así: a más tenaza, menos veneno. Las presas se van quedando rígidas. Encuentro el proceso fascinante. Solemos desayunar juntos al amanecer, Locke y yo.

Locke tampoco duerme apenas. Lo llamé así por el filósofo. Ahora leo mucho, compro en e-Bay fondos de bibliotecas que cierran. «Lo que determina la identidad de la persona es la continuidad psicológica: si tienes los recuerdos del príncipe, eres el príncipe; si tienes los recuerdos del zapatero, eres el zapatero». ¡Qué visionario, Locke! ¡Hace trescientos años fue capaz de intuirme! Maravilloso. Sólo una especie milenaria como el alacrán se merece llevar su nombre.

Mi memoria siempre retuvo el tercer dado de El Espinar. Mi recuerdo lo ha mantenido como parte de esa escena, tan determinante en mi vida, pese a que encontré únicamente dos al recoger. Siempre había sentido que había una fuga, un pinchazo de alfiler en la esfera de mi existencia posterior con Pilar, y era la causada por la desaparición de ese tercer dado. Perdido bajo la cama de aquella casa rural resultaba inofensivo. Escondido en las entretelas de Pilar, como las llaves de los sefardíes, la última prueba de un hogar arrebatado, era virulento.

Significaba que ella había ganado cierta consciencia cuando el cuervo nos interrumpió.

Ahora refulgía rojo sobre la palma de mi mano, mientras esperaba el autobús.

El recepcionista del hotel en Hamburgo me había dicho que, si tomaba esa línea hacia el aeropuerto, la primera parada era frente a un gran almacén de ferretería y bricolaje. Allí podía comprar todo lo que necesitara.

El trayecto me sirvió para despegarme de la habitación, desprenderme de Pilar, de Mario, de Matilda. Y del pobre Abel, que llevaba un mes trabajando como limpiador en el hotel y aún no se manejaba muy bien con los números en alemán. Tenía que limpiar la 424, pero, uy, el destino lo llevó hasta la 442. Abrió, vio los cables, los sensores, la jeringuilla en mi mano con la aguja clavada en el antebrazo de Matilda. Ahora esperaba su turno tumbado sobre la horrible moqueta.

Pude no proceder, y sin embargo me pareció inevitable. Es el cerebro el que autónomamente inicia el proceso de «hacer algo». El ojo del gato ve el ratón, y la garra se extiende.

Sólo la conciencia puede detener esas uñas afiladas a milímetros de la carne.

Mi conciencia: la libertad de no hacer, de no reaccionar ante aquel tercer dado de coral.

El Brikohaus de Hamburgo es uno de los mayores de Alemania, el país de la construcción y las herramientas. El pasillo dedicado a las sierras tenía más de cien metros. Las había de todos los tamaños, clasificadas por hoja de corte y casa de fabricación. La zona de envases olía a plástico y metal, y acumulaba desde barriles, ordenados por capacidad, a pequeños contenedores parecidos a un costurero. El área de jardinería era como un campo de fútbol, con sus plantas, sus tiestos y toda una serie de fertilizantes, disolventes y otros compuestos químicos.

La compra fue casi tan eficiente como la ejecución posterior, en parte gracias a esas manías tan alemanas de orden, instrucciones minuciosas y separación de basuras. Tuve que deshacerme de muchas cosas, pero esa noche me alejé de Hamburgo con la sensación de, esta vez sí, haber zurcido bien detrás de mí. A bordo del carguero, con las luces de las

grúas y las torres marcando las puntas de la ciudad que quedaba atrás, percibí que por fin era libre.

Sin Pilar, sin Mario y sus tenazas, sin Matilda a mi lado. Ahora nada me impide trazar el mapa total de una mente. Pronto podré trasladar una mente a otra, lo que hará a la persona inmortal.

Y así podremos parecernos más a mi Locke. Él no sabe que morirá.

Los humanos sabremos que no.

EPÍLOGO

Es lo bueno del sol. Seas quien seas, hayas hecho lo que hayas hecho la noche anterior, amanece de vuelta, y el astro rey concede, ecuánime, su tributo de calor. La maquinaria del universo permite otro día en tu construcción.

Ahora.

Ahora sí.

Ahora ya sí.

Sé y ejecuto.

Me gusta venir con Locke a la playa de Más a Tierra al amanecer. Algún pescador rompe levemente el silencio, hasta que su cascarón de nombre exagerado (*Tiburón*, *Reina*, *La Buena Vida*) se aleja y vuelve la paz. Más tarde vendrá algún turista idiota, de los que intentan pasar por «locales», tener una experiencia autóctona. Los locales no hacen fotos de su desayuno, de sus pies en la playa, de un trozo de su cara o del mar de fondo. Están ocupados con el mundo real.

Que en Juan Fernández es un mundo bastante desvaído. Aquí no hay crisis ni trances. Esta isla con nombre de vecino flota en una membrana de grasa rosácea, como la de las huevas del esturión. Viven sin lujos, ni necesidades. De la langosta, de los cargueros que pasan, del contrabando hacia Chile o Asia, de un par de gallinas y ovejas, del bar y la tienda (el ultramarinos más auténtico del mundo) o simplemente del aire.

Estoy convencido de que aquí hay gente que vive del aire, como el hombre que habita en lo alto de la colina. Se pasa el día hablando solo, sentado sobre una roca, siempre la misma, o pedaleando en su bici.

Éste es un momento perfecto en Más a Tierra. Las estúpidas gaviotas se alejan detrás del pescador. Hay un silencio redondo. El mar y el viento son tan impecables que no se les oye. La planta de mis pies se abre por el estímulo de la arena sobre los nervios reflejos, y un relámpago de placer se dispara hasta el tronco encefálico y se estrella contra mi lóbulo occipital, haciendo brotar una constelación de sensaciones agradables.

Mis zapatillas, blanqueadas por el sol y el desgaste, marcan el punto de entrada del arenal y me alejo hasta perderlas de vista, creando la ilusión de que la playa es estanca respecto al resto de mi vida. Chile está a setecientos kilómetros en línea recta.

Hay un sendero escondido por entre los matojos y la basura enganchada que el mar devuelve hacia el pueblo abandonado. Katya, el tsunami de 1967, lo destruyó, y los supervivientes se fueron a Más Afuera, de cara al océano.

Desde Más a Tierra se ve muy bien mi casa, como una espinilla.

–Está nueva. La cocina, los baños... Una gran estantería para libros, veo que usted lee. Ésta de Stephen King no la conozco, a mí me encantó *Misery*, la película. La casa la construyó un español, pero nunca vivió en ella, ni siquiera la visitó. Mandó a alguien a dar el visto bueno y pagar. En efectivo... Mire qué vistas desde el salón, señor López, mire. Toda la playa de Más Afuera a sus pies. Y, enfrente, sólo el Pacífico.

Me dejé caer en el sofá, y una leve nube de polvo se desprendió a mi alrededor. La señora de la agencia se quedó plantada en mitad del ventanal. Llevaba un traje oscuro de falda y chaqueta, pasado de moda y algo estrecho en la cintura. La típica ondulación de haber tenido un bebé dentro le abombaba el abdomen y apretaba las costuras. Desde el zapato de tacón francés, azul con ribetes de barro, hasta el moño pinchado con cuatro horquillas, una de ellas oxidada, su silueta marcaba una línea negra en el horizonte del salón, partiendo mi vista en dos mitades.

Locke asomó su cabecita desde la mochila; parecía juntar las tenazas en aplauso.

–El ancho océano, sólo el océano. Pacífico. Sí, señor... Me gusta.

Un mar burdo en torno a una isla accidental, pensé entonces. Luego le he ido viendo la gracia.

Nunca imaginé que Pilar fuese capaz de esconderse durante tanto tiempo. Toda mi vida construida sobre algo que nunca tuvo que ser, que nunca fue. Dudo ahora ya hasta de ciertos lunares y rincones de su piel. Tu hermano, remarcó tantas veces. Tu hija.

Las palabras no son inocuas. Impactan a la gente, producen efectos. Di a alguien «te quiero», y le durará unos días. Dile «imbécil», y le durará más. Dile «cáncer», «crónico» o «traición», y será indeleble.

–Lo sabía. Sabía que iba a gustarle. Además, es una de las pocas casas de la isla con internet de alta velocidad. Y aquí tiene usted una tranquilidad total. Sube el cartero, nadie más. Este camino baja hacia la parte estrecha del acantilado, y ahí está Más a Tierra, ¿lo ve? Después de esa curva, donde se ven las tres ovejitas de don Graciano... Y nada más. Nadie pasa por aquí... A veces se agradece un poco de aislamiento en una isla, no se crea. Doscientos habitantes pueden ser demasiados.

Se rio apretando los labios.

–Y, como es de un señor español, pues de español a español, todo queda en casa. ¿No le parece?

–¿Hay más españoles en la isla?

–No, ninguno. Ninguno en absoluto.

Contestó tan rápidamente que luego sonrió para restar contundencia a la respuesta. Tenía los típicos incisivos inmensos que dan nombre a los dientes de ajo.

–Lo veo muy convencido, señor López, y no sabe cómo me alegro. Puedo acercarme al banco personalmente y pasarle los recibos. ¡Aquí nos conocemos todos, no habrá problema! La llave está sobre la encimera. Ya sabe dónde encontrarme. Le dejo mi tarjeta para que conozca mis horarios, porque también trabajo en la biblioteca y soy catequista.

Era agente inmobiliaria los lunes de diez a doce, los miércoles de cinco a seis y los jueves y los viernes de diez a una, menos el primer jueves y el último viernes del mes.

–¡Qué vistas tiene esta casa! Mejores que desde el pueblo. Todo recto llega uno a Bali, ¿sabe usted? Y desde la ventana de la cocina, a Singapur. El resto de la casa da hacia Chile.

–¡Tiene gracia!

Busqué su nombre en la tarjeta de visita.

–Cualquier cosa, me envía un *e-mail* o me llama. O me encuentra por la calle. ¡Ventajas de una isla!

Se volvió sobre sus tacones sucios y salió tamborileando por el parqué de mi nueva casa, el culo apretado contra la falda.

Ella fue la primera y la última persona que he recibido en esta casa. Una vez vi a don Graciano a unos metros de la entrada, tirando de una oveja, y jamás ha subido el cartero. El sentido de un hogar es protegerte contra los elementos externos. Éste es un hogar perfecto.

Era hora de ducharse y preparar la maleta. En una hora salía el ferri hacia Viña del Mar, y de ahí a Santiago. Comprobé una vez más mi nuevo aspecto en el espejo, la barba, las cejas, el afeitado de la cabeza, las gafas. Verifiqué los horarios. Tenía cuatro horas más antes de la salida del vuelo a Madrid. Suficiente. Me ocupé de Locke. Imprimí las tarjetas de embarque, miré que no había ningún *e-mail* urgente, comprobé InstaX y mis notas una vez más, y cerré el ordenador.

Madrid me recibió desparramado, musical y luminoso. El olor a mantequilla, el ruido de la máquina de café y de las cucharillas contra las tazas me puso de inmediato de buen humor, pese a la diferencia horaria y el cansancio. Llevaba cuarenta horas de viaje, pero estaba cerca del final. Para mí era un día importante. Para un científico siempre lo es cuando la probeta se levanta a la luz.

La terraza de la cafetería, aún a medio sol, estaba casi vacía. El paseo de Yeserías se estiraba tranquilo, su panza gris con vetas blancas al aire, como un gato en una mañana dominical. En el perfil de los edificios naranjas, marrones y amarillos la mayoría de las persianas permanecían bajadas. Nos levantamos tarde los españoles.

Más allá se intuía la catedral de la Almudena, y un poco más lejos podía imaginar el basurero de La Austriaca. Saqué los tres dados de

coral y los lancé sobre la mesa. Hicieron un sonido seco contra el mármol. Un uno, un dos y un tres.

En ese instante, los vi. Intuitivamente, empujé las gafas sobre la nariz y me ajusté la gorra. Aparecieron juntos, por la esquina izquierda de la terraza, bajo los toldos verdes del quiosco de periódicos. Apartaron las sillas de una mesa cercana a la mía y se sentaron. Hablaban de algo que habían escuchado en la radio esa mañana. Pidieron lo esperado: porras, café con leche, dos en vaso y uno en taza con sacarina, dos zumos de naranja y una Coca-Cola. El InstaX de una adolescente miente poco.

Matilda echó azúcar sobre las porras. Llevaba el pelo recogido en una coleta sobre la parte alta de la cabeza y unas enormes gafas de sol negras.

De repente, se giró hacia mí. Sonrió. Se levantó las gafas de sol, y aparecieron sus enormes ojos grises. Me pareció que era su madre veinte años atrás. Me miró.

–Perdone, ¿me deja un par de servilletas?

Metí la servilleta en la que había estado dibujando entre las otras.

–¡Oh! Esto es... una niña con... una niña con un globo.

–No es un globo. Es una piruleta de corazón. Gigante.

Se dio la vuelta para enseñar el dibujo a los otros. Pilar me miró y sonrió. Mario me hizo un gesto amable con la cabeza. Matilda volvió a sonreírme y luego recogió el azúcar alrededor de la bandeja de porras. Siguieron con su conversación.

Formaban una familia muy creíble, una versión totalmente aceptable. Hasta hermosa.

Pagué mi cuenta. La extirpación había sido un éxito. Yo tenía que estar en un avión hacia Moscú en dos horas.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Jesús (sin ti no). A Sofi y Alfonso, el refugio. A Susana y Benito, curadores. A Blanca, Raquel, Diria y Mamen, mis superlectoras. A Myriam, Begoña, Antonio, Vivi y Sarah, por el impulso. A Roberto, que lo vio. A Pedro y Javier, por ser el guijarro en el estanque.

A Daniel, Penélope y al camarero que propició el encuentro.

A ti, que me tienes en tus manos.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
MEMENTO
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Agradecimientos